

1000
AÑOS
PUCP



**100 AÑOS
PUCP**

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

378.04985CP Pontificia Universidad Católica del Perú
C4 100 años PUCP / textos, Antonio Zapata, Jorge Lossio, Giovanna
Pollarolo.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica del Perú,
Fondo Editorial, 2017 (Lima : Impreso Gráfica).
103 p. : il. (algunas col.), facsims., retrs. ; 24 x 30 cm.

D.L. 2017-01933
ISBN 978-612-317-226-8

1. Pontificia Universidad Católica del Perú - Historia 2.
Universidades - Perú - Lima - Historia 3. Educación superior - Perú
- Lima I. Zapata Velasco, Antonio, 1951- II. Lossio, Jorge, 1975-
III. Pollarolo Giglio, Giovanna, 1952- IV. Título

BNP: 2017-0637

100 AÑOS PUCP

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial
Av. Universitaria 1801, San Miguel. Lima.

TEXTOS

Historia de la PUCP

Antonio Zapata y Jorge Lossio

Perfil de R.P. Jorge Dintilhac SS.CC.

Giovanna Pollarolo

FOTOGRAFÍAS

Archivos PUCP

Archivo de la Universidad; Centrum; Dirección
de Comunicación Institucional; Facultad de Arte
y Diseño; IDOM - Plan Maestro Proyecto Parque
Científico, Tecnológico y Social de Santa María del
Mar; Instituto Riva-Agüero; Museo de Arqueología
Josefina Ramos de Cox; Revista Cuartillas, periódico
de la Escuela de Periodismo.

Archivos personales

Inés del Águila Ríos; César Campos; Luis Jaime
Cisneros Vizquerra y Sara Hamman Vda. de Cis-
neros; César Delgado Barreto; Domingo García
Belaunde; Juan Carlos Harman Infantes; Mayu
Mohanna; R.P. Armando Nieto Vélez, S.J.; Musuk
Nolte; Alberto Varillas Montenegro; Celeste Viale
Yerovi; Sergio Urday.

Otros archivos

Archivo Histórico del Diario Oficial El Peruano;
Diario La Crónica; Fondo Elías del Águila - Archivo
Histórico del Centro de la Imagen; MDRS Mars
Desert Research Station; Revista Caretas; Revista
Mundial.

Fotografía de carátula

Biblioteca Nacional del Perú.

EDICIÓN GRÁFICA

Mayu Mohanna

INVESTIGACIÓN GRÁFICA

Carolina Cáceres, Patricia Díaz Murillo,
Laylah Ferreyra, Mayu Mohanna,
Matías Sanfilippo, Herman Schwarz

INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

César Salas

CORRECCIÓN DE ESTILO Y REDACCIÓN DE LEYENDAS

Nathalie de Trazegnies

COORDINACIÓN EDITORIAL

Verónica Salem, Comisión Ejecutiva por
el Centenario PUCP, y Patricia Arévalo,
Fondo Editorial PUCP.

CONCEPTO Y DISEÑO

vm& estudio gráfico
Ralph Bauer y Verónica Majluf

DISEÑO DE CARÁTULA

Manuel Figari

Primera edición

Marzo de 2017

Tiraje

1000 ejemplares

Impresión

Impreso Gráfica, Avenida La Mar 585,
Miraflores, Lima

La PUCP expresa su más sincero agradecimiento a
las numerosas personas, familias e instituciones que
han contribuido en múltiples formas a la realización
de este libro. Es gracias a su generoso apoyo que ha
sido posible desarrollar este proyecto.

Reservados todos los derechos. Prohibida la repro-
ducción total o parcial sin previa autorización
expresa de la Pontificia Universidad Católica del
Perú.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2017-01933
ISBN: 978-612-317-226-8

Registro del Proyecto Editorial: N° 31501361700254

100 AÑOS PUCP



**FONDO
EDITORIAL**

Semblanza: Luis Eugenio Dintilhac

6

Primera parte

100 imágenes PUCP

Segunda parte

Historia de la PUCP

1. Fundación de la Universidad Católica y primer impulso 10

El rectorado del padre Jorge Dintilhac, SS.CC.

1917-1946

2. Consolidación institucional 30

Rectorado *pro tempore* de Víctor Andrés Belaunde y rectorados de Rubén Vargas Ugarte y monseñor Fidel Tubino

1946-1963

3. Modernización 44

Rectorado de Felipe Mac Gregor, S.J.

1963-1977

4. Los años críticos 62

Rectorados de José Tola Pasquel
y Hugo Sarabia Swett

1977-1994

5. La universidad de la globalización 76

Rectorados de Salomón Lerner Febres,
Luis Guzmán Barrón y Marcial Rubio Correa

1994-2016

6. Mirando al futuro 98

Semblanza:
Luis Eugenio Dintilhac

Lo llamaban «padre Jorge» y cuantos lo conocieron destacan su timidez y su resistencia a hablar en público, así como su profunda fe religiosa. Su obsesión era formar a la juventud. De allí el enorme, incansable empeño que puso en el magisterio como profesor en el colegio La Recoleta y luego en lo que, dadas las enormes dificultades, pareció durante muchos años un sueño imposible: fundar una universidad que formara con seriedad y rigor académico profesionales comprometidos con su trabajo y con la sociedad; una universidad que se definiera como católica. De allí el nombre que eligió para su sueño: Universidad Católica.

No deslumbraba por su liderazgo, don de mando ni ninguna de las cualidades que se suele asignar a quienes emprenden grandes proyectos. «Dejaba hablar a los demás, acogía las iniciativas; intervenía en los debates con frases cortas y una modestia que atraía la conformidad de todos», recordó Gerardo Alarco, discípulo y amigo del padre Jorge.

Cuentan quienes estuvieron cerca del padre Jorge que en los momentos más difíciles, cuando el dinero no alcanzaba para pagar los discretos sueldos que recibían los empleados y profesores, mantenía la calma y tranquilidad de siempre. Confiaba plenamente en el poder de la oración y de la Providencia: «Dios proveerá» respondía sin asomo de incertidumbre. Y siempre recibía ayudas y donaciones inesperadas que afirmaban su fe.

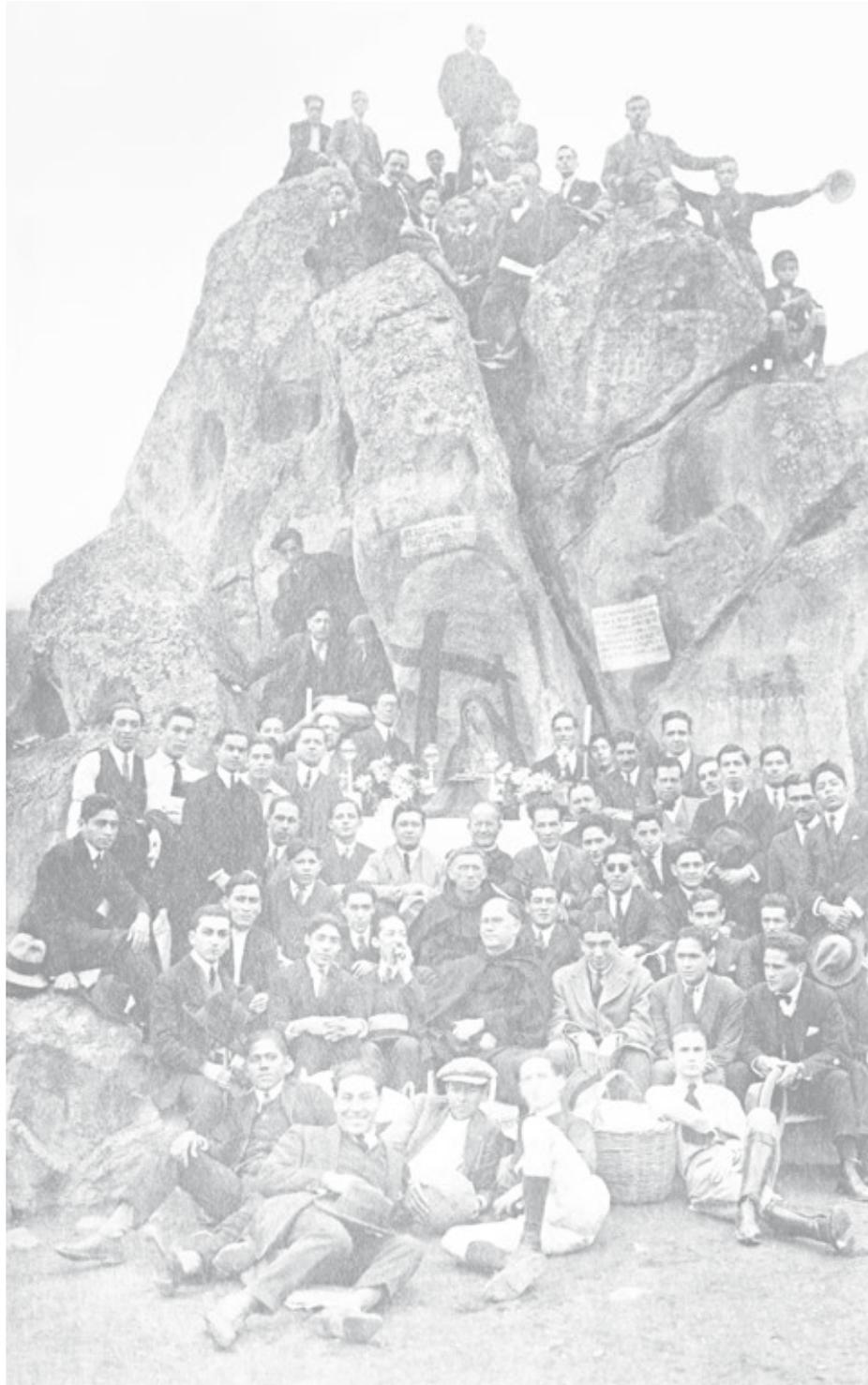
Sorprende que una persona tan discreta y casi silenciosa, tan alejada de los ruidos de la vida activa y tan dada a la vida interior y a la oración se embarcara en un proyecto como el de la fundación de una universidad, no solo por las resistencias de quienes consideraban que la Iglesia no debía intervenir en la educación superior, sino por las enormes dificultades económicas por las que atravesó la institución desde sus años de fundación.

El padre Jorge fue rector desde 1917 hasta 1946, cuando se retiró debido a graves problemas de salud. Tenía 68 años cuando murió, seguramente en paz y satisfecho. Su sueño se había cumplido: aquello que comenzó en marzo de 1917 en las aulas del colegio La Recoleta de la Plaza Francia con solo dos facultades —Letras y Jurisprudencia— y veinte estudiantes —nueve regulares y once libres— era en el año de su muerte una institución consolidada y prestigiosa. Contaba con más de mil alumnos inscritos en las diversas facultades —Derecho, Letras, Educación, Ciencias Económicas e Ingeniería— y escuelas —Periodismo, Pedagogía, Normal Urbana de Mujeres y Artes Plásticas—.

Dios proveyó, habrá pensado sin asombro.

El fundador y primer rector de la Universidad Católica, R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC., aparece rodeado de alumnos, profesores y autoridades académicas de la universidad durante un paseo a la Pampa de Amancaes, en el actual distrito del Rímac, 12 de junio de 1925.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Feliz el joven cuyos maestros no tengan otro ~~fin~~ ^{que} el de
dirigir y encaminar sus pasos hacia las regiones del infinito.

Retrato del R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC., sacerdote de origen francés, fundador y primer rector de la Universidad Católica, fotografiado en 1908. El padre Jorge fue rector de la universidad hasta 1946, cuando se retiró por motivos de salud. Al momento de su muerte, lo que había comenzado como un sueño estaba ya consolidado como una de las instituciones educativas más prestigiosas del país, la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Página del cuaderno de partes de la Facultad de Letras, fechada el 10 de abril de 1917 (primer día de clases en la universidad), que registra cuatro de los ocho cursos que serían impartidos en esa facultad en el primer ciclo de instrucción: Estética, Francés (por el propio R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.), Latín e Historia de la Civilización Antigua. También se dictaron los cursos de Psicología, Griego, Literatura Antigua y Literatura Castellana.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.

1

1917

— 10 de abril —

Estética, — de 10 a. m. a 11 a. m.

Plan del curso

M. Roldán

Francés, — de 11 a. m. a 12

elementos

cuarta lección

Jorge Dintilhac

Latín, — de 4 p. m. a 5 p. m.

Historia del latín

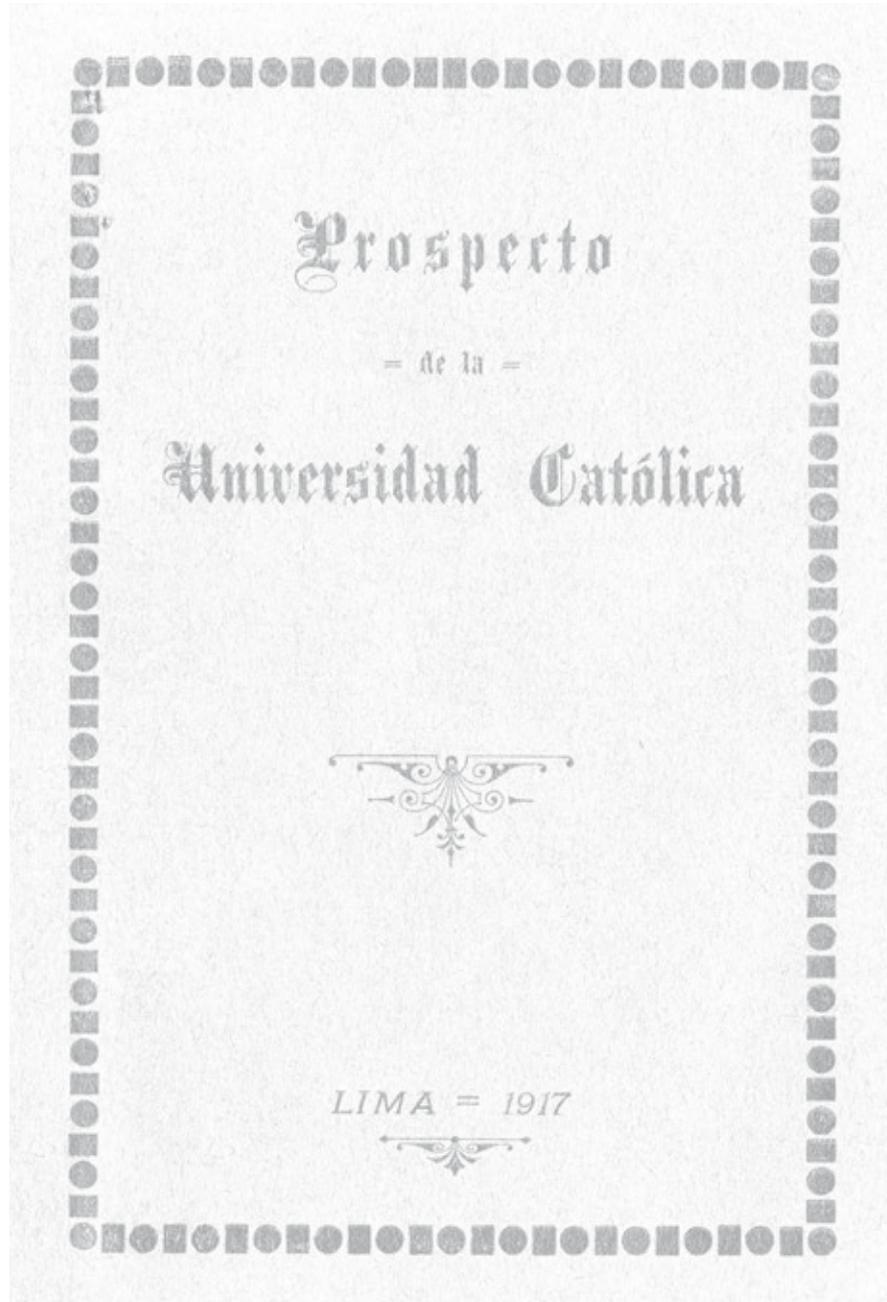
P. U. Vilca

Hist. de la Civilización de 5 p. m. a 6 p. m.

El catedrático del curso p. m. a 6 p. m.
ha anunciado la apertura
del curso para el
mes de mayo.
El profesor
R. Dintilhac

Portada del primer prospecto de admisión a la Universidad Católica, publicado en 1917. En sus seis páginas se encuentra una breve introducción sobre la universidad y sus valores fundacionales, las normas generales, las asignaturas que se ofrecerían en ese primer año académico y el costo de la matrícula.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Fachada del colegio La Recoleta en la Plaza Francia, primera sede de la Universidad Católica. En un principio solo funcionó en este local la Facultad de Letras, que ocupaba dos aulas del edificio. Más tarde se le fueron sumando las demás facultades. La universidad ocupó este local hasta mediados de los años sesenta, cuando se terminó el traslado de las unidades académicas al nuevo campus en el fundo Pando. Fotografía publicada en *El Peruano* el 21 de setiembre de 1954.

Archivo Histórico del Diario Oficial *El Peruano*.



1
Resumen del Comité Organizador de la
Universidad Católica celebrada el 18 de mayo
de 1917

Reunido el 18 de mayo de 1917 en el local del
Colegio de la Recoleta (Cajada Brazeros) situado en
la Plaza Grau, número 10 y 80 sin
Monseñor Belandier, O.P., Vicario general de
la Arquidiócesis de Lima, los R.P. Jorge Dintilhac,
Martín, O.P., Profesores Malvar y José M. Lago
y los señores Eulalio Benavente, Carlos Luena, y don
Cayetano González, Ramón Morales, Sr. de
Lima y el que suscribe por convocatoria del R.P.
Jorge Dintilhac, manifiesta este último, que de-
biendo mejorarse la actuación de los concurren-
tes que forman parte de dicho Comité organiza-
dor de la Universidad Católica, se debían consti-
tuir formalmente como tales desde la presente su-
mación y nombrar de su seno y proporcionalmente un
Rector, un secretario y un tesorero hasta que otor-
gase por los mismos presentes la carta orgánica
de la Universidad en la que quedaría establecido
el Consejo encargado de la alta dirección de
aquella; todo lo cual fue acordado por los pre-
sentes.

En seguida se acordó practicar la elección de
Rector provisional siendo aclamado unánimemente
para desempeñar este cargo el R.P. D. Jorge
Dintilhac.

Asimismo se acordó que desde la pre-
sente reunión existieran en un libro de actas
los acuerdos del Comité organizador.

Asimismo
ya profesora del R.P. Rector fueron nombrados
Procurador, secretario de la Universidad, el tesorero
y prorector de la misma el Sr. D. Víctor González
Blaschke.

Esto concluido, este último leyó la relación
de los donativos hechos a la Universidad hoy

2
a la fecha y que sumaban 355 libras Peru-
anas, así como la de los gastos efectuados por
el día y que ascendían a 66 libras 480 mi-
lesimos, recordándose en seguida que el R.
D. Jorge Dintilhac continuaba demandando una
lista donativos.

Leído el mejor recurso formulado por
el R.P. Jorge Dintilhac ante el Ministerio de
Instrucción anunciando el nombre de Uni-
versidad Católica que ha adoptado la sede
que ha designado y el Director de la misma
tal para que en adelante se ponga algunos
recursos para pagar los gastos por la nueva
sede de un Manuscrito que aprobó.

Se acordó que
el R.P. Jorge Dintilhac para los sellos que ha-
brá de emitir los estudiantes, profesores y secre-
tarios de la Universidad.

Se encargó al Sr. D. Ramón
de Morales, de la parte la redacción de un pro-
yecto de reglamento para la organización interior
de la Universidad.

Declarado el punto, y frente a la ausen-
cia de la facultad de Arquitectura y Ciencias
Físicas y Matemáticas, se acordó inaugurar este
año por la primera vez los cursos de Derecho
por el Derecho y Derecho Romano correspondiente
al primer año de estudio y el de Derecho Consti-
tucional, de ambos para más tarde la creación de una
facultad de Ciencias Políticas y Administrativas.

Se acordó
oficiar la facultad de Filosofía del Derecho al R.P. D. Mi-
rales Aguirre y en caso de ausencia de este al R.P.
D. Dintilhac, y la de Derecho Romano al R.P. D.
Dintilhac, y la de Derecho Constitucional al R.P.
Dintilhac para el 1.º de Mayo.

Se acordó en seguida la sesión de
las 11.30 a.m.

Jorge Dintilhac / El secretario
Jorge Velaochaga Meléndez

El R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC. fue acompañado a la inscripción de la Carta Orgánica de la universidad ante el notario por los cinco fundadores laicos de la Universidad Católica, miembros del Consejo Superior de la universidad. Carlos Arenas y Loayza (retratado con su esposa y su pequeño hijo), Guillermo Basombrío Carrasco, Raimundo Morales de la Torre, primer decano de la Facultad de Letras, Víctor González Olaechea y Jorge Velaochaga. Los tres primeros retratados en estas fotografías de principios de los años veinte.

Fondo Elías del Águila.
Archivo Histórico del Centro de la Imagen.





Universidad Católica

PRIMER AÑO

DE LA

FACULTAD DE LETRAS

Desde la fecha queda abierta la matrícula, todos los días útiles de 9 á 11 a. m.
en el Colegio de los SS. CC. (Recoleta) Plaza Francia.

Se admiten alumnos externos, internos y libres.

Para más pormenores, pídanse prospectos.

Lima, 1º de marzo de 1917.

EL SECRETARIO
6117— v15p7 clt

El R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC. junto a exalumnos del colegio La Recoleta, miembros de la asociación Acción Católica de la Juventud, fotografiados en 1919. La ACJ había sido creada en Lima por el R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC. en 1913, pocos años antes de la fundación de la universidad. Para muchos, este grupo, que incluyó algunos de los laicos que estuvieron también en la fundación de la universidad, sería el germen de lo que más tarde se convertiría en la Universidad Católica.

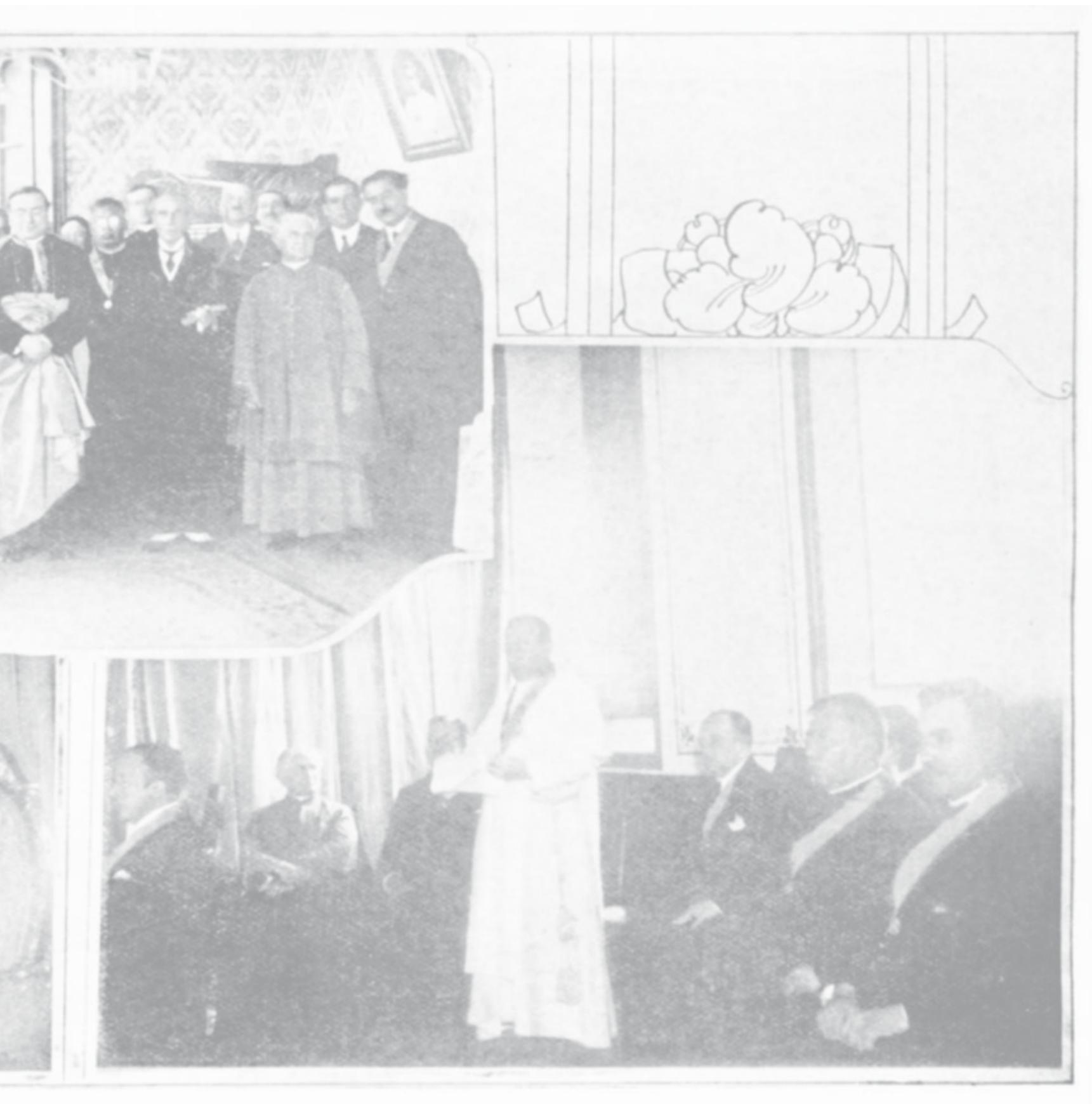
Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Esta reproducción de una página de la *Revista Mundial*, edición del 18 de enero de 1930, muestra la solemne Ceremonia de Clausura del Año Académico de 1929, que contó con la asistencia por primera vez del presidente de la República, Augusto B. Leguía. El discurso académico fue impartido por Raimundo Morales de la Torre, decano de la Facultad de Letras.

Revista Mundial, 18 de enero de 1930.
Hemeroteca de la Biblioteca Nacional del Perú.





Fotografía del carnet universitario de María Dolores Hierro Gil, una de las primeras alumnas egresadas de la Facultad de Letras y Pedagogía, quien optó por el grado de Profesora de Segunda Enseñanza, en la especialidad de Ciencias Biológicas y Químicas en 1941. María Dolores Hierro Gil formó parte de la Asociación de Pedagogos egresados de la Universidad Católica y fue la primera directora del Colegio Nacional Femenino de Ate-Vitarte en 1961.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El director de la Escuela Técnica de Comercio despacha con su secretario a fines de los años treinta. La Escuela Técnica de Comercio funcionó afiliada a la Universidad Católica hasta enero de 1946, año en que fue finalmente cerrada. Esta escuela tuvo funciones muy similares al Instituto Superior de Ciencias Comerciales de la universidad, que fue adscrito en 1936 a la Facultad de Ciencias Económicas y desapareció definitivamente en 1944.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Alumnos en un salón de clase de la Escuela Técnica de Comercio en los años treinta. La escuela estuvo en un comienzo dividida en dos secciones, una de hombres y otra de mujeres, que más adelante se unirían. En ella, los alumnos se formaban como contadores, tenedores de libros, secretarios comerciales y corresponsales de comercio.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





José de la Riva Agüero y Osma, integrante del Consejo Superior de la universidad, fotografiado en un almuerzo en el colegio La Recoleta, posiblemente en 1931. José de la Riva Agüero había dejado la enseñanza en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos a su regreso del exilio en 1930 a consecuencia de la politización del alumnado en esa institución, iniciando sus labores en la Universidad Católica a principios del año 1931.

Instituto Riva-Agüero.
Fondo Riva-Agüero – Sección Fotográfica.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





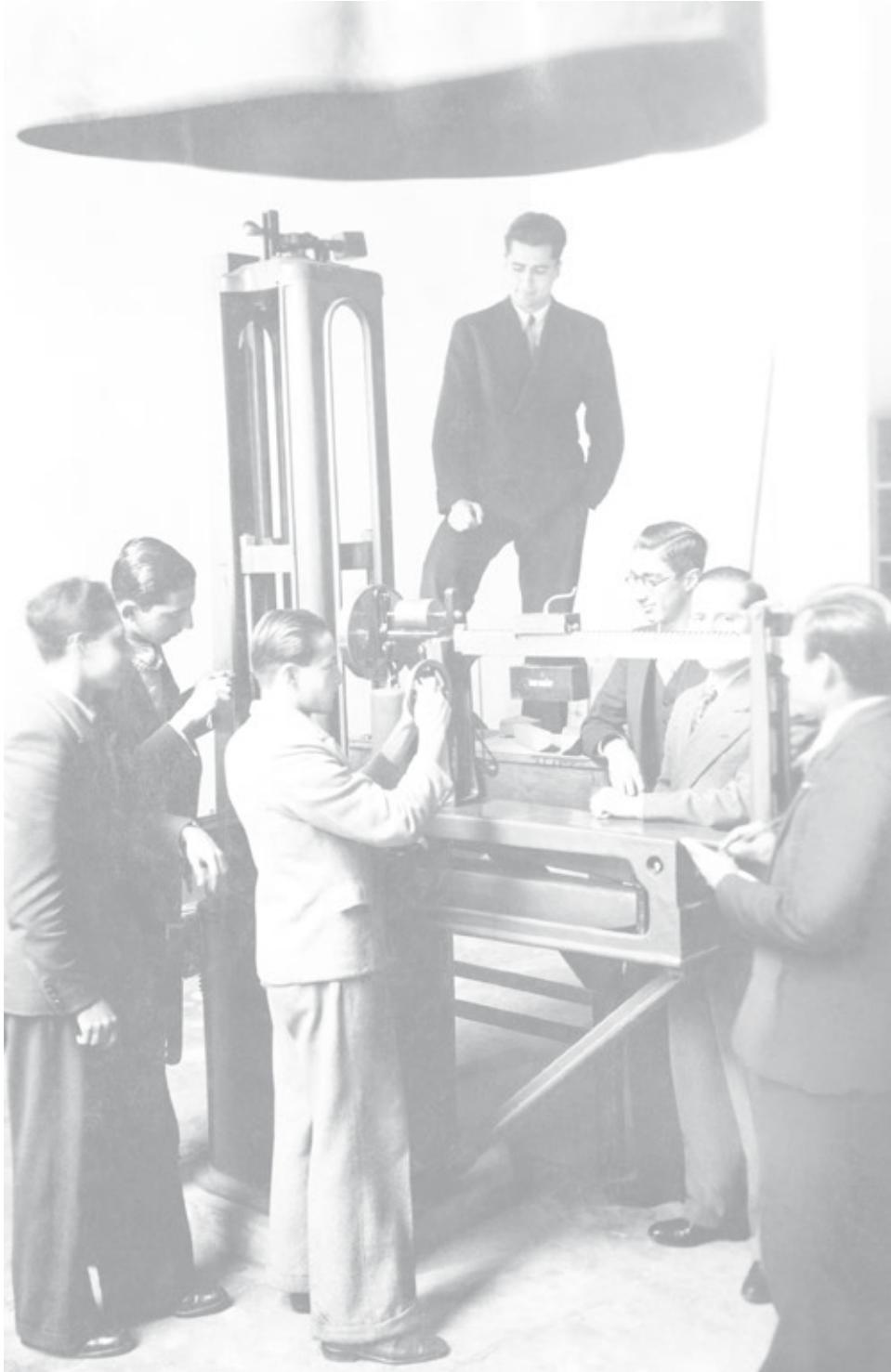
Promoción de 1940 de catequistas formadas en el Instituto Femenino de Estudios Superiores. Junto a ellas aparecen el R.P. Jorge Dintilhac, S.S.C.C. y la directora del instituto Matilde Pérez Palacio. El Instituto Femenino de Estudios Superiores fue creado en 1932 y desactivado 36 años más tarde, en 1968, al considerarse que era momento de incorporar a las alumnas a la vida regular de la universidad.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Estudiantes en el Laboratorio de Resistencia de Materiales de la Facultad de Ingeniería utilizando la primera máquina de Tinius Olsen para ensayos mecánicos, que se exhibe en la Biblioteca del Complejo de Innovación Académica. La Facultad de Ingeniería se creó en 1933 como resultado de los problemas en la Escuela de Ingenieros que habían llevado a su receso, generando gran demanda por estos estudios. La plana docente al inicio incluyó a los maestros Jorge Félix Remy, José Rafael de la Puente y Cristóbal de Losada y Puga.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Alumnos en un salón de clases de la Facultad de Ingeniería, ubicado en el primer local de dicha facultad en la calle Botica de San Pedro en el Centro de Lima, a fines de los años treinta.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Celebración por el Día del Estudiante de la Escuela de Pedagogía en 1943. Desde su fundación, en 1935, la sección femenina de la Escuela de Pedagogía, que poco tiempo después pasaría a llamarse Escuela Normal Urbana de Mujeres, fue encargada mediante un convenio a las Madres Canonesas de la Cruz. Por su parte, la sección de varones de la escuela estuvo a cargo de los Hermanos de La Salle.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





El equipo de fútbol de la Universidad Católica participa en la primera Olimpiada Universitaria de 1936. Estas olimpiadas se llevaron a cabo el mismo año de las olimpiadas de Berlín. Los equipos de la Universidad Católica participaron defendiendo los colores blanco y amarillo mientras eran alentados intensamente por toda la comunidad universitaria. La universidad logró el subcampeonato, marcando su presencia en el círculo universitario nacional.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Fotografía de grupo en el agasajo a alumnos de la Universidad Católica de Chile realizado en el Centro de Estudios Católicos de la universidad en 1937. Esta reunión evidencia el estrecho vínculo existente entre ambas instituciones y la importancia paradigmática que tenía la universidad chilena. En ese año la Universidad Católica de Chile y la Universidad Católica de Lima formaron el Instituto Católico de Cooperación Intelectual, dándole dimensión internacional al trabajo universitario.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Adolfo Winternitz, fundador de la Academia de Arte Católico (que luego sería la Escuela de Artes Plásticas y actualmente es la Facultad de Arte), imparte una clase a un grupo de alumnas en los años cuarenta. El profesor Winternitz, artista vienés, llegó a la universidad, al igual que otros renombrados profesores europeos, huyendo de la amenaza de la Segunda Guerra Mundial. Winternitz fue nombrado el primer director de la academia en 1939.

Archivo de la Facultad de Arte y Diseño.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El rector R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC. comparte con la comunidad universitaria el comunicado del papa Pío XII en el que la Santa Sede erige a la Universidad Católica al grado de Pontificia al cumplirse los veinticinco años de su fundación en 1942. El rector y el Consejo Superior aceptaron esta distinción como el más alto honor recibido por la universidad.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





El R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC. falleció el 13 de abril de 1947. Sus funerales se llevaron a cabo con honores de ministro de Estado por órdenes del Gobierno del presidente Bustamante y Rivero. En esta imagen el cortejo fúnebre recorre el jirón Carabaya en el Centro de Lima. El R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC. fue sepultado en el mausoleo de su congregación, los Sagrados Corazones, en el cementerio general Presbítero Maestro.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



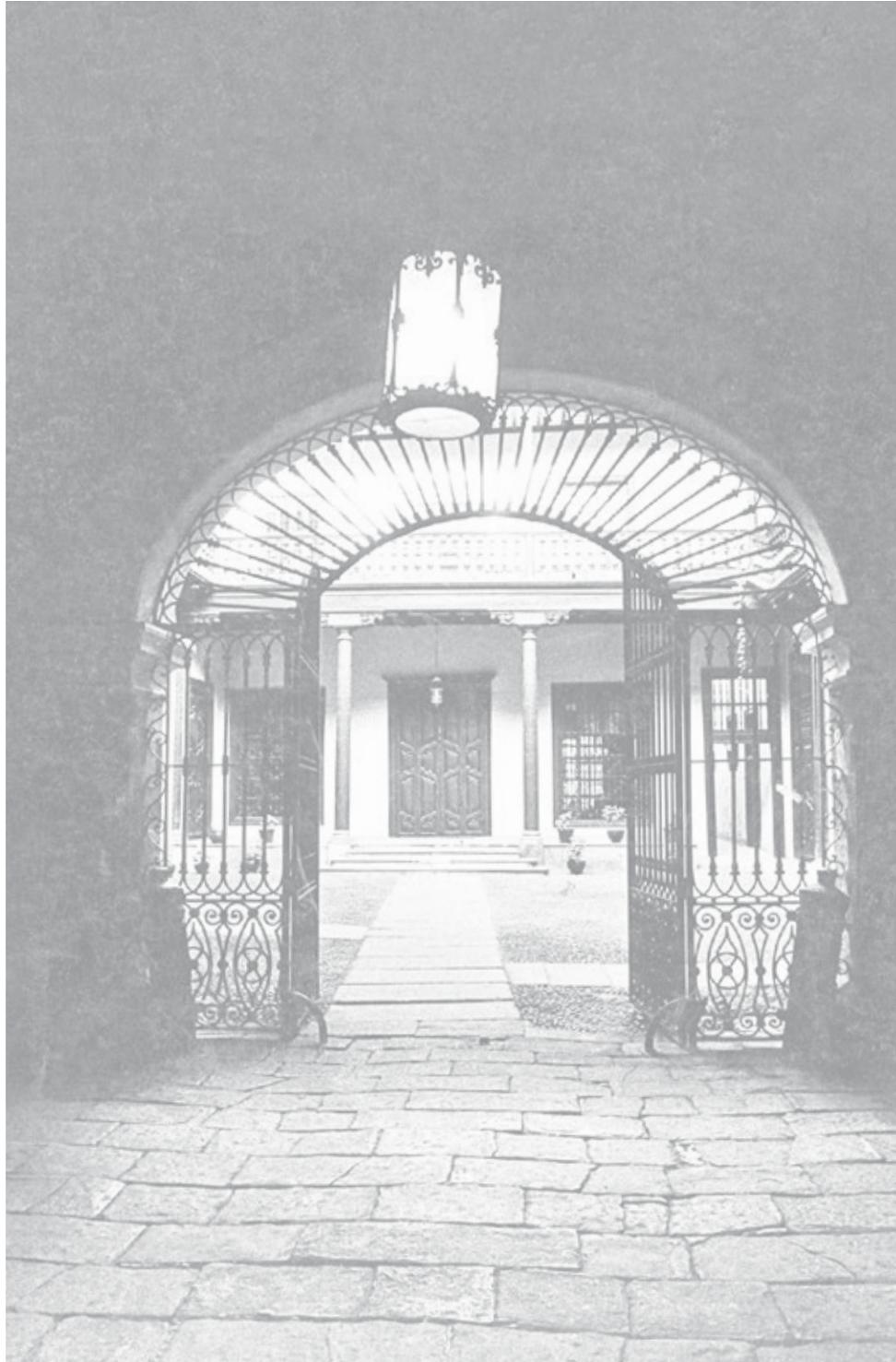
Retrato de José de la Riva Agüero y Osma, posiblemente de 1942. Uno de los intelectuales más destacados de su época y quizás el que más influencia tuvo en el devenir de la Universidad Católica, tanto desde la cátedra como a través de su legado material. Luego de un largo auto-exilio en Europa, Riva Agüero retomó al Perú al finalizar el Oncenio del presidente Leguía y se incorporó a la cátedra en la Universidad Católica. Al momento de su muerte, en 1944, había legado la totalidad de su fortuna a la universidad.

Instituto Riva-Agüero.
Fondo Riva-Agüero – Sección Fotográfica.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Entrada de la casona del Instituto Riva-Agüero, situada en la calle Lártiga (hoy Jirón Camaná) en el Centro de Lima. La casona, residencia de la familia Riva Agüero, fue legada a la Universidad Católica como parte de la herencia de José de la Riva Agüero. En su memoria, en 1947, se fundó en ese local el instituto de investigación histórica que lleva su nombre. En la casona funcionaron hasta los años setenta la administración central de la universidad y la Facultad de Derecho, entre otras dependencias.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Sala de lectura de la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero en 1947, año de su fundación. El Instituto Riva-Agüero reúne todas las pertenencias de José de la Riva Agüero, entre ellas su biblioteca y archivo histórico personal, hoy puestos al servicio del estudio de la historia, la literatura, la lingüística y las ciencias humanas en general. Tanto el archivo como la biblioteca han sido incrementados a lo largo de los años gracias a numerosas donaciones y adquisiciones de importantes colecciones.

Instituto Riva-Agüero.
Fondo Riva-Agüero – Sección Fotográfica.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Retrato del R.P. Rubén Vargas Ugarte, S.J., prolífico historiador, decano de la Facultad de Letras entre 1935 y 1944, y rector de la Pontificia Universidad Católica entre los años 1947 y 1953. Su designación como rector de la PUCP por el arzobispo de Lima cierra una importante etapa para la institución. A treinta años de su fundación, se iniciaba la etapa de consolidación de la universidad.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.









Fachada del local en la Plaza Francia, donde funcionó desde un inicio la Facultad de Letras de la Universidad Católica y donde permaneció por más de cinco décadas. Es en este local donde se ubicaba el famoso Anexo, el lugar de encuentro donde discurría la vida estudiantil. La Facultad de Letras era, sin duda, la más numerosa de las facultades de Universidad Católica en los años cincuenta.

Archivo personal de César Delgado Barreto.
Proyecto de Recuperación de Memoria Visual Centenario PUCP.



Víctor Andrés Belaunde en un retrato de los años sesenta. Uno de los más importantes intelectuales de su época, vinculado tanto al mundo político como al académico, Belaunde se incorporó a la Universidad en 1931, al mismo tiempo que José de la Riva Agüero y por motivos similares: la politización estudiantil en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fue profesor y decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. En 1942 fue elegido vicerrector y en 1946 fue nombrado rector *pro tempore* ante el retiro del padre Dintilhac y hasta el nombramiento del R.P. Rubén Vargas Ugarte, S.J. en 1947.

Archivo personal de Juan Ossio Acuña.
Proyecto de Recuperación de Memoria Visual Centenario PUCP.





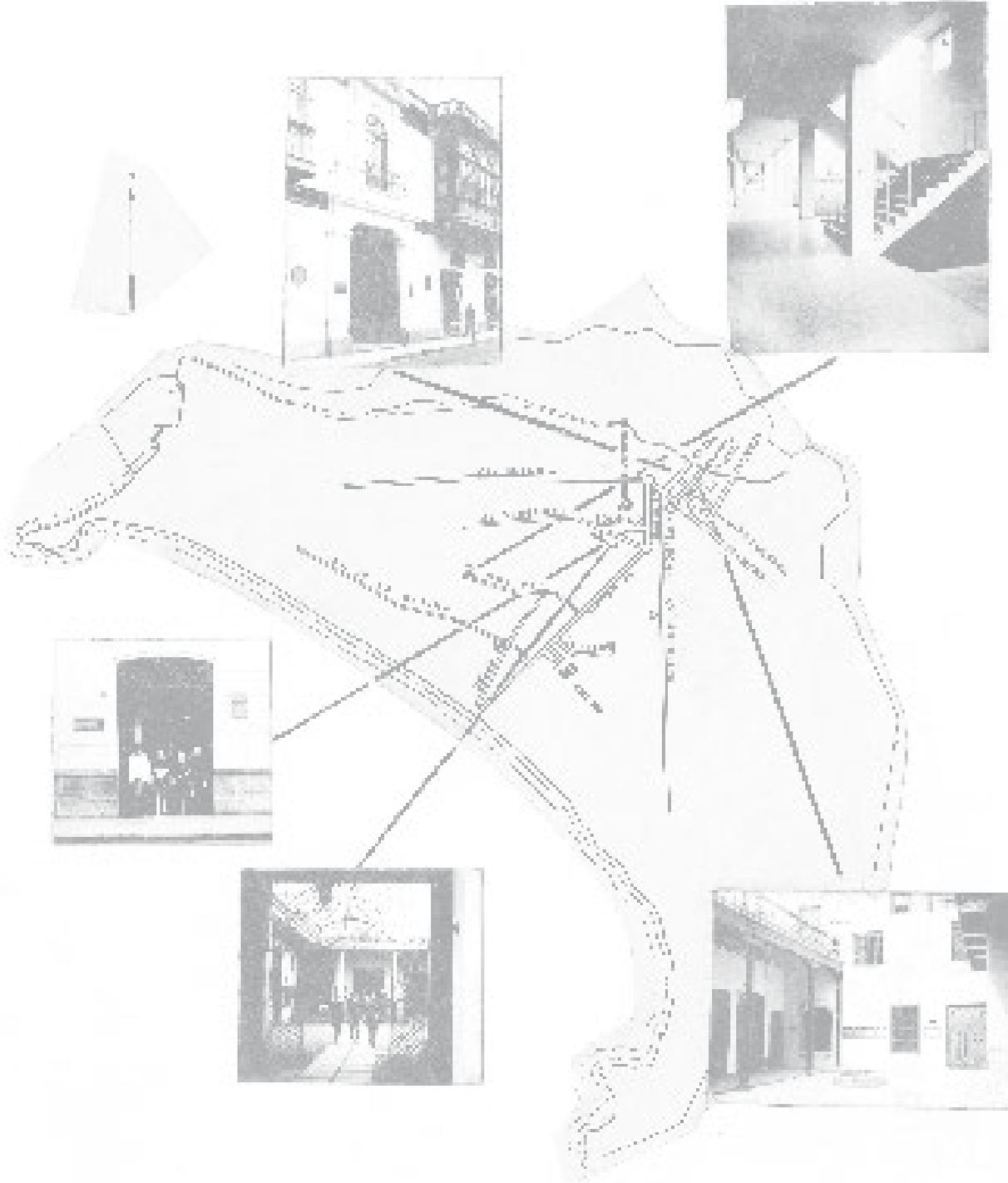
Ceremonia de clausura del año académico 1945. El presidente de la República, José Luis Bustamante y Rivero, entrega el diploma a una alumna de la Escuela de Pedagogía en la Facultad de Letras. La Facultad de Educación se creó dos años más tarde, en 1947, separándose de la Facultad de Letras. Están también presentes en la ceremonia el rector, R. P. Jorge Dintilhac, S.S.CC., y el vicerector Víctor Andrés Belaunde.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Infografía (circa 1960) donde se puede ver la ubicación de los diversos locales de la Universidad Católica alrededor de la Plaza Francia, en el Centro de Lima. La vida universitaria transcurría en ese corredor o pasadizo, que iba desde la cuadra cuatro de la calle Lártiga (hoy Camaná), donde se hallaban el Rectorado y la Facultad de Derecho, pasando por Amargura, donde se encontraban las facultades de Educación, Periodismo y el Instituto Femenino de Estudios Superiores, hasta llegar a la Plaza Francia, que albergaba Letras y Artes Plásticas.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



A mediados de los años cincuenta, en los alrededores de la Plaza Francia se veía a los estudiantes ir y venir entre los diferentes locales de la universidad, cafés, librerías y estudios de abogados de la zona. En esta fotografía, el joven estudiante de Derecho Alberto Varillas Montenegro y un compañero de estudios se dirigen al estudio del doctor Alayza a realizar sus prácticas preprofesionales.

Archivo personal de Alberto Varillas Montenegro.
Proyecto de Recuperación de Memoria Visual Centenario PUCP.



El catedrático Onorio Ferrero es fotografiado en clase rodeado de sus alumnos, a mediados de los años sesenta. El filósofo perteneció a un grupo de intelectuales europeos que llegaron al Perú tras la Segunda Guerra Mundial y se incorporaron a la Universidad Católica como catedráticos. Onorio Ferrero fue más tarde decano de la Facultad de Letras.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Alumnos en el patio de la Facultad de Letras, conocido como el Anexo, a mediados de los años sesenta. En el centro, el profesor y filósofo Onorio Ferrero conversa con uno de sus discípulos, Baldomero Cáceres. Un alumno recuerda: "Tuvimos un profesor extraordinario que su aula fue el patio [...] un gran maestro que se llamó Onorio Ferrero". La "vida de patio" era el centro de la vida universitaria, ahí alumnos y profesores intercambiaban ideas que devenían en ricas discusiones intelectuales y políticas, siempre con un interés humanista.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Anna Maccagno, escultora nacida en Roma y discípula de Adolfo Winternitz en la Universidad Católica. Terminó sus estudios en la Escuela de Artes Plásticas a mediados de los años cincuenta, y diez años más tarde pasó a integrar la plana docente, lugar que ocupó por más de cuarenta años. Luego de la muerte de su mentor, en 1993, Maccagno asumió el decanato de la Facultad de Arte, creada en 1984, cargo que mantuvo hasta 2001.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El rector, monseñor Fidel Tubino Mongilardi (centro), en procesión oficial por la Consagración Episcopal, el 15 de abril de 1956. Monseñor Tubino, sacerdote y abogado peruano educado en Italia, fue elegido rector de la Universidad Católica en 1953 por el arzobispo de Lima, cargo que ocupó hasta 1962. Durante su rectorado enfrentó los retos de una universidad en rápido crecimiento haciendo inminente el traslado de las clases al fundo Pando, un espacio donde el salto hacia la modernización de la PUCP se hiciera posible.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





El rector de la PUCP, monseñor Fidel Tubino, rodeado por un grupo de alumnos en el Instituto Riva-Agüero, en 1960. Su rectorado puso especial énfasis en la investigación como bandera de la educación moderna, enmarcándola en lo que consideraba el espíritu de la casa, un puente entre la ciencia y el conocimiento de Dios. Esto se plasmó, entre otros esfuerzos, en los seminarios de investigación que se llevaron a cabo en el Instituto Riva-Agüero y que constituyeron la base para las diversas especialidades de humanidades que más tarde ofrecería la PUCP.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El fundo Pando pasó a la Universidad Católica como parte de la herencia de José de la Riva Agüero, pero fue la expansión estudiantil la que empujó a transformar las tierras agrícolas en el nuevo campus de la universidad en los años sesenta. En 1959 se empezó a levantar la Facultad de Agronomía y los primeros pabellones se ocuparon en 1960, a la vez que se instalaban casetas provisionales para otras unidades académicas. El traslado de la universidad se completó recién en la década de los setenta.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Alumnos de la Facultad de Agronomía en una práctica calificada sobre ganado lechero en 1962. Esta facultad fue una de las pioneras en el fundo Pando, al igual que la de Ingeniería, y ambas aprovecharon el espacio y la ventaja de las tierras agrícolas de Pando. A ellas se les sumaría la Facultad de Ciencias Sociales y la Escuela de Artes a fines de la década de los sesenta.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Los seminarios de investigación, centrados en las diferentes áreas de las ciencias humanas como la historia, la arqueología, las ciencias sociales y la lingüística fueron organizados por maestros en el Instituto Riva-Agüero y complementaban las lecciones en el aula. En esta fotografía de 1953, entre los miembros y fundadores de los seminarios se distingue a los profesores Luis Jaime Cisneros Vizquerra, José Agustín de la Puente Candamo, y Armando Nieto Vélez, entre otros.

Archivo personal de R.P. Armando Nieto Vélez S.J.
Proyecto de Recuperación de la Memoria Visual Centenario PUCP.



La doctora Josefina Ramos de Cox, fundadora del Seminario de Arqueología en el Instituto Riva-Agüero, observa junto a sus alumnos una excavación en la huaca Tres Palos, alrededor de 1963.

Archivo personal de Inés del Águila Ríos.
Proyecto de Recuperación de la Memoria Visual Centenario PUCP.



El Teatro de la Universidad Católica se fundó en 1961 con Ricardo Blume Traverso como su primer director. Su precursor, el Grupo de Teatro de Ensayo de la universidad, nació de una iniciativa de un grupo de alumnos liderados por Silvio de Ferrari. Ricardo Blume mantuvo el cargo de director del TUC hasta fines de 1968, dándole a esta primera etapa un gran impulso gracias al serio compromiso de alumnos, actores, músicos y técnicos que formaron parte de él.

Revista Cuartillas, periódico de la Escuela de Periodismo, PUCP, No. 46, Año XXIII, Lima, agosto de 1969, p. 6.

NOTICIAS

LA ACTIVA LABOR DEL TUC

El Teatro de la Universidad Católica (TUC) ha estado realizando una activa labor en el campo de la cultura católica.

En el mes de octubre de 1969, el TUC presentó la obra "El Señor de los Cerros" de Ricardo Blume Traverso, en el Teatro de la Universidad Católica.

Esta obra, que trata de la vida de un sacerdote en el Perú, fue escrita por Ricardo Blume Traverso y dirigida por él mismo.

El TUC también ha realizado una serie de actividades culturales, como la presentación de obras de teatro y la organización de conferencias.

En el mes de agosto de 1969, el TUC presentó la obra "El Señor de los Cerros" de Ricardo Blume Traverso, en el Teatro de la Universidad Católica.

Esta obra, que trata de la vida de un sacerdote en el Perú, fue escrita por Ricardo Blume Traverso y dirigida por él mismo.

El TUC también ha realizado una serie de actividades culturales, como la presentación de obras de teatro y la organización de conferencias.

En el mes de octubre de 1969, el TUC presentó la obra "El Señor de los Cerros" de Ricardo Blume Traverso, en el Teatro de la Universidad Católica.

Esta obra, que trata de la vida de un sacerdote en el Perú, fue escrita por Ricardo Blume Traverso y dirigida por él mismo.

El TUC también ha realizado una serie de actividades culturales, como la presentación de obras de teatro y la organización de conferencias.

En el mes de agosto de 1969, el TUC presentó la obra "El Señor de los Cerros" de Ricardo Blume Traverso, en el Teatro de la Universidad Católica.

Esta obra, que trata de la vida de un sacerdote en el Perú, fue escrita por Ricardo Blume Traverso y dirigida por él mismo.

El TUC también ha realizado una serie de actividades culturales, como la presentación de obras de teatro y la organización de conferencias.

En el mes de octubre de 1969, el TUC presentó la obra "El Señor de los Cerros" de Ricardo Blume Traverso, en el Teatro de la Universidad Católica.

Esta obra, que trata de la vida de un sacerdote en el Perú, fue escrita por Ricardo Blume Traverso y dirigida por él mismo.

El TUC también ha realizado una serie de actividades culturales, como la presentación de obras de teatro y la organización de conferencias.

En el mes de agosto de 1969, el TUC presentó la obra "El Señor de los Cerros" de Ricardo Blume Traverso, en el Teatro de la Universidad Católica.



RICARDO BLUME TRAVERSO

El TUC también ha realizado una serie de actividades culturales, como la presentación de obras de teatro y la organización de conferencias.

En el mes de octubre de 1969, el TUC presentó la obra "El Señor de los Cerros" de Ricardo Blume Traverso, en el Teatro de la Universidad Católica.

Esta obra, que trata de la vida de un sacerdote en el Perú, fue escrita por Ricardo Blume Traverso y dirigida por él mismo.

El TUC también ha realizado una serie de actividades culturales, como la presentación de obras de teatro y la organización de conferencias.

En el mes de agosto de 1969, el TUC presentó la obra "El Señor de los Cerros" de Ricardo Blume Traverso, en el Teatro de la Universidad Católica.

Esta obra, que trata de la vida de un sacerdote en el Perú, fue escrita por Ricardo Blume Traverso y dirigida por él mismo.

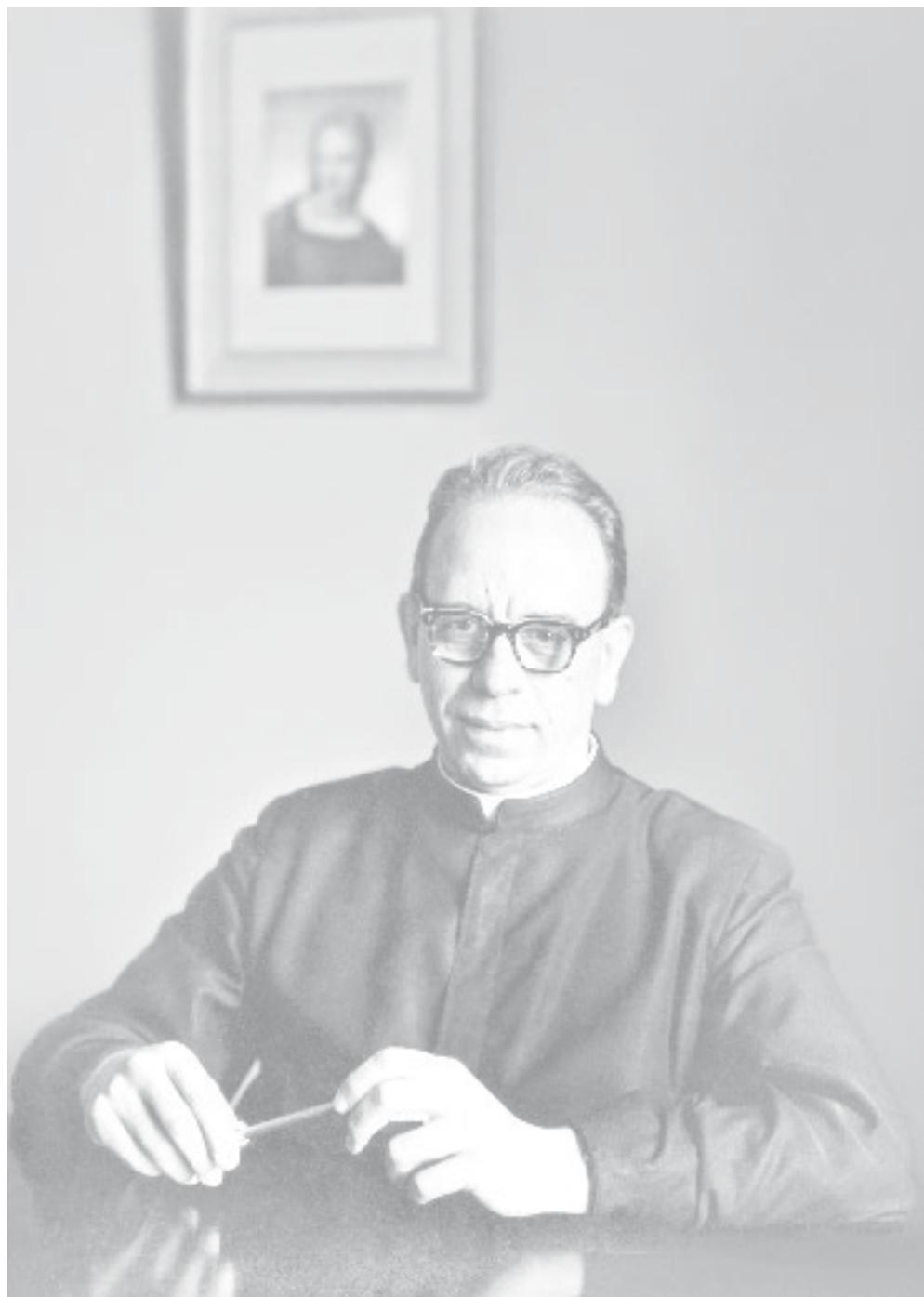
Luis Jaime Cisneros Vizquerra en su biblioteca, posiblemente en 1950. Filólogo y doctor en Literatura, Cisneros pasó a ser parte de la plana docente de la PUCP en 1948, donde permaneció por más de seis décadas como maestro y decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Cisneros enriqueció la investigación y la enseñanza en la PUCP de manera particular, manteniendo las puertas de su oficina siempre abiertas a los alumnos. La Biblioteca Central hoy lleva su nombre.

Archivo personal de R.P. Armando Nieto Vélez S.J.
Proyecto de Recuperación de la Memoria Visual Centenario PUCP.



R.P. Felipe Mac Gregor, S.J., rector de la universidad entre los años 1963 y 1977, fotografiado a inicios de su rectorado. El R.P. Felipe Mac Gregor, S.J. lideró la Universidad Católica durante un período marcado por el cambio y la modernidad, dado el traslado al fundo Pando y la construcción de los modernos edificios que albergarían las primeras facultades en instalarse en dicho campus.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



En esta imagen de los años sesenta, un grupo de alumnos de las facultades de Letras y Educación de la PUCP se reúne para alentar a sus equipos de fútbol durante el campeonato universitario en el campus del fundo Pando. Las competencias deportivas formaban una parte esencial de la vida estudiantil.

Archivo personal de Inés del Águila Ríos.
Proyecto de Recuperación de la Memoria Visual Centenario PUCP.



La Facultad de Ingeniería se trasladó al fundo Pando en 1961. En esta fotografía de esa época se aprecia la arquitectura del moderno y emblemático edificio Pabellón A de dicha facultad.

Archivo personal de Juan Carlos Harman Infantes.
Proyecto de Recuperación de la Memoria Visual Centenario PUCP.









La escultora Johanna Hamann, alumna de la Escuela de Artes Plásticas, en los años setenta, trabaja una de sus piezas en los amplios exteriores del nuevo campus de la universidad.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Estas casetas de la Facultad de Ciencias Sociales funcionaron como aulas provisionales luego de la mudanza de los locales del Centro de Lima al fundo Pando, al igual que en varias otras unidades académicas en los años sesenta. El nuevo plan de ordenamiento espacial de la PUCP fue parte de un convenio integral con la Fundación Ford para el desarrollo y la modernización de la universidad.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Fotografía tomada en una de las famosas "encerronas" de Derecho, el festejo tradicional de los estudiantes de Derecho al finalizar el año de estudios. Esta imagen del año 1973 en el local de la calle Lártiga muestra al conserje de la facultad, Filiberto Tarazona, personaje muy querido por los todos miembros de la facultad, en hombros de los alumnos. Filiberto Tarazona fue nombrado padrino de dicha promoción y permaneció en el cargo de conserje de la Facultad de Derecho por más de cincuenta años.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Un grupo de jóvenes profesores de la Facultad de Derecho, integrantes del programa de cooperación entre la Universidad de Wisconsin y la Pontificia Universidad Católica del Perú. El programa se mantuvo por cinco años, liderado por Zigurds L. Zile, de la Universidad de Wisconsin, y coordinado por el decano de la Facultad de Derecho de la PUCP, Jorge Avendaño Valdez. Los coloquialmente llamados "Wisconsin Boys" representaron un movimiento de reforma de la enseñanza del derecho en los años sesenta y setenta. En esta fotografía de 1969 en la Universidad de Wisconsin aparecen los profesores Luis Carlos Rodrigo Mazuré, Fernando de Trazegnies Granda, Jorge Avendaño Valdez, Zigurds L. Zile, Carlos Fernández Sessarego, Domingo García Belaunde y Baldo Kresalja Roselló.

Archivo personal de Domingo García Belaunde.
Proyecto de Recuperación de la Memoria Visual Centenario PUCP.



Vida universitaria en la casona del Instituto Riva-Agüero. Dos alumnas salen del local ubicado en la calle Lártiga (hoy jirón Camaná), a mediados de los años sesenta.

Foto: Hugo Carrión.
Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Ceremonia de Clausura del Año Académico de 1965. El cardenal Juan Landázuri Ricketts felicita a una de las alumnas. Participan en el acto el rector R.P. Felipe Mac Gregor, S.J. y el rector emérito Víctor Andrés Belaunde.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Pastora de la Vega (primera de la derecha), alumna de Educación Familiar, realiza actividades de trabajo social con un grupo de madres en el distrito de Jesús María, en 1971. Este proyecto surgió como un esfuerzo de la universidad de conectar a la comunidad universitaria con los sectores populares de la ciudad de Lima.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El rector, R.P. Felipe Mac Gregor, S.J., es retratado con expresidentes de la FEPUC en el Instituto Riva-Agüero. De izquierda a derecha: Manuel Bernales Alvarado, Henry Pease García, R.P. Felipe Mac Gregor, S.J., Armando Zolezzi Moller, Rafael Roncagliolo Orbegoso y Jaime Montoya Ugarte. Atrás: Rogelio Llerena Quevedo, José Chichizola, Guillermo Dávila Rosazza y Oscar Mavila.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Afiche de la obra *El gran teatro del mundo*, auto sacramental de Calderón de la Barca, puesta en escena en el atrio de la Catedral por los artistas de la Asociación de Artistas Aficionados y dirigida por Ricardo Roca Rey, en conmemoración del cincuenta aniversario de la universidad, el 9 de abril de 1967. Entre los artistas participantes resaltan los nombres de Ricardo Blume y Saby Kamalich, entre otros.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.

TEATRO BALLET CORO
A.A.A.

PRESENTA EN EL ATRIO DE LA CATEDRAL
DE LA PLAZA DE ARMAS DE LIMA

EL GRAN TEATRO
DEL MUNDO

AUTOSACRAMENTAL DE
PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

EN HOMENAJE
AL CINCUENTENARIO DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA

DOMINGO 9 DE ABRIL DE 1967 A LAS 7.30 P.M.

REPARTO POR ORDEN DE ABRICIÓN: RUMO FERNÁNDEZ ~
CARLOS TOCCIO ~ ALBERTO SÁNCHEZ A. ~ SÁBAY KAMALICH ~
AMÉRICO VALDEZ ~ FÉLIX BLUME ~ SYLVIA VEGAR ~
RICARDO BLUME

JEAN TARNAWIECKI ~ JORGE CHIARELLA ~ MAYDEE CAYANO
EUGENIA ENDE ~ MARCELO DAMONTE ~ ROSA GRANA ~
MARTO LECLERE

DIRECCIÓN GENERAL
RICARDO ROCA REY

Como parte de las celebraciones al cumplirse los cincuenta años de fundación de la universidad, en 1967, tuvo lugar una clase del recuerdo impartida por el doctor Javier Correa Elías, con la asistencia del padre Gerardo Alarco Larrabure, Matilde Pérez Palacio, Domingo García Rada y Andrés Townsend Escurra (en primera fila). Detrás de ellos, Javier Pérez de Cuéllar y Ernesto Perla Velaochaga.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Retrato del Consejo Universitario en 1970, primer consejo que se llevó a cabo con presencia de representantes de los estudiantes. De pie, de izquierda a derecha: Raúl Zamalloa, José Corso López de Romaña, Francisco Guerra-García, Luis Jaime Cisneros Vizquera, Álvaro Rey de Castro, representante estudiantil, y Alberto Varillas Montenegro, secretario general. Sentados: Fernando Giuffra Fontanés, Jorge Avendaño Valdez, R.P. Felipe Mac Gregor, S.J., R.P. Gerardo Alarco Larra-bure, S.J., y Eduardo Ferrero Costa.

Archivo personal de Luis Jaime Cisneros Vizquera y Sara Hamman Vda. de Cisneros.
Proyecto de Recuperación de la Memoria Visual Centenario PUCP.



Fotografía del momento en que la Policía ingresa forzando la entrada al local universitario del Instituto Riva-Agüero en represalia por las protestas del alumnado contra la nueva Ley Universitaria promulgada por el Gobierno del general Velasco en 1969.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El profesor Luis Jaime Cisneros Vizquerra ofrece resistencia y es refrenado por el rector R.P. Felipe Mac Gregor, S.J. Los alumnos fueron reprimidos con bombas lacrimógenas y, a pesar de las protestas del rector y de autoridades de la universidad, la marcha tuvo como resultado varios miembros de la comunidad detenidos. La PUCP emitió un comunicado de rechazo, suspendiendo las clases.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Inauguración del Centro de Cómputo de la PUCP en la Facultad de Ingeniería, en 1969, con Jorge Solís Tovar (centro) como su director. Lo acompañan (de izquierda a derecha) Tulia Tupayachi, Juan León, Rosa María Rangel de Villalta, Carmela Raspa, Carlos Joo y Doris Aparcana. La computadora que se muestra en la imagen es una IBM 1130, la primera en llegar a la universidad, con un disco de tan solo 20 kilobytes de memoria. El Centro de Cómputo se mantuvo en un área climatizada en esa facultad hasta 1973, cuando fue trasladado al recién inaugurado Pabellón de Ciencias Sociales.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Un grupo de alumnos de la Facultad de Ingeniería camina con sus equipos hacia una práctica de topografía en 1971. Hasta ese año, los estudiantes de la universidad debían respetar el código de vestir, utilizando siempre saco, aun en las prácticas de campo. Es recién en 1971 que se levanta esta obligación, permitiendo al alumnado vestirse de manera más casual en clase.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



José Tola Pasquel, primer rector laico de la PUCP, al iniciar su rectorado en 1977, cargo que mantuvo por dos periodos consecutivos hasta 1989. José Tola Pasquel fue un hombre de ciencias, matemático e ingeniero civil educado en la Universidad Católica. Antes de asumir el rectorado, fue también maestro y decano de la Facultad de Ingeniería y director de la Escuela de Graduados.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El ingeniero y matemático Hugo Sarabia Swett fue elegido rector de la PUCP para el periodo 1989-1994, luego de haber sido vicerrector de la universidad desde 1977. Esta fotografía de 1982 en la Oficina del Vicerrectorado tuvo como ocasión sus bodas de plata como docente en la universidad. El rector Sarabia Swett fue desde muy joven miembro de la comunidad universitaria, como profesor principal desde 1962 y luego como jefe del Departamento de Ciencias y director de la Dirección Universitaria del Régimen Académico de los Profesores de la PUCP.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





La vida universitaria en Pando no se vive solamente en las aulas. Esta fotografía de mediados de los años sesenta muestra que el campus contaba con amplios jardines y áreas verdes, que hasta hoy sirven de espacio de esparcimiento, conversación y lectura.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Número récord de postulantes registró Universidad Católica

Este año a la Universidad Católica se presentó un número récord de postulantes, ascendiente a 8 mil 264, informó ayer el Director de Admisión y Director Universitario de Píneamiento de dicho centro de estudios, Dr. Rogelio Llerena Quevedo.

Los primeros puestos en Ciencias y Letras los obtuvieron respectivamente Ricardo Zagarra Pellanne, con mil 770 puntos de un total de dos mil; y Roberto Forns Broggi, con mil 862 puntos sobre un total de dos mil.

El Dr. Llerena informó que del total indicado logra-

ron ingresar mil 138, con una proporción de 7 a 1. A Estudios Generales de Ciencias se presentaron tres mil 863, e ingresaron 400; a Letras se presentaron mil 894, y alcanzaron vacante 550.

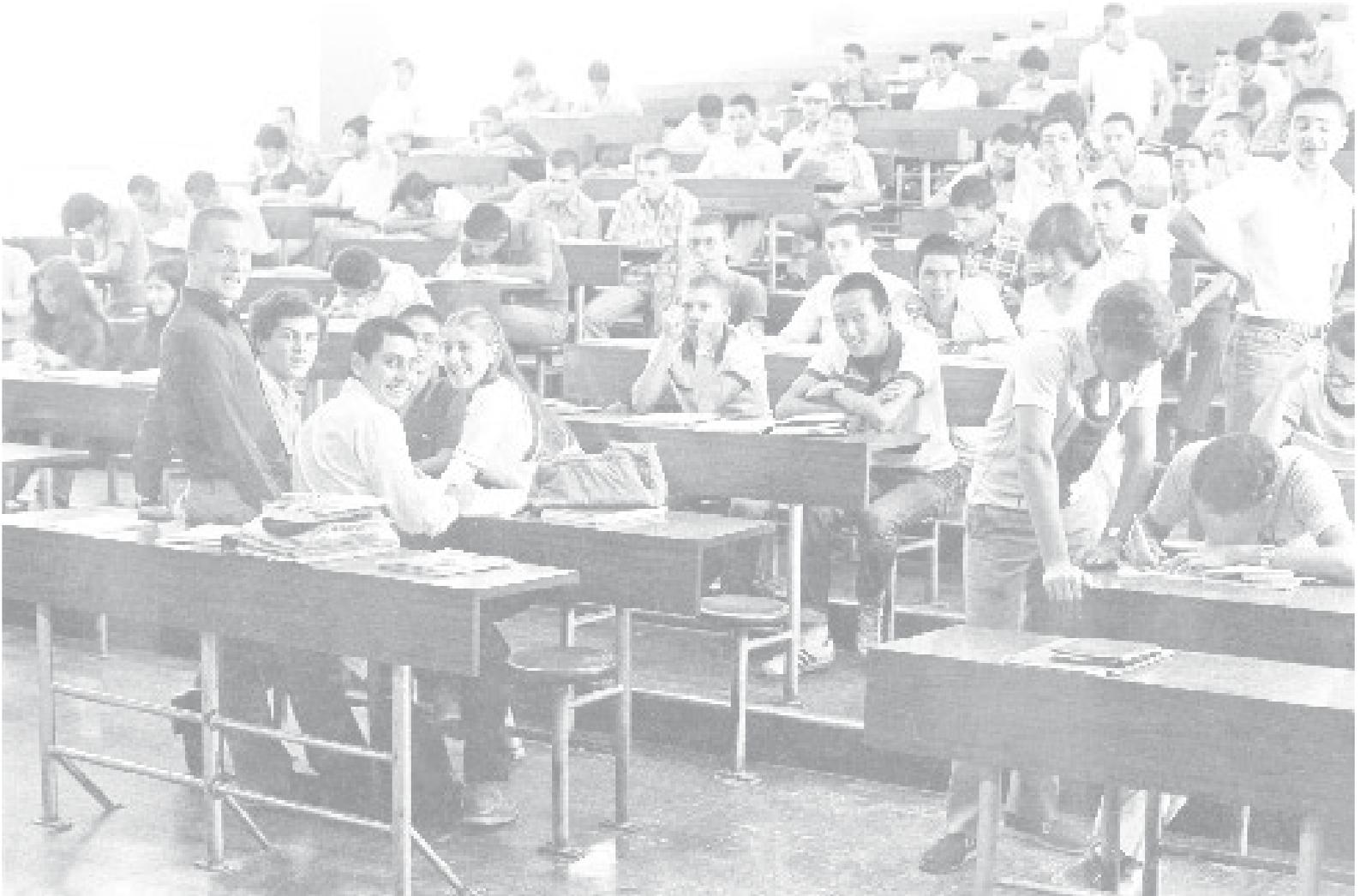
De 318 postulantes a Educación ingresaron 80; 40 a Trabajo Social, de un total de 91; y 68 a Artes Plásticas de un total de 98.

El examen se realizó el sábado 28 en dos turnos, en 85 aulas repartidas en diez pabellones.

Señaló que este año se presentaron dos mil 431 postulantes más, lo que represen-

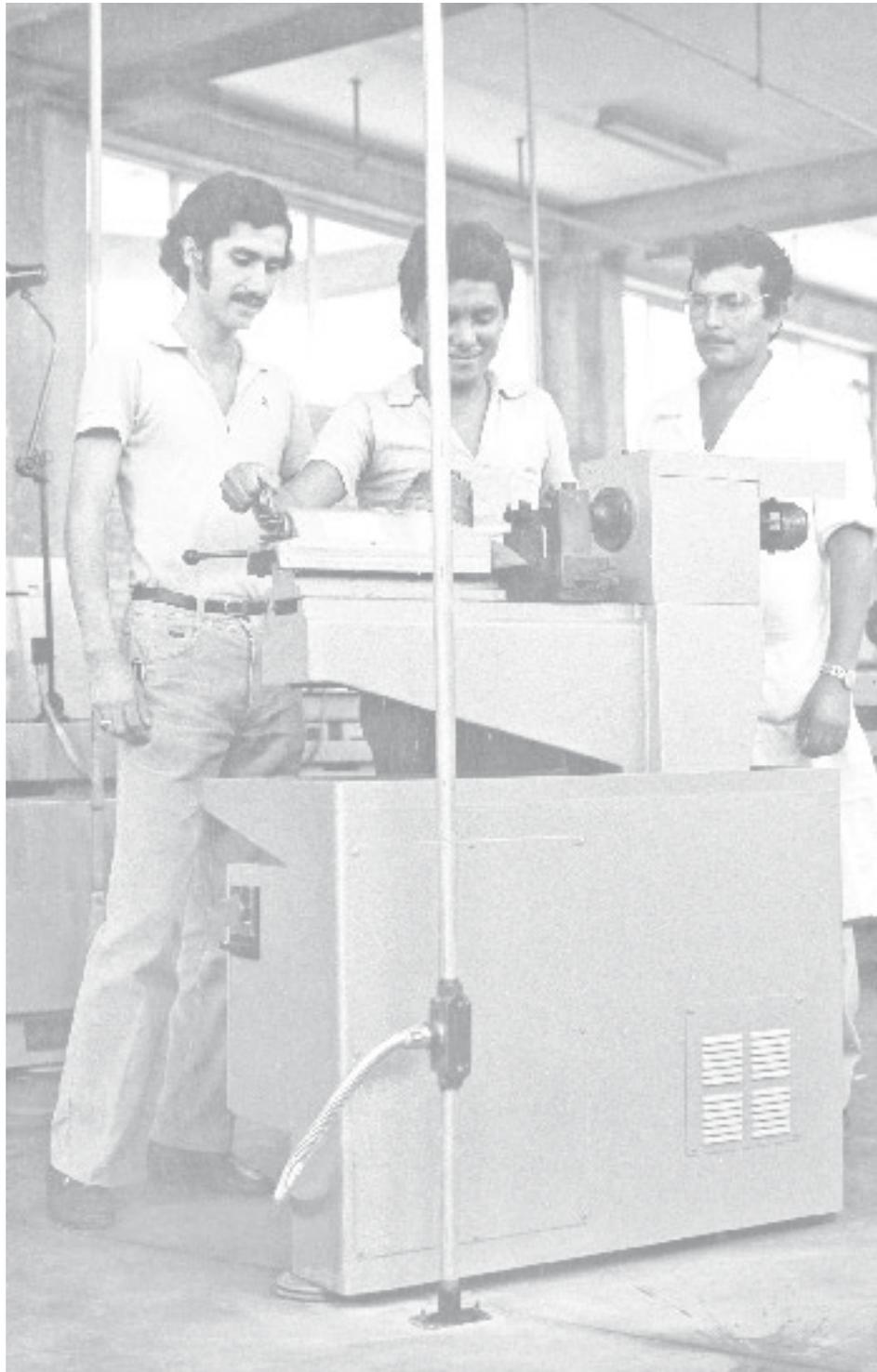
ta un incremento del 42 por ciento con relación al año pasado.

La Universidad Católica tiene 7 mil alumnos y un sistema de pagos con 11 escalas, de acuerdo a la capacidad económica del alumno. Un 7 u 8 por ciento del alumnado se acoge al beneficio del "préstamo integral", por el cual se les presta las sumas que tienen que pagar por los estudios e incluso se les asigna una propina de 15 mil soles mensuales para su subsistencia. Este préstamo es pagado por el alumno después de graduarse.



Alumnos de la Facultad de Ciencias e Ingeniería en clase con el profesor Arturo García (primero de la derecha), a inicios de los años ochenta. Durante esa década, a pesar de la difícil situación nacional que afectó también a la universidad, en la Facultad de Ciencias e Ingeniería se produjo un importante proceso de expansión, reflejado tanto en el incremento del número de estudiantes como en la construcción de modernos laboratorios y la creación de nuevas especialidades. Todo esto se dio en gran parte gracias al aporte de la empresa privada, gobiernos europeos y convenios con agencias de cooperación.

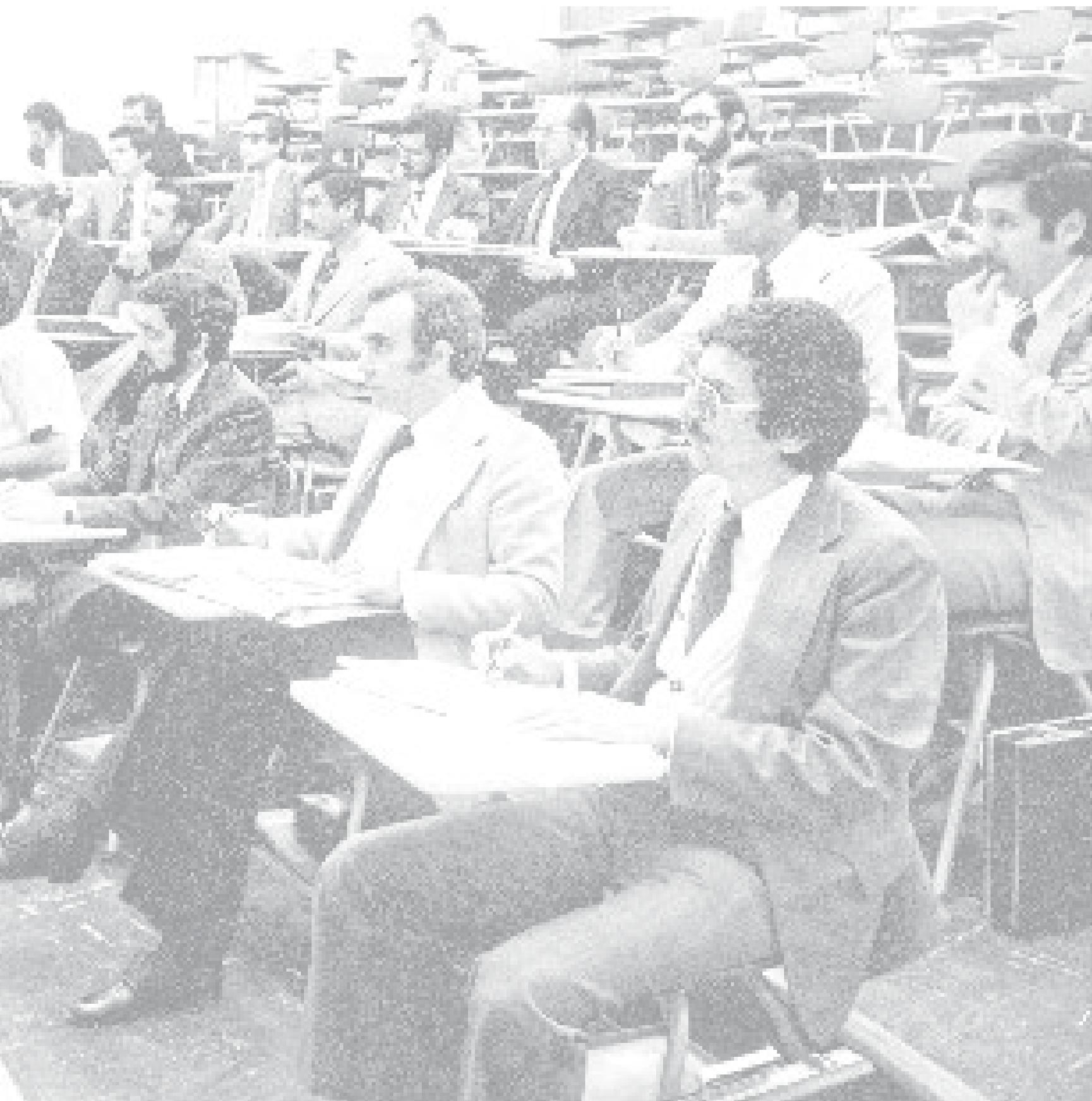
Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Estudiantes en clase de Altas Finanzas en la Escuela de Graduados a principios de los años ochenta. En 1971 se creó el Programa Académico de Perfeccionamiento para Estudios de Posgrado, una de las iniciativas más importantes de esa década, que ofrecía solo cuatro maestrías. En 1984 se convirtió en la Escuela de Graduados y más tarde en la Escuela de Posgrado. Hoy, la escuela ofrece más de ochenta programas, muchos de ellos internacionalizados gracias al intercambio de alumnos y a alianzas con universidades extranjeras.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



La apertura en 1986 del Instituto de Idiomas de la PUCP, tema de este artículo de *Caretas* (marzo de 1992), es un ejemplo del esfuerzo constante de la universidad por acercarse al público general brindando servicios de calidad. En 1988 se inauguró el centro preuniversitario Ceprepucp y en 1992 el Centro de Servicios y Transferencia Tecnológica, cuyo objetivo era vincular a la universidad con la empresa privada ofreciendo cursos, investigaciones y proyectos conjuntos a empresas, al Gobierno e incluso a la universidad misma.

Archivo de la Revista *Caretas*.



Estudiantes en un aula de informática en la Universidad Peruana Cayetano Chabán.

Más Allá del Claustro

La universidad peruana en el sistema de gestión de la información

Los círculos que rodean a la información en la universidad peruana son cada vez más numerosos y complejos. Desde la participación en el desarrollo de programas de estudio, pasando por la gestión de la biblioteca, hasta la participación en la gestión de la información en la empresa, la universidad peruana ha estado involucrada en una gran variedad de actividades que buscan mejorar la calidad de la educación y la investigación.

Por Carlos Solís
y Valeria Rodríguez

En los últimos años, la información ha sido un elemento clave en el desarrollo de la universidad peruana. Desde la gestión de la biblioteca hasta la participación en la gestión de la información en la empresa, la universidad peruana ha estado involucrada en una gran variedad de actividades que buscan mejorar la calidad de la educación y la investigación.

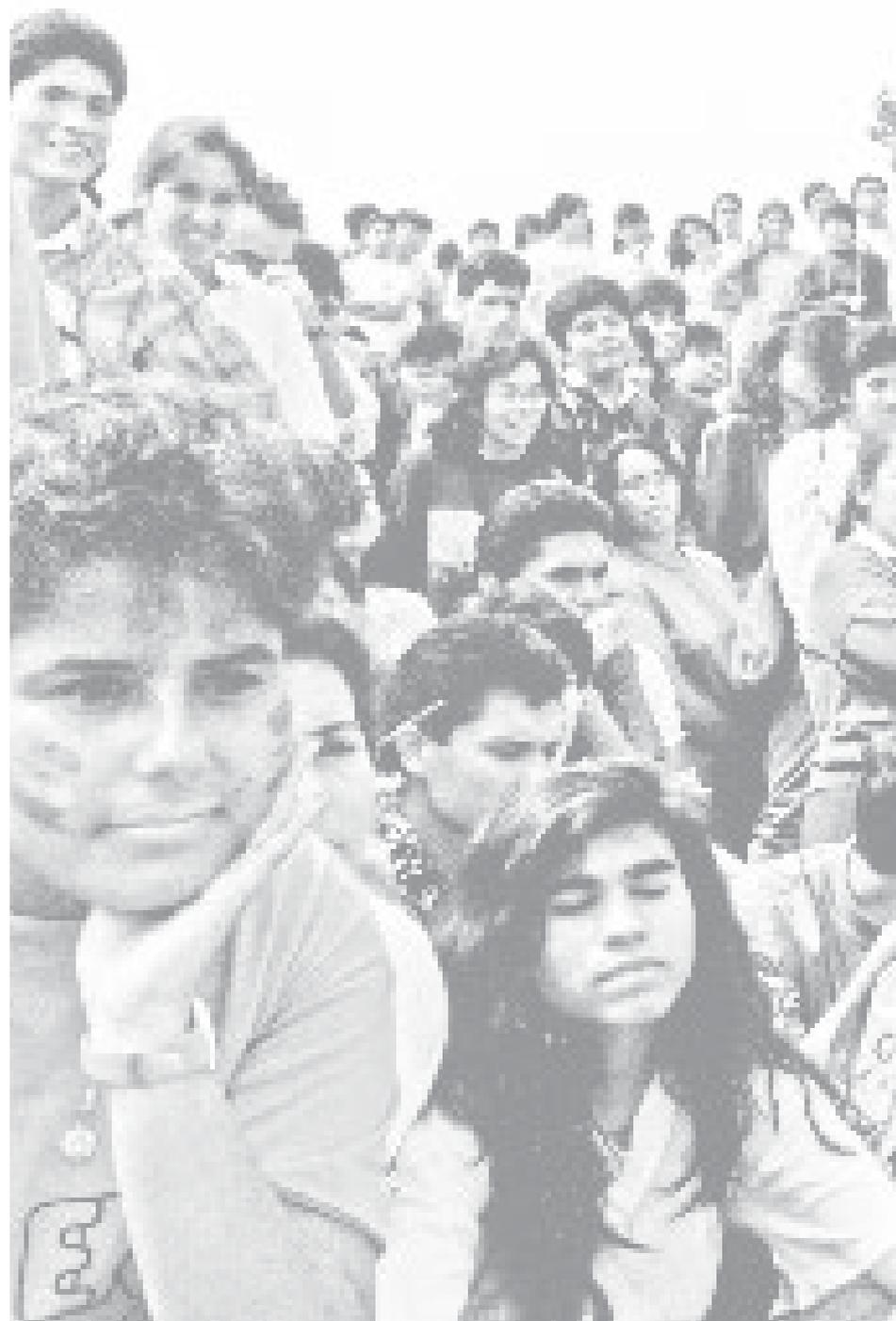
La información es un recurso clave en el desarrollo de la universidad peruana. Desde la gestión de la biblioteca hasta la participación en la gestión de la información en la empresa, la universidad peruana ha estado involucrada en una gran variedad de actividades que buscan mejorar la calidad de la educación y la investigación.

La información es un recurso clave en el desarrollo de la universidad peruana. Desde la gestión de la biblioteca hasta la participación en la gestión de la información en la empresa, la universidad peruana ha estado involucrada en una gran variedad de actividades que buscan mejorar la calidad de la educación y la investigación.

En los años setenta la PUCP otorgó doctorados *honoris causa* a distintas personalidades. Esta fotografía de la ceremonia en la que se le otorgó dicho título al escritor argentino Jorge Luis Borges, el 15 de noviembre de 1978, muestra la mesa principal en la que estuvieron presentes el rector José Tola Pasquel, Jorge Luis Borges y Alberto Varillas Montenegro, secretario general de PUCP.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.

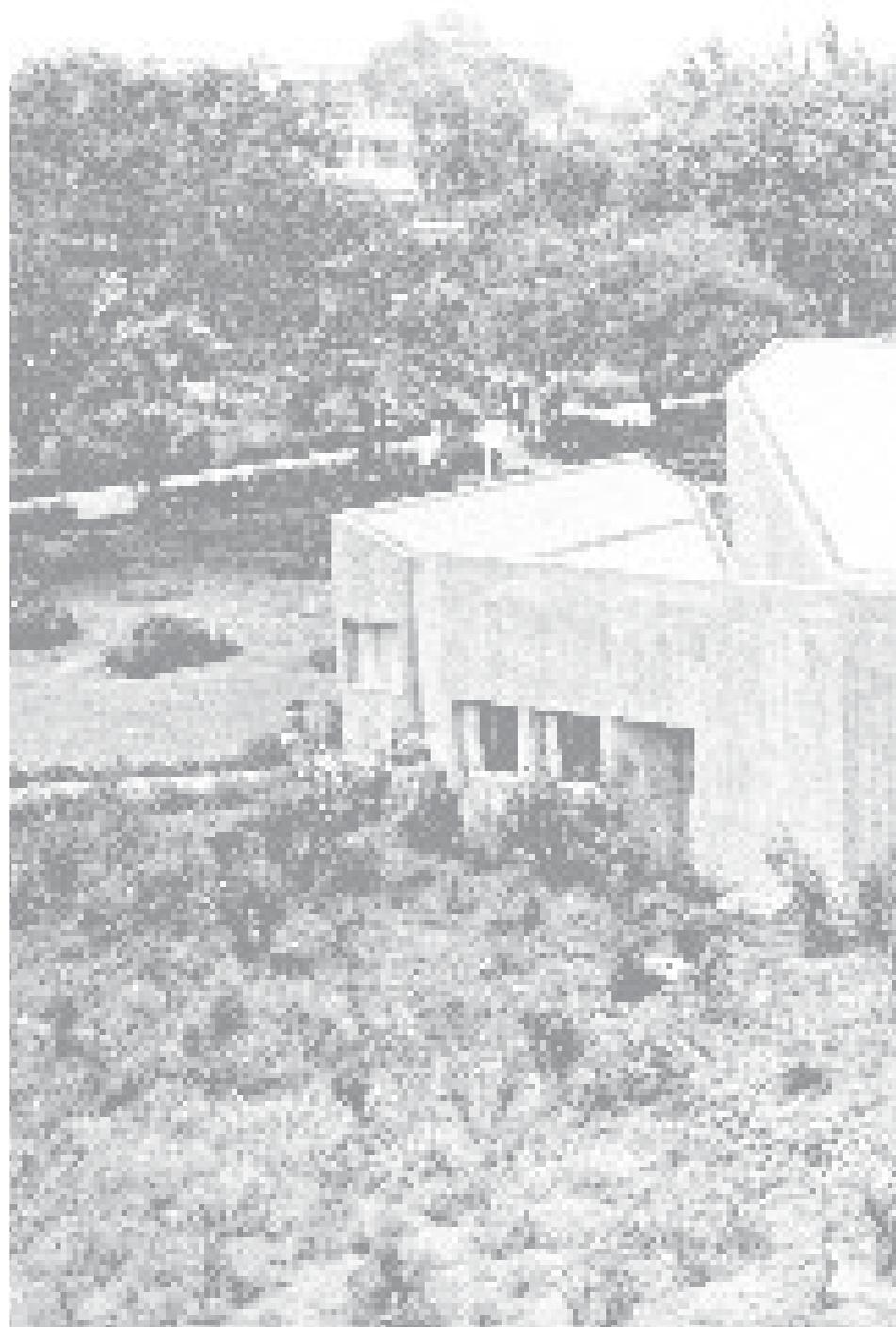




Alumnos de la Facultad de Derecho reunidos en 1993 alrededor de la antorcha y el escudo de la universidad durante las olimpiadas de la facultad, una de las celebraciones de la Semana de Derecho, donde los alumnos participan en desfiles, actuaciones, bailes, competencias deportivas y eventos sociales. Al igual que esta fiesta, los Juegos Interfacultades se han convertido en una de las tradiciones más representativas de la PUCP, cumpliendo un rol integrador en la comunidad estudiantil.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Como parte del esfuerzo continuo por crear la infraestructura necesaria en el fundo Pando, se fundó el Centro de Asesoría Pastoral Universitaria, CAPU, y el R.P. Alberto Rodríguez S.J. fue nombrado su primer director. En octubre de 1977 se inauguró la capilla, construida en parte con donaciones de la colonia japonesa y de la Fundación Adveniat. Los hermosos vitrales de la capilla fueron diseñados por Adolfo Winternitz y el altar por la escultora Anna Maccagno. En esta vista panorámica de mediados de los años ochenta se aprecia el complejo del CAPU en su conjunto.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





A principios de los años ochenta, poco antes de que la era informática entrara a las bibliotecas, los alumnos de la universidad realizan sus búsquedas de libros de manera manual en los ficheros del primer piso. Por esos mismos años se crea con el apoyo del Gobierno británico la especialidad de Ciencias de la Información, que modernizaría la forma de acceso y uso de las bibliotecas.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Estudiantes realizan pruebas, en 1985, con mecos e instrumentos especializados en el Laboratorio de Estructuras Antisísmicas Cristóbal de Losada y Puga, construido en 1979 en la Facultad de Ingeniería como resultado de la cooperación del Gobierno de los Países Bajos y el Gobierno del Perú.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Alumnos de la universidad utilizan los modernos terminales de cómputo en 1983, todavía accesibles a unos pocos. Más tarde, a principios de los años noventa, se instalaron terminales y salas de computación en diversos puntos del campus a disposición de los alumnos de las diferentes facultades.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El ingeniero Manuel Alberto Olcese, a fines de los ochenta, discute con profesores sobre las posibilidades de las nuevas máquinas de cómputo para el trabajo académico, en el recientemente instalado laboratorio de microcomputación de la Facultad de Ciencias e Ingeniería.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





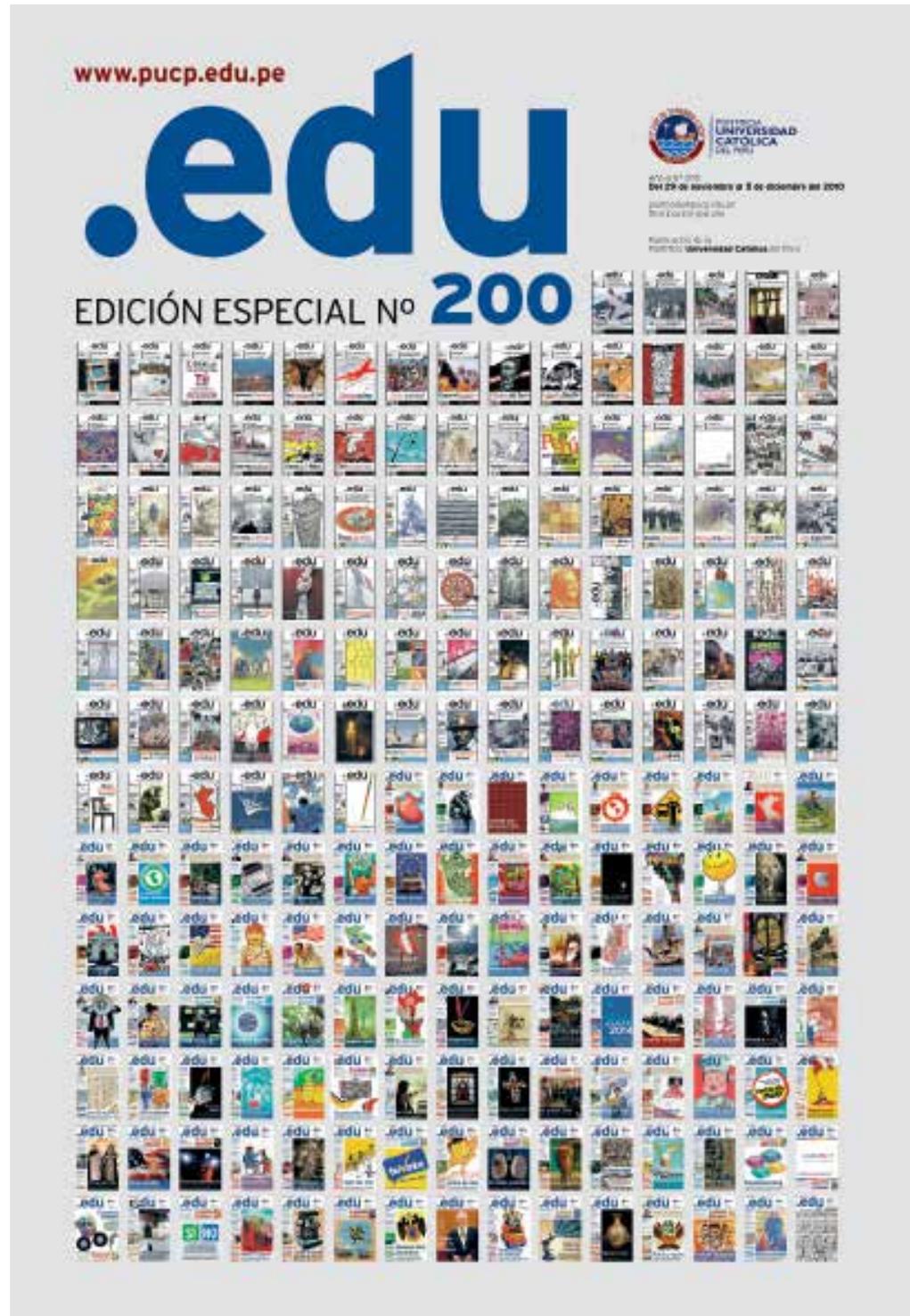
El "tontódromo" es la columna vertebral de la vida universitaria en la PUCP. Los alumnos circulan por esta avenida central que cruza el campus de norte a sur y a lo largo de sus 478 metros se articulan las unidades académicas, servicios universitarios y administrativos, la Biblioteca Central, áreas verdes y las zonas de encuentro como el edificio Tinkuy. El campus de Pando se terminó de consolidar en los años ochenta, con la construcción de los edificios de la Facultad de Derecho y el Centro Dintilhac.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Desde fines de los años noventa se dio énfasis al fortalecimiento de la imagen institucional estableciendo campañas que buscaban la identificación de los miembros de la comunidad con la universidad y una proyección de los valores de la PUCP. Así, en 2005 se crea el periódico semanal *PuntoEdu*, que se distribuye gratuitamente tanto dentro de la comunidad universitaria como fuera de ella. Imagen de la carátula de la edición que celebra la publicación número 200 de la revista.

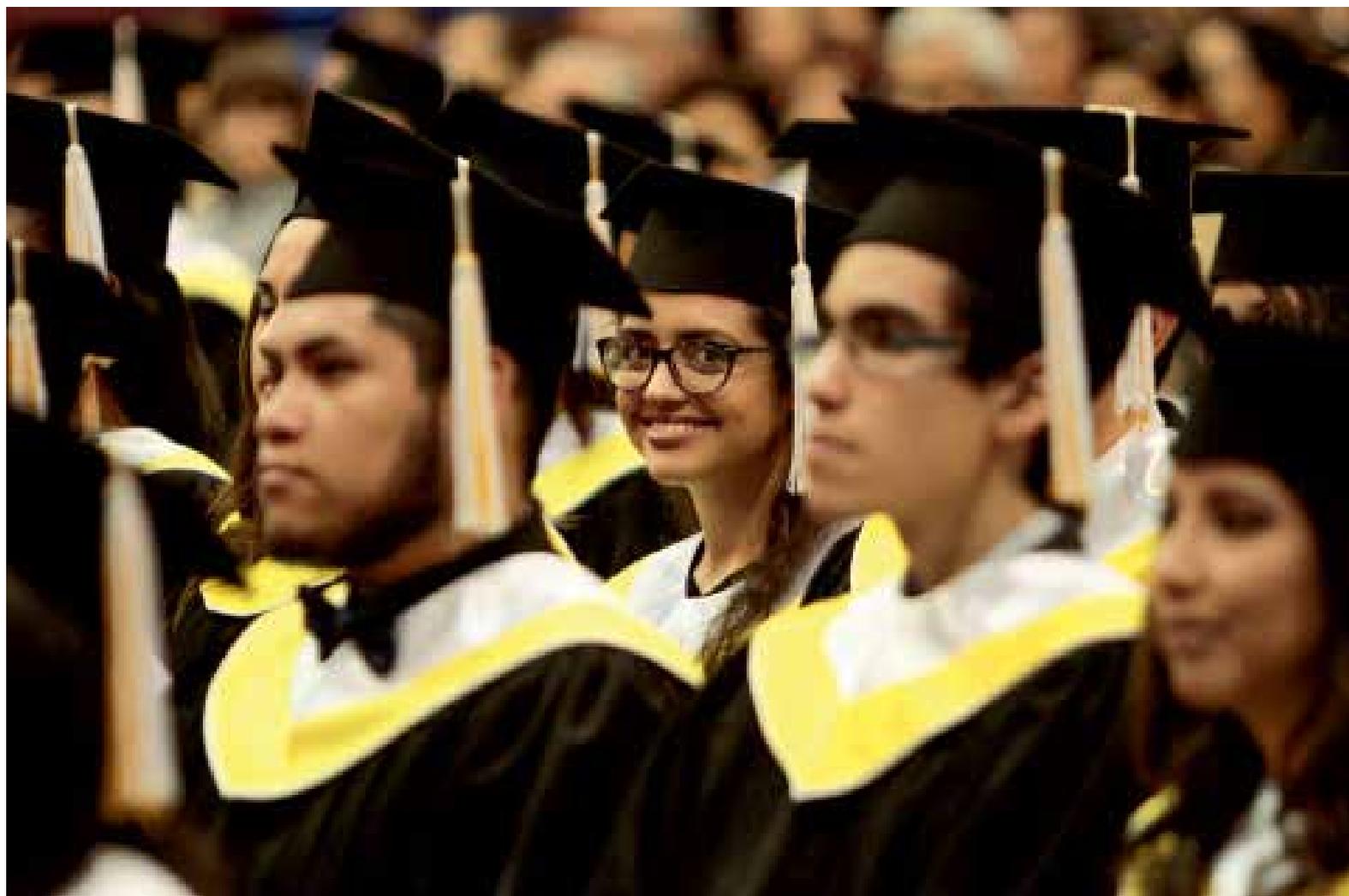
PuntoEdu.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El doctor Salomón Lerner Febres, al inicio de su rectorado, en 1994, flanqueado por sus vicerrectores, el ingeniero Luis Guzmán Barrón y el doctor Marcial Rubio Correa.

Archivo de la Universidad.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





En 2012 se fundó la Facultad de Artes Escénicas, conformada por cuatro especialidades: Danza, Teatro, Música, y Creación y Producción Escénica. Con esto, la PUCP acompaña el proceso nacional formando profesionales de las artes escénicas como productores, músicos, bailarines y actores, integrando disciplinas que permanecían hasta el momento desarticuladas.

Foto: Mayu Mohanna.



En el año 2000 se crea la Escuela de Negocios Centrum Católica, que un año más tarde inauguró su propio campus en Surco. En 2010 Centrum recibe la Triple Corona, al ser acreditado por las tres agencias más importantes a nivel mundial: AACSB, EQUIS y AMBA, colocándose con esto en el más alto nivel internacional. Centrum mira al futuro con la plataforma centrum, a través de la cual brinda cursos libres online MOOC (Massive Open Online Courses), cursos del más alto nivel, sin costo, que permiten llegar a alumnos de todo el mundo de habla hispana.

Centrum.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



En 2009 se crea el Vicerrectorado de Investigación con la finalidad de incentivar, financiar, coordinar y difundir los esfuerzos de investigación realizados en la PUCP, para generar conocimiento nuevo y desarrollo tecnológico. La doctora Pepi Patrón Costa, primera vicerrectora de investigación, fue la primera mujer en asumir un cargo de esa naturaleza en la PUCP.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Esta imagen muestra la participación de cuatro alumnos de Ingeniería Mecatrónica en el programa de *The Mars Society* en la base *Mars Desert Research Station*, en Utah, Estados Unidos, donde tuvieron la oportunidad de recrear las condiciones ambientales en Marte.

MDRS, The Mars Desert Research Station.



La feria Perú con Ciencia, organizada por tercer año consecutivo por Concytec con la presencia de investigadores y catedráticos de la PUCP, reúne en un espacio interactivo a alrededor de 34 000 asistentes, entre estudiantes, investigadores y empresarios.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El RIDEI, Red Internacional de Estudios Interculturales, grupo interdisciplinario que realiza investigaciones sobre el ejercicio de la ciudadanía en contextos de diversidad cultural, es un ejemplo del fomento de la investigación en la universidad. Los temas de investigación del RIDEI se abordan desde disciplinas como la lingüística aplicada, la filosofía intercultural, la antropología política y la etnohistoria, siempre orientados a construir una sociedad más justa y sin prejuicios donde la convivencia represente un aprendizaje mutuo.

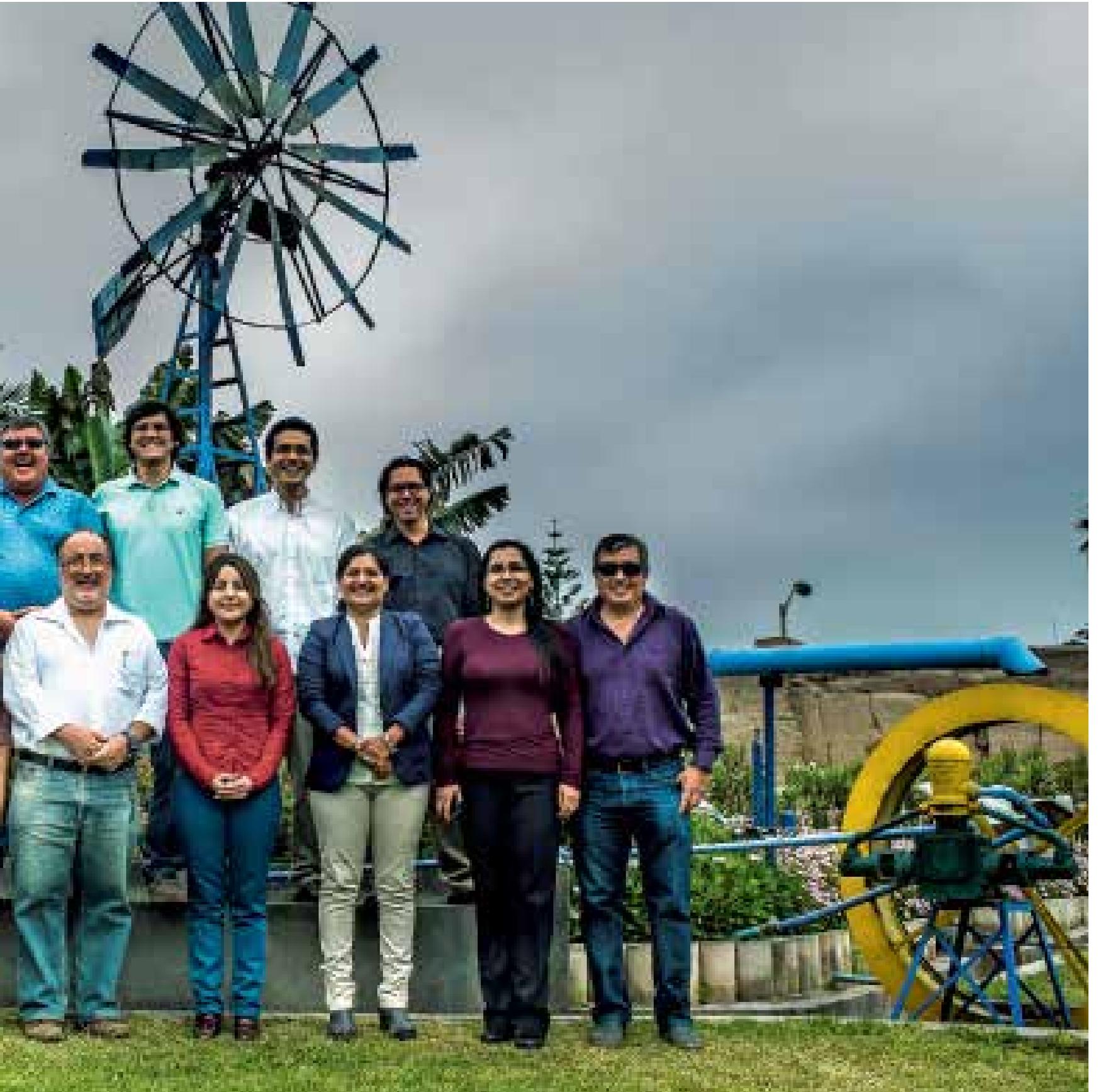
Foto: Musuk Nolte.





El Grupo de Apoyo al Sector Rural, creado en 1992, es uno de los grupos de investigación integrados por profesores y alumnos, formados con el fin de impulsar la investigación en la PUCP. Este grupo interdisciplinario contribuye a la mejora de la calidad de vida de las poblaciones rurales vulnerables mediante la transferencia de tecnologías limpias en energía, agricultura y vivienda a través de proyectos a nivel local, regional y nacional, tales como los Riogeneradores PUCP y Casa Caliente.

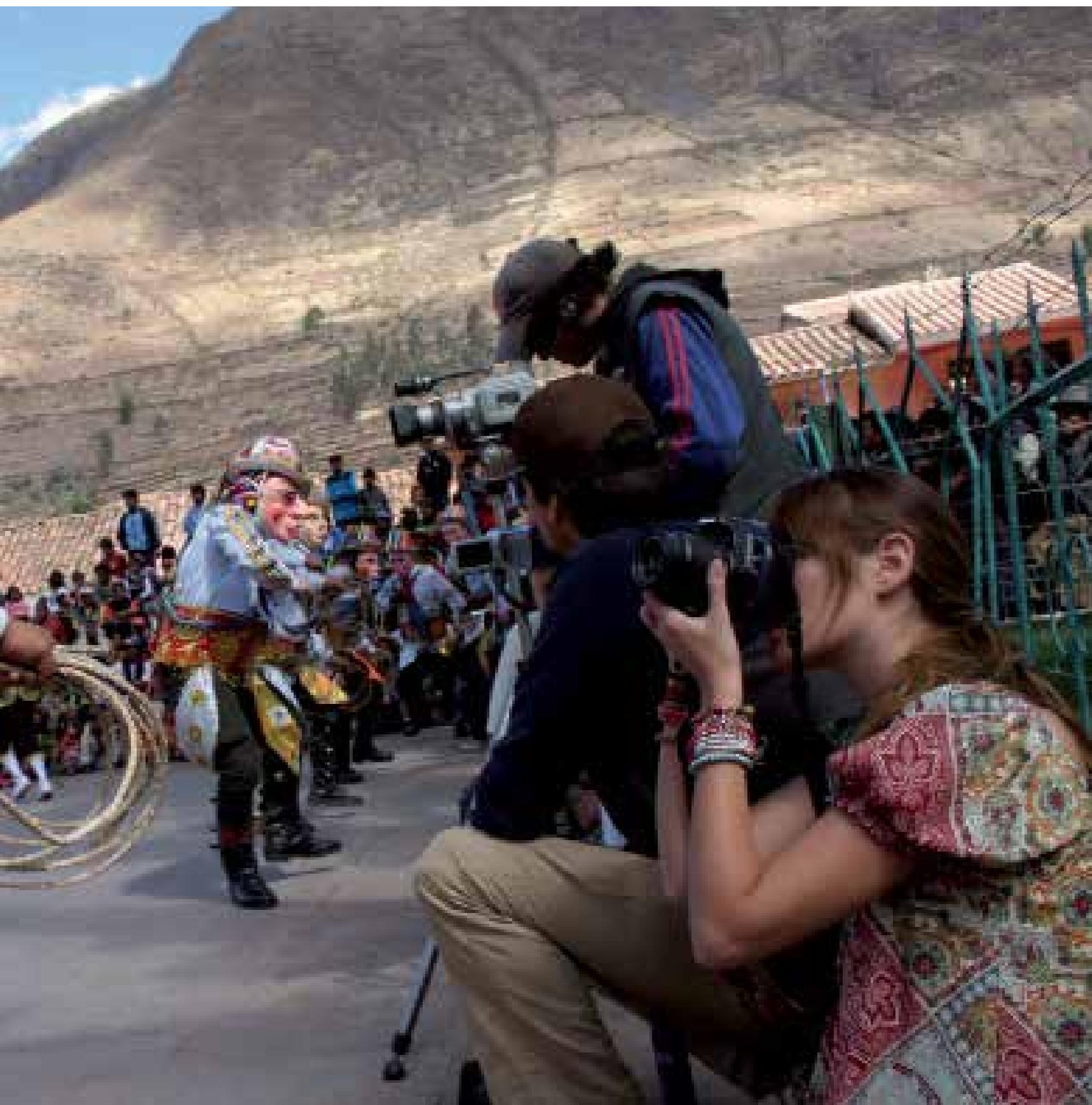
Foto: Musuk Nolte.





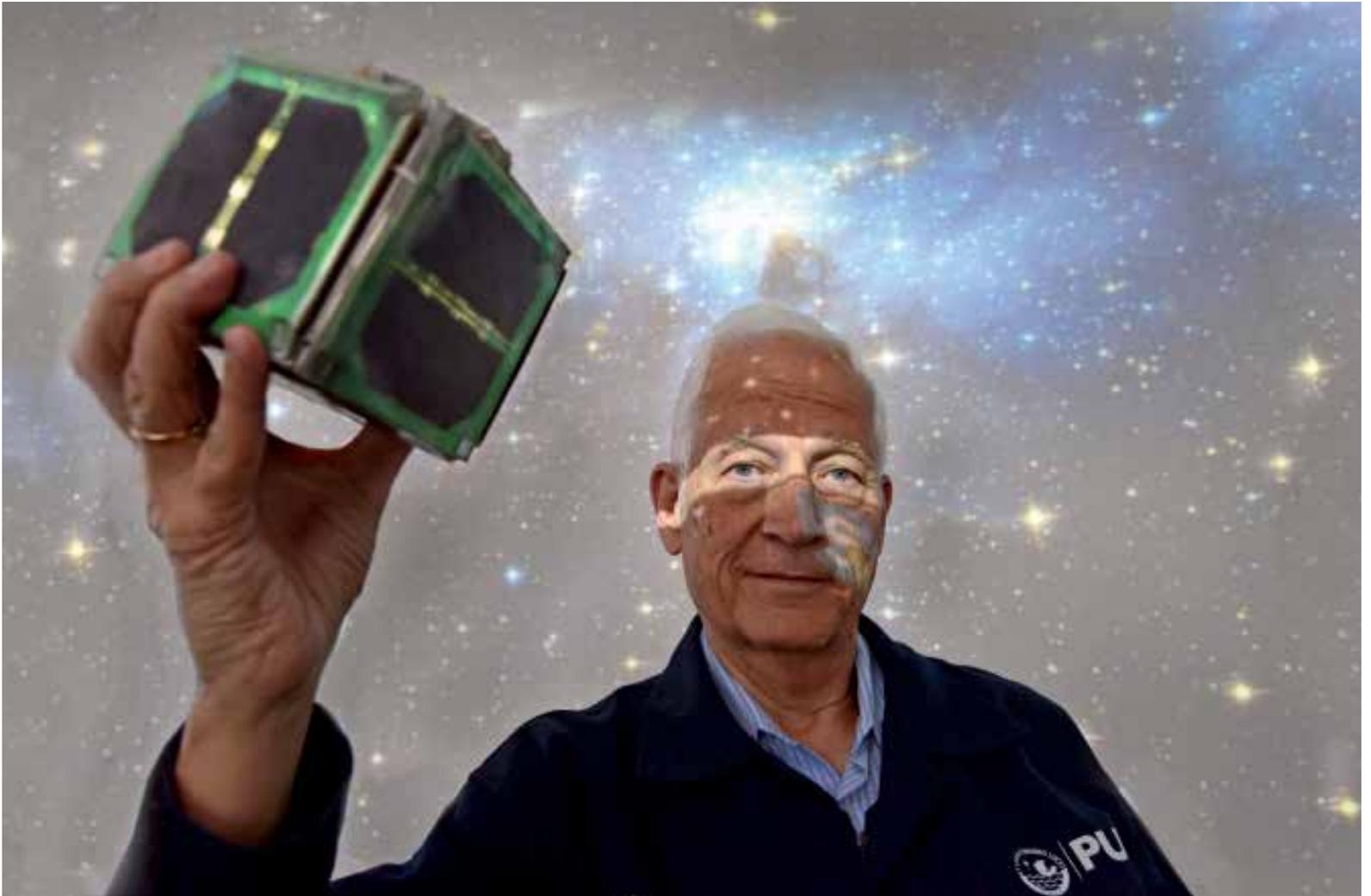
El Archivo de Música Tradicional Andina del Instituto Riva-Agüero fue un importante repositorio de grabaciones recogidas en los Andes peruanos. En 2006 este archivo se convirtió en el Instituto de Etnomusicología, una unidad de investigación independiente e interdisciplinaria que estudia la música en su contexto cultural. Hoy el instituto no solo conserva el vasto archivo audiovisual, sino además promueve la cultura e impulsa la publicación de libros, discos y documentales como resultado de sus investigaciones.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Los satélites PUCP-Sat 1 y Pocket-PUCP, primeros satélites universitarios del Perú y de la región, se construyeron enteramente en la PUCP con tecnología americana e innovaciones desarrolladas por el equipo de estudiantes y profesores del Instituto de Radioastronomía de la universidad, dirigido desde su fundación en 2007 por el doctor Jorge Heraud. Ambos satélites, creados con fines académicos y de investigación científica, fueron lanzados en el año 2013 con un fuerte impacto mediático.

Archivo de la Revista *Caretas*.



El 14 de octubre de 2016 la Asamblea Universitaria de la PUCP aprobó por amplia mayoría la propuesta de reforma de su Estatuto, acordada por el rectorado de la universidad con la Santa Sede luego de catorce meses de diálogo. En la sesión participaron las autoridades del rectorado, obispos y representantes de los docentes y estudiantes. La propuesta aprobada representa un paso fundamental en la normalización de los vínculos de la Universidad con la jerarquía de la Iglesia y contempla que la PUCP continuará siendo Católica y Pontificia, manteniendo sus características y autonomía actuales.

Foto: Roberto Rojas.
Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Vista aérea actual del campus del fundo Pando. La PUCP ocupa un área de 414 000 metros cuadrados en la que nada queda del ambiente rural inicial. Los campos de cultivo de los años sesenta han dado lugar a un campus que mira al futuro, a la vanguardia tanto en tecnología y ciencia como en métodos de enseñanza e investigación.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



El edificio Tinkuy, inaugurado en 2012, fue concebido como un espacio de reunión e intercambio estudiantil, tal como lo evidencia su nombre, que significa "encuentro" en quechua y que fue elegido por votación entre la comunidad universitaria. Este edificio emblemático de la PUCP está destinado a fomentar la vida universitaria de una forma distendida e informal.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



Dentro del nuevo Complejo de Innovación Académica se encuentra la sala UNO, un espacio donde se fomenta la colaboración y el intercambio de ideas rompiendo con los paradigmas educativos tradicionales y utilizando la interdisciplinariedad y la innovación como elementos claves. Es aquí, en una larga mesa común, donde los estudiantes se reúnen en eventos, de largas horas de duración (llamados *hackatones*, *makertones* y *disenatones*), para desarrollar proyectos de innovación de forma colaborativa y casi lúdica.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



La biblioteca del Complejo de Innovación Académica se terminó de construir en el año 2014. Este edificio alberga las colecciones de las bibliotecas de Arquitectura, Ciencias, Estudios Generales Ciencias e Ingeniería. Esta es una biblioteca creada con un concepto no tradicional en el que se combina un ambiente de estudio académico con uno de encuentro y discusión, un concepto novedoso donde se ofrecen servicios para la lectura individual y grupal, de trabajo colaborativo, aulas para videoconferencias y un aula multifuncional y de trabajo interdisciplinario.
Foto: Mayu Mohanna.



Los nuevos edificios de la PUCP, construidos con un enfoque vertical para preservar las áreas verdes del campus, involucran modernas tecnologías. El edificio de aulas del Complejo de Innovación Académica utiliza prácticas ecosostenibles que en 2015 le valieron la certificación LEED en el nivel oro en la categoría.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





El crecimiento de la universidad y del número de estudiantes, trajo consigo la multiplicación de las actividades culturales en el campus, haciéndose necesaria, en 2005, la creación de la Dirección de Actividades Culturales que centralice estas iniciativas. La DACU impulsa la cultura desde las humanidades, las artes y las ciencias, y reúne varios centros culturales como el Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana, el Centro de Música y Danzas Peruanas, el Coro y Conjunto de Música de Cámara de la PUCP y la Big Band PUCP, orquesta de jazz de la universidad que se aprecia en esta fotografía.

Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.





Vista nocturna del campus de la PUCP donde se aprecian el aulario y la biblioteca del Complejo de Innovación Académica. El campus de Pando se ha transformado en uno de los más modernos del país, donde la infraestructura acompaña los nuevos enfoques de aprendizaje.

Foto: Sergio Urday.
Archivo de la Dirección de Comunicación Institucional.
Pontificia Universidad Católica del Perú.



100

Proyecto del nuevo Parque Científico, Tecnológico y Social de Santa María del Mar, llamado Punku, que se construirá a 50 kilómetros al sur de Lima, en un área de 45 hectáreas.

Foto: Guadalupe Pardo
IDOM. Plan Maestro Proyecto Parque Científico, Tecnológico y Social de Santa María del Mar.



1.

Fundación de la Universidad
Católica y primer impulso

El rectorado del padre Jorge
Dintilhac, SS.CC.

1917-1946

Hacia finales del siglo XIX, la Iglesia católica tomó conciencia de la importancia de impulsar instituciones de enseñanza superior. En 1899, el Concilio Plenario de América Latina, organizado por el papa León XIII, declaró: «Sería de desear que cada república tuviera su universidad verdaderamente católica, que fuera centro de las ciencias, de las letras y de las bellas artes». Unos años atrás, en 1888, se había fundado la Universidad Católica de Chile, la primera de Sudamérica. En el Perú, los Sagrados Corazones habían abierto su colegio, La Recoleta, donde comenzaron a dictar clases en 1893. La idea que imperaba en la Iglesia era que la formación que ofrecía era limitada, porque se educaba a la infancia y la adolescencia en los colegios católicos pero en la universidad la juventud adoptaba posturas agnósticas o liberales. Así, solo cabía fundar universidades católicas que completaran la obra de formación religiosa integral: desde la niñez hasta la vida profesional.

En 1901 el Gobierno de López de la Romaña dictó una Ley Orgánica de Instrucción, que reemplazó a un reglamento anterior que había sido promulgado antes de la Guerra con Chile. La ley de 1901 incluía en su artículo 402 la posibilidad de crear universidades particulares y esta norma fue invocada por el padre Dintilhac en su solicitud para abrir la Universidad Católica, en 1917.

Durante las dos primeras décadas del siglo XX, gobernaba el país un régimen que Jorge Basadre llamó República Aristocrática y actualmente se prefiere denominar Segundo Civilismo. Según el gran historiador tacneño, la naturaleza de esta época era producto de la restricción de la ciudadanía, ejercida exclusivamente por la población letrada, por lo que los ciudadanos eran pocos y estaban concentrados en las capas pudientes de la población. Actualmente, sin embargo, se piensa que la élite de la época era poco aristocrática y más bien estaba interesada en desarrollar el capitalismo y expandir el mercado. De acuerdo a Carlos Contreras estas fueron las décadas de «aprendizaje del capitalismo». En este periodo era claro el enorme poder de la clase alta y de sus instituciones políticas; el poder económico estaba fusionado con el poder político y su dominio hegemónico correspondió a la larga vigencia del partido civilista. A su vez, se trataba de la primera etapa democrática y republicana, porque se había logrado salir de los continuos golpes de Estado que hasta entonces habían marcado la historia peruana.

En 1917, cuando fue fundada la Universidad Católica, gobernaba el Perú José Pardo, un político altamente representativo del segundo civilismo. Era hijo del fundador del partido, Manuel Pardo, y había logrado liderar la segunda generación de su agrupación política. Para ese entonces, Pardo ya había gobernado entre 1904 y 1908, y a su retorno, en 1915, había envejecido sin cambiar su modo de pensar. Su esposa, Carmen Heeren,

era bastante devota y al igual que doña Rosa Mujica, esposa del primer vicepresidente, Ricardo Bentín, favorecía la fundación de la Universidad Católica. Así, cuando el padre Jorge presentó la solicitud para abrir la Universidad Católica, el presidente acordó con su ministro de Educación autorizar su funcionamiento, pero con ciertas condiciones.

El padre Dintilhac era de origen francés y había llegado al Perú como joven integrante de los Sagrados Corazones. En 1902 fue ordenado sacerdote en Lima y desarrolló toda su carrera entre nosotros. Realizó estudios doctorales en Teología en la Universidad de San Marcos, donde se graduó en abril de 1916. Poco tiempo atrás había fundado la Acción Católica de la Juventud y se dedicaba regularmente a la educación, habiendo sido director de La Recoleta. Al igual que en Europa, la Acción Católica de la Juventud reunía a un grupo de jóvenes católicos para profundizar su fe y apostolado y, a decir del padre José Dammert, «sería el germen de lo que más tarde se convertiría la Universidad Católica».

Como vimos, la Iglesia realizaba constantes recomendaciones para organizar instituciones educativas superiores católicas: en 1909 el Concilio Provincial de Lima expresó la preocupación de los obispos al respecto; luego, en 1915, el entonces obispo de Huancayo, monseñor Pedro Pablo Drinot, propuso en la asamblea episcopal el establecimiento de una Universidad Católica, tomando en cuenta que en 1910 se había fundado la Universidad Católica de Buenos Aires. El ejemplo chileno se estaba extendiendo.

En 1916 el padre Dintilhac tomó decisiones trascendentales. Como vimos, en abril obtuvo su doctorado y contaba ya con el apoyo de algunas familias católicas que esperaban que sus hijos recibiesen una educación universitaria que no entrase en contradicción con su fe. Además, después de preparar el expediente, en diciembre presentó una solicitud al ministro de Justicia e Instrucción, en ese entonces el doctor Wenceslao Valera. Luego retiró esa primera solicitud para presentar una segunda que fue finalmente aprobada. Por ello, cabe destacar los cambios efectuados.

La primera solicitud fue presentada en nombre de la Congregación de los Sagrados Corazones, dato clave que luego será modificado. A continuación, apoyándose en la ley de 1901, la primera solicitud informaba a la autoridad la apertura de un centro libre de estudios superiores con el nombre de «Academia Universitaria» y solicitaba que se conceda valor oficial a sus exámenes.

El 24 de diciembre el ministro autorizó el inicio de las labores de la Academia Universitaria, pero no le concedió valor oficial a los exámenes, sino que dispuso que la Universidad de San Marcos emita un informe sobre la base del cual se tomaría una decisión. Esto generó un problema serio porque la decisión ministerial dependía de la

Universidad Mayor, donde el ambiente era desfavorable a la creación de otra universidad en Lima. Sin embargo, algunos sectores del claustro sanmarquino eran más abiertos, como el mismo decano de la Facultad de Jurisprudencia, Eleodoro Romero, mientras que el decano de Letras, Alejandro Deustua, lideró la batalla interna contra la fundación de la Academia.

Pocos días después estalló una polémica periodística, puesto que parte de la sociedad —sobre todo los sectores letrados— estaba en contra de la apertura de una universidad católica. Los detractores fueron numerosos y algunos tenían bastante influencia, mientras que solo un medio de prensa católico defendió la iniciativa del padre Dintilhac.

En esas circunstancias, durante el verano de 1917, el padre Jorge reorientó el proceso legal y en marzo presentó una nueva solicitud ante el ministerio. En primer lugar, no mencionó a los Sagrados Corazones y firmó en representación del Comité Directivo de la Academia Universitaria. A continuación, desistió de solicitar valor oficial a los exámenes, tema que en ese momento era la traba legal principal. Finalmente, informó que estaba abriendo una universidad, con el nombre de Universidad Católica, que estaría compuesta por dos facultades, Letras y Jurisprudencia. Es decir, el padre Dintilhac retrocedió para tomar impulso y dio un gran paso adelante.

En respuesta a la segunda solicitud, el Gobierno emitió una resolución suprema firmada por el ministro Valera y por el presidente José Pardo el 24 de marzo de ese año 1917. En ella se establece lo siguiente:

Vista la solicitud presentada por el padre Dintilhac [...] de conformidad con el artículo 402 de la Ley Orgánica de Instrucción, instalará en el mes de abril próximo una Universidad Católica, con las Facultades de Letras y Jurisprudencia. En armonía con lo dispuesto en el mencionado artículo; se resuelve que en la sección correspondiente de la Dirección General de Instrucción se tome nota del establecimiento de la Universidad Católica con las Facultades citadas [...].

La Universidad Católica apareció para el derecho peruano con esa resolución suprema, gracias a la cual comenzaron las clases el 10 de abril de 1917, cuando el doctor Raimundo Morales de la Torre dictó la primera lección del curso de Estética en la Facultad de Letras. Los dos primeros años solo funcionó Letras y luego siguió Jurisprudencia, que en 1936 cambió su denominación a Derecho y Ciencias Políticas, y en 1964 modificó su nombre al actual de Facultad de Derecho.

La primera promoción fue bastante reducida: estuvo integrada por apenas nueve alumnos regulares y once alumnos llamados «libres», que se matriculaban en uno u otro curso, mientras que los regulares tomaban el íntegro del plan de estudios. Eran todos varones, ya que las primeras mujeres recién se matricularon a partir de 1922.

En esa primera promoción estuvo matriculado como alumno libre José Carlos Mariátegui, quien siguió un curso de latín, aunque no queda constancia de haberse presentado a los exámenes. El profesor del curso era el sacerdote agustino Pedro Martínez Vélez, quien era altamente reputado como erudito y por ello atrajo a un público amplio y diverso. Buenos profesores y reputación académica convocaron, desde la fundación, a alumnos de variados intereses.

El 15 de abril se realizó una ceremonia oficial de apertura. Hubo una misa solemne y se pronunciaron discursos cargados de esperanza. De esta manera se enrumbo el primer año académico de la pequeña institución que ocupaba dos aulas del colegio La Recoleta, en la Plaza Francia.

En agosto de ese año 1917 se reunió la Asamblea Episcopal de los obispos del Perú. En esa reunión estuvo presente el padre Dintilhac y presentó un informe sobre la fundación de la Universidad Católica. Entre los acuerdos de la asamblea, los obispos manifestaron su «más viva complacencia» por la fundación. El arzobispo era Manuel García Naranjo, quien falleció pocas semanas después.

Ese mismo primer año de funcionamiento se aprobaron todas las normas complementarias que regulaban el funcionamiento de la naciente universidad. La fecha clave fue el 25 de octubre, cuando los directivos de la universidad inscribieron ante un notario público la Carta Orgánica de la universidad, es decir su primer estatuto. Ya para aquel entonces se había reunido el Consejo Superior de la Universidad Católica y había aprobado la mencionada Carta Orgánica.

Ante el notario de Lima Carlos Sotomayor se presentó el padre Dintilhac, ya elegido rector en una reunión del 30 de setiembre, acompañado por cinco laicos que se identificaron como integrantes del Consejo Superior de la Universidad Católica y formalizaron la Carta Orgánica para que sea elevada a escritura pública. Dice así:

Señor notario: Sírvase usted extender en su registro de escrituras públicas, una por la cual conste la Carta Orgánica de la institución para la enseñanza superior llamada Universidad Católica y que constituimos el primero de marzo de 1917 nosotros, Jorge Dintilhac, Carlos Arenas y Loayza, Guillermo Basombrío, Víctor González Olaechea, Raimundo Morales de la Torre y Jorge Velaochaga.

5

6

7 8

Este documento es crucial en la fundación de la universidad. La resolución ministerial era la autorización del Estado, y la escritura pública el acto particular institucional que definía a sus integrantes y las reglas que habrían de regir la universidad. En este sentido, cabe destacar que se trataba de una entidad dirigida por un sacerdote y cinco laicos. En ningún momento se menciona a los Sagrados Corazones ni tampoco a la Iglesia católica como institución. Eran personas particulares que declaraban no representar a nadie. Por ello, la Universidad Católica nació legalmente por decisión individual de estas seis personas que la fundaron. Acompañando al rector Dintilhac, fueron nombrados Jorge Velachaga y Víctor González Olaechea como secretario general y tesorero, respectivamente.

Asimismo, la Carta Orgánica preveía la incorporación al máximo órgano de gobierno de la Universidad Católica de un representante de la Arquidiócesis de Lima. Por ello, en febrero de 1918 asumió su puesto Aquiles Castañeda, quien fue nombrado por el arzobispo. Por su parte, este primer estatuto establecía que ninguna elección de autoridades universitarias sería válida hasta que fuera ratificada por el prelado de Lima. Este tipo de normas formalizaron un sistema de control externo ejercido por la Iglesia, pero legalmente nació operando bajo las normas del derecho peruano.

No obstante la «complacencia» de la Asamblea Episcopal, no todos los obispos estaban de acuerdo con el paso dado por Dintilhac. A la muerte de García Naranjo, fue nombrado monseñor Emilio Lissón como nuevo arzobispo de Lima. Lissón tenía una opinión contraria a la iniciativa del padre Jorge, en primer lugar porque pensaba que era un tema de autoridad: Dintilhac debería haber esperado la autorización formal de los obispos y no debía haber procedido por su cuenta. Además, Lissón opinaba que el nombre «Católica» era inconveniente, porque podía atraer controversia y eventualmente conducir a la clausura de la entidad. Dintilhac así lo expresa en una carta dirigida al superior de los Sagrados Corazones firmada en agosto de 1921:

El señor arzobispo protesta siempre contra el nombre, aunque ya no tanto contra la cosa y desea que lo cambiemos. No quiere que ninguna institución, sea de jóvenes o de caballeros, tome el nombre de Católica por no provocar la persecución dice. Los demás señores obispos no lo siguen en esto, pero como al fin y al cabo la universidad está en su jurisdicción, nos sentimos algo fastidiados por cuanto si nos desbautizamos parecería que huimos de los liberales y, si no, disgustaríamos a la autoridad eclesiástica. No queríamos ser ni apóstatas ni rebeldes; que Dios nos dé la solución.

A pesar de estas desavenencias entre el nuevo arzobispo y las autoridades universitarias, la flamante universidad participaba del debate público postulando ideas completamente alineadas con el catolicismo. Como vimos, una primera ocasión había sido el intercambio de opiniones sobre la pertinencia de su creación en el verano de 1917. El segundo debate público en el que participó la Universidad Católica fue sobre la ley del divorcio, que fue aprobada por el Senado de la República el 2 de octubre de 1918. Aunque esta ley finalmente no se concretó, el caso despertó una enorme controversia pública. Por su parte, el Gobierno de José Pardo oscilaba entre medidas pro católicas e iniciativas liberales, que postulaban una más estricta separación entre la esfera privada y la religión. Ante esta situación, la Universidad Católica emitió su primer pronunciamiento opinando con firmeza contra el divorcio.

Mientras tanto, la Primera Guerra Mundial llegaba a una etapa de definiciones. En octubre de 1917 cayó el Imperio zarista dando paso al Gobierno provisional de Kerensky, que pocos meses después fue derribado por la revolución bolchevique. En noviembre de 1918 el Imperio alemán se derrumbó y se formó un Gobierno provisorio que firmó el armisticio que puso fin a la guerra. *La Belle Epóque* estaba terminando con una espantosa carnicería y en el Perú llegaba a su fin la República Aristocrática.

Esta etapa de la historia nacional se cerró con el golpe de Estado de Augusto B. Leguía en julio de 1919. En esa oportunidad Leguía llegó al poder por una vía extralegal, aunque después de haber ganado unas elecciones al tradicional partido civilista. Según sostuvo el presidente, se vio obligado a proceder de esa manera porque temía que los civilistas en el Congreso frustraran la voluntad popular de unirlo como mandatario. Paralelamente, los estudiantes de la Universidad de San Marcos entraron en huelga pidiendo la promulgación de una reforma universitaria semejante a la iniciada en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) en junio de 1918. Las reivindicaciones estudiantiles eran tres: renovación de cátedras, asistencia libre y representación estudiantil en órganos de gobierno. Ellas fueron consideradas inaceptables por muchos profesores sanmarquinos de formación más tradicional. Para aquel entonces, en la flamante Universidad Católica no existían aún instituciones estudiantiles y sus alumnos no participaron de la movilización.

El ambiente político estaba caldeado y el malestar social no cesaba. Ese mismo año, el reputado intelectual e integrante de la élite limeña José de la Riva Agüero, entonces de 35 años, viajó a Europa y no retornó hasta la caída de Leguía. Riva Agüero había formado un partido político de oposición al civilismo, aunque acabó siendo hostilizado por Leguía. Entonces tomó sus provisiones y viajó a Europa. Pocos años después,

Riva Agüero sería crucial en el devenir de la Universidad Católica y los años en Europa cimentaron su profunda convicción católica.

Al mismo tiempo, otros integrantes de la élite civilista fueron deportados y tuvieron que salir del país en condiciones difíciles. El presidente Leguía quería promover un recambio de grupos dirigentes en la sociedad peruana e hizo ascender a un nuevo grupo económico vinculado personalmente a su gestión. Para ello, se deshizo rudamente de la élite precedente.

El Gobierno de Pardo había encargado a una comisión presidida por el reputado jurista Manuel Vicente Villarán, la revisión de las leyes orgánicas de instrucción, incluyendo la superior. Esa comisión emitió su informe en diciembre de 1919, cuando ya gobernaba Leguía. Dicho informe era desfavorable a la Universidad Católica, porque establecía que «los estudios hechos y los grados o títulos obtenidos en universidades particulares carecen de valor oficial». A continuación, el Gobierno de Leguía introdujo algunos cambios al informe Villarán. Entre otros, contempló que para otorgar grados académicos, las universidades privadas tomarían exámenes a través de jurados con participación externa. Esta medida recién se concretó con el reglamento de 1921, cuando la Universidad Católica pudo reafirmar su existencia al emitir sus primeros títulos profesionales.

De esta manera, los primeros años de la Universidad Católica estuvieron preñados de dificultades y sortear los escollos fue una tarea cotidiana del pequeño grupo comprometido con la universidad. En la sociedad había resistencias contra una institución particular de enseñanza superior, aunque es verdad que también existía el apoyo de familias católicas, estudiantes y benefactores. Esa desconfianza se manifestaba políticamente en resoluciones estatales algo ambiguas.

Hacia fines de la década de 1920 comenzó a ser frecuente que el mismo presidente de la República acudiera a las ceremonias universitarias de clausura del año lectivo. Asimismo, estas ceremonias contaban con la presencia de numerosos religiosos y sus autoridades. De ese modo, la universidad se iba convirtiendo en un punto de encuentro entre el Estado, la Iglesia y la comunidad académica.

En 1928, el Gobierno del Oncenio dictó una importante ley universitaria. Fue un intento de intervención gubernamental que recortaba la autonomía universitaria a través de un organismo estatal dotado de poderes. Ese organismo, dependiente del poder Ejecutivo, dictaba que los estudios, grados y títulos emitidos por una universidad particular —la Católica era la única que existía en todo el país— no tenían valor oficial a menos que observaran los siguientes requisitos: el personal docente debía cumplir con las mismas exigencias que los profesores de San Marcos, los alumnos debían rendir

9

10

examen de ingreso, el plan de estudios debía ser igual al de San Marcos y, finalmente, los alumnos rendían exámenes ante jurados externos nombrados por el Consejo Nacional de Enseñanza. Al término de estos trámites, los grados y títulos emitidos por la Universidad Católica no eran legales por sí mismos, sino que requerían ser refrendados por el Ministerio de Justicia e Instrucción.

Unos años atrás, en 1924, Dintilhac había renunciado al rectorado y se había nombrado al anterior obispo de Huánuco, monseñor Pedro Pablo Drinot. Los problemas que condujeron a la renuncia se desarrollaron alrededor del tema de locales, que desde la fundación fue un serio problema en la Universidad Católica. El punto era si las clases continuaban en la Plaza Francia o se trasladaban al cuarto piso del edificio de la Sindicatura Eclesiástica, local que pertenecía al Arzobispado. Cuando se decidió el traslado, Dintilhac renunció y fue nombrado Drinot. Sin embargo, apenas medio año después la universidad se volvió a ubicar en Plaza Francia y se produjo una vuelta atrás: Drinot renunció y Dintilhac reasumió el rectorado.

En 1908 se había promulgado la Ley 801, que autorizaba el ingreso de las mujeres a la universidad. Anteriormente, las mujeres que deseaban estudiar una carrera tenían que solicitarlo individualmente. Desde 1908 se volvió un derecho, gracias a lo cual la Universidad Católica tuvo muy pronto mujeres estudiando en sus aulas. Solo durante los primeros años el alumnado fue exclusivamente masculino, y en 1922 se matriculó Luzmila Ydoña Mendoza en la Facultad de Letras, la primera mujer en realizar estudios en la Universidad Católica. Desde entonces, las promociones de estudiantes incorporaban mujeres, algunas eran laicas, pero también había un buen grupo de hermanas religiosas.

De otro lado, aparecieron tensiones entre los alumnos y las autoridades universitarias. Por ejemplo, en 1924 la universidad prohibió el funcionamiento del Centro de Estudiantes de Letras mientras no presentaran las bases de su constitución. Asimismo, la Universidad Católica remarcaba que toda acción política estaba excluida de los claustros. Había un esfuerzo serio por diferenciarse de San Marcos, donde la politización había ganado a buena parte del alumnado.

Los problemas se acumulaban y no aparecían soluciones en el corto plazo. Tanto la validez de los exámenes como la falta de locales adecuados eran asuntos urgentes. Los Sagrados Corazones querían mudarse a su nuevo local en la avenida Wilson y las autoridades universitarias buscaban soluciones, pero se les cerraban las puertas y no había economía suficiente. Al respecto de este tema, las actas del Consejo Superior informan: «El R.P. Rector expuso que el nuncio le había manifestado que mientras no se

definiera la situación de la Universidad Católica respecto del valor de sus exámenes no era posible proceder a la entrega del local ofrecido de la Nunciatura».

Hubo cambios entre el personal directivo: Jorge Velaochaga renunció al cargo de secretario general y en su reemplazo fue nombrado Leónidas Madueño. Poco tiempo después, el puesto fue dividido y Madueño quedó como secretario del Consejo Superior y Luis Bullen Pardo, quien tampoco estuvo mucho tiempo en el cargo, fue nombrado secretario de la universidad. Ya se había fundado la primera Asociación de Amigos de la Universidad Católica y el arzobispo había aprobado sus estatutos.

Luego de la crisis mundial de octubre de 1929, la mayor parte de gobiernos latinoamericanos empezaron a caer uno tras otro. El turno del Perú llegó en agosto de 1930, cuando Leguía fue derrocado por un golpe de Estado liderado desde Arequipa por el comandante Luis Sánchez Cerro. La crisis económica mundial y los sobresaltos políticos marcarían el resto de la década de 1930. Estaban comenzando tiempos tremendamente turbulentos.

Pocos meses después de la caída de Leguía, la universidad creó una sección superior de estudios comerciales, que aunque fue la primera piedra de los estudios de economía en la Universidad Católica, pronto cerró sus puertas. Las razones para el fin de esta iniciativa no quedan claras, pero guardan relación con la intranquilidad social y económica. La crisis mundial se había abatido sobre el Perú y no eran días para planes ordenados y de largo plazo. Por otro lado, el malestar estudiantil era creciente, sobre todo en San Marcos, pero se estaba extendiendo hasta abarcar a grupos de alumnos de la Universidad Católica. Por ello, algunos estudiantes fueron separados por indisciplina.

A consecuencia de la politización del alumnado sanmarquino y las concesiones del Gobierno a los estudiantes, un grupo de reputados profesores dejaron la universidad nacional y se trasladaron a la Universidad Católica. Se trataba de José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaunde y Juan Bautista de Lavalle. Inmediatamente a continuación, Riva Agüero fue electo integrante del Consejo Superior y unos meses después, Belaunde igualmente fue incorporado al órgano de gobierno de la Universidad Católica.

Durante las purgas políticas de 1931, Javier Correa Elías, quien había sido alumno recoletano, fue cesado de su puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y se incorporó a la Universidad Católica como secretario y tesorero. Correa estaba destinado a ocupar un papel clave en la expansión de la universidad durante los años treinta. Fue un eficiente colaborador de Dintilhac y representa a numerosos laicos comprometidos con el proyecto fundacional de la Universidad Católica.

12 13

14

Mientras tanto, en el país la situación política continuaba siendo crítica. El comandante Sánchez Cerro luego de derrocar a Leguía había pretendido organizar elecciones siendo a la vez presidente y candidato. Se acusaba a Leguía de tirano, pero la sociedad estuvo contra la pretensión de Sánchez Cerro. En medio de grandes disturbios callejeros el comandante tuvo que dejar el poder, exiliarse y retornar pocos meses después como candidato presidencial para las elecciones de 1931.

La coyuntura electoral de ese año estuvo marcada por la aparición del Partido Aprista Peruano y la candidatura de Víctor Raúl Haya de la Torre, quien retornó al país después de haber sido deportado por Leguía en 1923. En ese momento Haya encarnaba la figura del revolucionario enfrentado a todos los poderes. Su candidatura fue muy poderosa y galvanizó a diversos sectores sociales, incluyendo a las juventudes. Por ello, San Marcos terminó de ser ganado por la prédica izquierdista y se convirtió en un reducto de ideas renovadoras y de avanzada.

Sin embargo, Sánchez Cerro ganó las elecciones y su Gobierno fue especialmente duro con los opositores. Por su parte, los apristas no aceptaron el resultado electoral y el país se sumergió en una grave crisis política que culminó en una guerra civil: levantamientos armados, represiones, cárceles y destierros. En medio de estos sucesos, el Gobierno de Sánchez Cerro clausuró San Marcos en 1932.

En ese momento la Universidad Católica tenía solamente doscientos estudiantes y según informa el padre José Dammert en su reputada historia de los años fundacionales, en un solo año subió a 1500 alumnos. La Universidad de San Marcos estuvo cerrada durante tres años y cuando volvió a abrir el alumnado de la Universidad Católica solo descendió levemente; desde entonces superaba los mil estudiantes con regularidad. Así, esta clausura de San Marcos por Sánchez Cerro fue decisiva en el primer salto adelante de la Universidad Católica. Desde la administración central fue invaluable el aporte del secretario Javier Correa, quien junto a Dintilhac y los decanos, se multiplicó para conducir en forma ordenada esta súbita expansión.

La Universidad Católica abrió nuevas facultades para incorporar al alumnado en expansión, aunque indudablemente las dos facultades primigenias —Letras y Jurisprudencia— absorbieron buena parte del incremento. Así, en 1932 se crearon la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y el Instituto Femenino de Estudios Superiores. Ambas unidades académicas fueron decisivas en el crecimiento producido en los años treinta.

La organización de nuevas unidades continuó adelante con la fundación de la Facultad de Ingeniería en 1933. Resulta que no solo había agitación estudiantil en San Marcos, sino que también se había extendido a la antigua Escuela de Ingenieros. A cargo

15**16 17**

de esta institución Sánchez Cerro había nombrado al destacado ingeniero José Rafael de la Puente, pero pocos meses después el nuevo Gobierno provisional de Samanez Ocampo recesó la escuela, que recién recuperó su normalidad dos años más tarde. De ese modo, parte del crecimiento acelerado de la Universidad Católica se debió a alumnos de ingeniería que no podían seguir sus estudios con normalidad en la Escuela Nacional. De otro lado, desde su fundación la plana mayor de Ingeniería en la Universidad Católica fue muy potente. El mismo de la Puente estaba presente, aunque el decano fue el ingeniero Jorge Félix Remy; otro de los organizadores fue el matemático Cristóbal de Losada y Puga, quien luego sería decano y ministro de Educación.

Javier Correa fue nombrado director de la revista universitaria y logró estabilizar su publicación. Hasta entonces se habían sucedido varios intentos de publicar revistas con trabajos académicos de profesores y estudiantes, pero ninguna de las iniciativas iniciales logró continuidad. La primera *Revista de la Universidad Católica* apareció en 1919 y se publicaron solo dos números, en setiembre y noviembre. A continuación, entre 1921 y 1923 aparecieron siete números de la revista *Alpha*, órgano de los estudiantes de la Universidad Católica que mostraron interés en publicar estudios y observaciones. Pero *Alpha* también desapareció y no hubo otra revista estudiantil en estos años iniciales.

Nuevamente las autoridades tomaron iniciativa, lanzando la revista *Estudios*, publicación oficial de la Universidad Católica que solo editó cuatro números entre 1928 y 1929. A continuación se encuentra una publicación singular, porque se trata de un boletín no oficial que aparecía en el semanario *Verdades*. Este *Boletín de la UC* estaba dirigido por Pedro Benvenuto y José Pareja Paz Soldán, quien luego dejó su puesto a José Hernández. Era oficioso, ya que no oficial, y se publicaron once números durante 1931.

Como vimos, luego se estableció la segunda *Revista de la Universidad Católica del Perú*, que circuló regularmente entre 1932 y 1946, y reapareció posteriormente como anuario en 1955, 1956 y 1960. El primer director fue Correa y fue sucedido por de Losada y Puga, quien estuvo a cargo varios años. De este modo, en el terreno de las publicaciones, durante las décadas de 1920 y 1939 la Universidad Católica aún no publicaba libros, pero desde la fundación estuvo claro que una meta de la universidad era contar con una revista permanente y dar a conocer trabajos académicos de la comunidad universitaria. Después de varios tanteos, recién en los años treinta la universidad logró poner en marcha una revista regular.

Por su parte, la gran convulsión política del país no había cesado. Inclusive, el presidente de la República había caído víctima de balas asesinas. En efecto, en abril de 1933 Sánchez Cerro sufrió un atentado mortal al terminar una actuación en el Campo de

Marte. Fue el único asesinato de un presidente de la República en el Perú del siglo XX. A continuación, asumió el mando el entonces general Óscar R. Benavides, quien era un militar de carrera que enfrentó con firmeza y astucia los complejos años treinta.

Durante unos pocos meses, José de la Riva Agüero fue su ministro de Justicia e Instrucción, pero renunció luego de la aprobación de la ley del divorcio por mutuo consentimiento. Sin embargo, para la universidad esta renuncia no significó un enfrentamiento con el Gobierno: un mes después se celebró en el claustro universitario una actuación solemne de agradecimiento por la paz con Colombia, en un acto académico muy concurrido que contó con la presencia del presidente Benavides.

A continuación, en junio de 1935 se promulgó un nuevo estatuto universitario, al amparo de la ley 7824. Esta norma desvinculaba a la Facultad de Teología de la Universidad de San Marcos, donde había sido una de las facultades originarias. A partir de entonces, Teología continuaría conectada a la Iglesia e independiente de San Marcos. Asimismo, el nuevo estatuto contenía disposiciones explícitas referidas a la Universidad Católica que reafirmaban su autonomía limitada, en realidad su dependencia de San Marcos.

Así, los exámenes de ingreso eran conjuntos para ambas universidades y los tomaban jurados designados por San Marcos y según reglas de esa universidad. La Universidad Católica quedaba autorizada a funcionar con seis unidades académicas que consistían en las facultades de Letras, Derecho y Ciencias —biológicas, físicas y matemáticas— y las escuelas de Ingeniería, Pedagogía y Ciencias Comerciales. Los cursos de Letras y de Derecho debían seguir las pautas de los de San Marcos. La Facultad de Derecho de la Universidad Católica solo podía recibir treinta alumnos por año y al final de su carrera debían rendir examen para el título de abogado y el grado de doctor en Derecho ante un jurado compuesto por cinco miembros: uno nombrado por el presidente de la República, otro por la Corte Suprema, el tercero por el Colegio de Abogados, luego un representante de la Facultad de Derecho de San Marcos y finalmente el rector de la Universidad Católica.

En el mismo año de 1935 la Asamblea Episcopal instituyó como día de la Universidad Católica al último domingo de setiembre, cuando se realizaba una colecta en todas las iglesias del Perú en favor de la universidad. Esta costumbre continuó por varias décadas, haciendo evidente la cercanía de la Iglesia con la universidad en esta primera etapa. En el mismo sentido, el Consejo Superior autorizó al rector a suscribir con los hermanos de La Salle un convenio para que se encargaran de abrir y regentar una sección superior de Pedagogía, que abrió al año siguiente. Había un convenio semejante con las

madres Canonisas de la Cruz, a cuya congregación se encargó la fundación de la sección femenina de la Escuela de Pedagogía, que en pocos años se conocería como Escuela Normal Urbana de Mujeres.

Mientras tanto, las famosas Olimpiadas de Berlín de 1936 fueron seguidas intensamente en el país. Los partidos de la selección de fútbol eran escuchados por miles de personas que se agolpaban en las plazas públicas para seguir las narraciones radiales retransmitidas a través de megáfonos. El espíritu olímpico se extendió por el Perú y los universitarios se pusieron a la vanguardia. En efecto, ese año se llevaron adelante las primeras olimpiadas universitarias, que fueron seguidas con intensa pasión. La Universidad Católica obtuvo el subcampeonato nacional universitario, lo que fue celebrado con entusiasmo porque resaltaba la personalidad y presencia de la joven institución. A continuación, durante el resto de esa década y la siguiente se repitieron las olimpiadas universitarias y la Universidad Católica mantuvo su importante presencia.

En 1936, además, el padre Rubén Vargas Ugarte, jesuita e historiador, fue nombrado director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica, germen del Instituto Riva-Agüero. Estaba comenzando la formación de instituciones universitarias especializadas en investigación.

Al año siguiente, la Universidad Católica de Lima y la Universidad Católica de Santiago de Chile formaron un Instituto de Cooperación Intelectual que evidenciaba la aparición de la dimensión internacional del trabajo universitario. Asimismo, este hecho resalta el papel de la Universidad Católica de Chile como modelo de instituto superior de enseñanza con amplia influencia en la primera etapa de la Católica de Lima. La Católica de Chile había sido fundada hacía casi cincuenta años y para aquel entonces ya era Pontificia. Por ello, era el modelo paradigmático para todas las nuevas universidades católicas que se abrían en Latinoamérica.

A nivel internacional, durante la década de 1930 se fue agravando la confrontación y el conflicto, y el primero de setiembre de 1939 fue declarada la Segunda Guerra Mundial, a raíz de la invasión de Polonia por Alemania y la Unión Soviética. A partir de ese momento y por los siguientes cinco años, el planeta entero sufriría los estragos de una guerra total que terminó con bombas atómicas estallando en suelo japonés. América Latina y especialmente el Perú se posicionaron junto a Estados Unidos y, aunque no hubo combates en la región, las economías latinoamericanas sufrieron la severa contracción del comercio internacional.

Durante toda la Segunda Guerra Mundial gobernó el Perú el banquero Manuel Prado Ugarteche, quien contó con el apoyo de un sector de las clases altas para una

19

20

política tibiamente desarrollista. En la esfera política mantuvo la persecución política contra el APRA, habiendo recibido un cierto apoyo del Partido Comunista debido a su compromiso con la causa de los aliados. Este primer Gobierno de Prado fue autoritario, aunque funcionó el Parlamento; gozó del apoyo norteamericano y terminó conduciendo una apertura política.

Ese mismo año del estallido de la Segunda Guerra, el destacado artista vienés Adolfo Winternitz fue nombrado primer director de la Academia de Arte Católico. Como toda institución novedosa, tuvo que superar algunas dudas e incomprendiones iniciales, pero adquirió larga continuidad y se transformó en instituto, posteriormente en escuela, para terminar convertido en la actual Facultad de Arte. Ese mismo año, 1939, se realizó una ceremonia de doctorado *honoris causa*, concedido al historiador francés Louis Baudin, profesor de la Universidad de París y autor de un famoso libro sobre los incas. Era la tercera ceremonia de este tipo que se desarrollaba en la universidad. El primer académico reconocido por la Universidad Católica con un *honoris causa* fue el internacionalista chileno Miguel Cruchaga Tocornal en 1932 y en 1937 esta distinción recayó en el sacerdote jesuita español José Antonio de Laburu, especialista en biología y psicología.

Pero la distinción de la Universidad Católica a Baudin tenía un significado especial, porque era otorgada por un rector de origen francés a un académico de la misma nacionalidad en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, Baudin era especialista en el Perú antiguo y expresaba el impulso académico hacia la revalorización del pasado prehispánico, que pronto sería uno de los retos intelectuales asumidos con entusiasmo por la Universidad Católica.

Como sabemos, durante los dos primeros años, la Segunda Guerra fue un asunto europeo, porque los combates se desarrollaron principalmente en el Viejo Continente. Pero, en 1941 Japón atacó la base estadounidense de Pearl Harbor y Alemania le declaró la guerra a Estados Unidos. Con ello, la conflagración se extendió a escala casi planetaria y el Océano Pacífico fue escenario de una cruenta guerra entre Japón y los Estados Unidos. En 1942, el Perú firmó un tratado de asistencia económica al esfuerzo de guerra aliado, que se tradujo en exportaciones de materias primas a precios bajos y controlados; y firmó con Ecuador el Protocolo de Río de Janeiro, que puso fin al estado de guerra que se había producido unos meses atrás.

Para ese entonces la Universidad Católica atravesaba serias dificultades económicas y su problema de locales continuaba agravándose sin hallar solución. Dintilhac informaba al Consejo Superior que la situación económica era «sumamente estrecha» y creía que no era posible pagar los sueldos de los profesores durante las vacaciones

de 1940. Ante ello, el Consejo Superior acordó vender un terreno en la avenida Brasil que había pasado a ser parte del patrimonio universitario gracias a una donación. Esta venta es muy ilustrativa de la situación legal de la Universidad Católica, porque fue decidida en forma completamente autónoma, habiéndose asumido que el bien no era considerado eclesiástico, en cuyo caso habría tenido que pedirse permiso a las autoridades de la Iglesia.

Por su parte, el Gobierno peruano promulgó una nueva Ley Orgánica de Educación en 1941. Para aquel entonces había aparecido el Ministerio de Educación, separado del antiguo Ministerio de Justicia e Instrucción. La nueva norma educativa incluía la regulación de las instituciones particulares de enseñanza superior y la Universidad Católica era mencionada expresamente en varios puntos. Esta ley estableció prácticamente las mismas reglas que estaban presentes en el estatuto universitario de 1935, y así la universidad mantuvo su autonomía parcial.

No obstante, la ley de 1941 definió con nitidez un concepto que anteriormente no estaba presente en la legislación peruana: la noción de Universidad Nacional, según reza en los artículos 393 y 394:

La enseñanza superior oficial se da en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima, en las Universidades Nacionales de Cusco, Arequipa y Trujillo, en la Escuela Nacional de Ingeniería y en la Escuela Nacional de Agronomía y Veterinaria. Solamente las Universidades Nacionales e Institutos Técnicos Superiores Oficiales confieren a nombre de la Nación los grados académicos y los títulos que habilitan para el ejercicio de las profesiones.

Como vemos, la Universidad Católica ni siquiera es mencionada y se entiende, por omisión, que seguía dependiendo de San Marcos para el otorgamiento de títulos y grados. Sin embargo, aparece claramente el concepto legal de universidad nacional, que desde entonces gana presencia y no desaparecerá. Asimismo, esta ley muestra que la Universidad Católica estaba sometida a la legislación peruana, puesto que las leyes nacionales regulan su funcionamiento y su estatuto interno parte de ese marco legal. Además, los actos de la Católica se inscriben ante los organismos correspondientes con toda regularidad. En los actos de las autoridades universitarias de la Universidad Católica no hay el menor atisbo de una separación de la legislación nacional.

Por su lado, durante estos años se organizaron algunas ceremonias académicas reveladoras del espíritu de la Universidad Católica. Entre otras destacan los eventos

consagrados a grandes pensadores occidentales como Descartes, Galileo y Copérnico, quienes fueron claves en las revoluciones científicas de inicios de la era moderna y mantuvieron situaciones complicadas con las autoridades de la Iglesia. El caso más claro es Galileo, que fue obligado a rectificarse, pero los libros de Copérnico también fueron colocados en el *Index* y fue prohibida su lectura. De este modo, junto a la doctrina católica más ortodoxa, en la universidad se buscaba el diálogo y la tolerancia, como marca de fábrica ante el mundo del conocimiento. En los años cuarenta se representó por primera vez el auto sacramental de Pedro Calderón de la Barca, *El gran teatro del mundo*, que desde entonces ha acompañado los fastos de la universidad.

Durante la década de 1940 la universidad también publicó sus primeros libros: el Fondo de Publicaciones se estrenó con el libro *Derecho Comercial, primer curso*, del profesor Andrés León Montalbán. Asimismo se organizó de manera más orgánica el trabajo de investigación, y se colocaron todos los seminarios de la universidad a cargo del padre Rubén Vargas Ugarte.

En ocasión de un evento académico en San Marcos, un grupo de estudiantes hostilizó a Víctor Andrés Belaunde, abucheándolo mientras pronunciaba un discurso. A continuación, Belaunde fue desagraviado en la Universidad Católica y homenajeado en un banquete en el hotel Bolívar, que constituyó uno de los últimos actos públicos de José de la Riva Agüero, quien moriría poco después. Para aquel entonces Riva Agüero vivía en el hotel Bolívar porque su casa en la calle Lártiga había quedado seriamente dañada por el terremoto de 1940 y la estaba sometiendo a importantes refacciones.

Mientras tanto, una serie de renunciaciones y nombramientos habían traído modificaciones en el personal directivo de la universidad: Javier Correa renunció a su cargo de tesorero y a continuación se organizó un Consejo de Administración que le confirió un manejo más colectivo y profesional a la economía universitaria; el cargo de secretario general pasó de Ernesto Alayza a Pedro Benvenuto, luego al padre Gerardo Alarco y posteriormente al padre José Dammert.

En 1942 la Universidad Católica del Perú cumplió un cuarto de siglo de existencia y con ese motivo la Santa Sede la erigió canónicamente como Universidad Pontificia. El decreto correspondiente fue promulgado en Roma el 30 de setiembre de 1942. Al recibirse esta importante distinción, el rector y su Consejo Superior la aceptaron con humildad, considerándola el más importante honor que había recibido la universidad.

Como consecuencia de la erección canónica, el nuncio de Su Santidad juzgó conveniente que la Universidad Católica modifique sus estatutos y elaboró una propues-

ta que transmitió al Consejo Superior. Así, las reglas internas sufrieron un cambio de consideración y la Universidad Católica quedó sujeta a las leyes de la Iglesia. En la modificación estatutaria de 1945 se introdujo un artículo que estuvo vigente durante veinticinco años, hasta el estatuto de 1970. El mencionado artículo a la letra dice: «La Universidad Católica del Perú se rige por los presentes estatutos en entera conformidad con las leyes de la Iglesia y las del Estado Peruano, con absoluto acatamiento de las resoluciones de la Santa Sede, de la cual depende».

Por su parte, el padre Dintilhac se mantuvo como rector hasta 1946, cuando su salud declinó y pidió una licencia que se prolongó hasta su muerte, acaecida en 1947. De acuerdo al ya citado libro de José Dammert, Dintilhac habría mantenido reservas sobre las implicancias de la erección canónica y habría manifestado sus temores por la dependencia externa de la universidad. En palabras de Dammert:

23

El padre Jorge me confió la tarea, en 1939, de ordenar el Archivo del Rectorado, lo que completé a su fallecimiento ocurrido en 1947. A partir de los documentos revisados, así como de los frecuentes diálogos con el padre rector, llegué a la convicción de que el centro casi exclusivo de la fundación fue el humilde religioso francés... Es preciso resaltar que no pasó por su mente si esta obra (la universidad) pertenecería a la congregación de los SS.CC., sino que la erigían las personas que se decidían a colaborar en su creación y, aunque ciertamente obraba como religioso de su congregación y tenía al tanto a sus superiores de los pasos que daba, la idea de la autonomía de la universidad la mantuvo siempre y vacilaba en aceptar, más tarde, la erección canónica; tenía temor a una dependencia externa que no comprendiese bien la marcha de la institución que, evidentemente, seguiría siendo fiel a la Iglesia católica.

En medio de este proceso, es necesario tomar en cuenta otro acontecimiento crucial, el fallecimiento de José de la Riva Agüero el 25 de octubre de 1944. Gracias a su testamento, la universidad recibió la herencia de este importante académico, dueño de una sólida fortuna. Cabe mencionar que no era la primera herencia recibida como donación por la PUCP, sino que desde la fundación hubo personas que, a su fallecimiento, donaban sus bienes a la universidad. Por ejemplo, en fecha tan temprana como 1918, se encuentra la herencia de doña Josefina Arraraz, quien además de legar su pequeña fortuna, había donado una fuerte suma mensual que sirvió para sostener la universidad durante sus primeros años. Es decir, las autoridades desarrollaron una política de atraer donaciones

24

para atender una situación económica siempre complicada y basada en el cobro de pensiones a los estudiantes. Pero es evidente que la fortuna de Riva Agüero era de magnitud superior y planteó una nueva situación a la universidad.

A partir de entonces mejoró la situación económica, aunque fue un proceso bastante progresivo. A la muerte de Riva Agüero y de acuerdo al testamento, se organizó una junta testamentaria que administraba los bienes y le entregaba una mensualidad a la universidad. El responsable de esa junta fue el doctor Constantino Carvallo, condiscípulo y médico personal de José de la Riva Agüero.

Cuando Dintilhac pidió licencia, el Consejo Superior eligió a Víctor Andrés Belaunde como rector *pro tempore*, quien estuvo en el cargo aproximadamente dieciocho meses, hasta la designación del padre Rubén Vargas Ugarte como rector. Durante este lapso, el Consejo Superior decidió crear el Instituto Riva-Agüero y eligió como director a Víctor Andrés Belaunde y como secretario general a José Agustín de la Puente Candamo, quienes organizaron el Instituto que fue inaugurado formalmente al año siguiente. De este modo, la universidad honró a su benefactor bautizando con su nombre al principal centro de investigación de la Universidad Católica en Letras y Humanidades, que eran las áreas de estudio de este importante intelectual líder de la generación del 900.

El arzobispo de Lima, Juan Gualberto Guevara, designó como rector al padre Vargas Ugarte el 26 de octubre de 1947. Con esa designación se cierra la primera etapa de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Habían pasado treinta años desde la fundación y a estas alturas era una iniciativa asentada que iniciaba su consolidación. Tanto la calidad de la comunidad universitaria como la profesionalización de la enseñanza le habían dado un lugar expectante en el mundo universitario peruano. Había superado los prejuicios para afirmarse como una universidad en todo el sentido de la palabra, puesto que aspiraba a la universalidad del conocimiento. Al terminar esta larga primera etapa liderada personalmente por Dintilhac, la erección canónica implicó cambios sustantivos en la organización interna de la universidad. Ella había sido fundada por un sacerdote y cinco laicos como personas particulares que pusieron en marcha un sistema autónomo de autogobierno con participación y vigilancia de la Iglesia. Este autogobierno era fruto de la aplicación de las leyes nacionales al manejo de la universidad. Pero la categoría de Pontificia iba a implicar el paso de la legislación eclesiástica al primer plano.

25 26

27

2.

Consolidación institucional

Rectorado *pro tempore*
de Víctor Andrés Belaunde y
rectorados de Rubén Vargas Ugarte
y monseñor Fidel Tubino

1946-1963

Al finalizar la década de 1940, la universidad tenía 1300 alumnos repartidos en cinco facultades y cinco institutos afiliados. La facultad más numerosa era Letras, seguida muy de cerca por Ciencias Económicas. A partir de entonces el ritmo de crecimiento fue elevado y suscitó un problema al comenzar los años cincuenta, cuando los estudiantes sumaron 1800 y su número fue considerado excesivo porque la planta de profesores no se daba abasto. Esta tensión entre el crecimiento estudiantil y la falta de profesores especializados fue una constante de este segundo periodo de la universidad y las memorias de los rectores reiteradamente llaman la atención sobre el punto. Es así que a partir de 1952 se registra un esfuerzo consciente por limitar el ingreso de nuevos alumnos y disminuir progresivamente el total de estudiantes.

28 29

Durante la segunda parte de 1947 se desarrolló un debate fundamental sobre la organización de la universidad, destinado a la modificación de estatutos para la elección del segundo rector de la PUCP. En aquel momento, como vimos, el rector encargado era el destacado intelectual católico Víctor Andrés Belaunde y el Consejo Superior solicitó al entonces secretario general de la universidad, padre José Dammert —luego obispo de Cajamarca— que redacte un memorándum dirigido al arzobispo de Lima, Juan Gualberto Guevara, con la propuesta de la universidad sobre el cambio de las normas internas. En su memorándum Dammert sostiene que la universidad fue fundada por Dintilhac y cinco laicos a título personal y objeta que la orden de los Sagrados Corazones hubiera sido efectivamente la fundadora de la universidad. Asimismo, sustenta que, en tanto institución educativa superior, la PUCP estaría en mejor situación bajo el patrocinio de la Iglesia y la inmediata dirección del primado y los obispos. En tanto ello, propone que el nuevo rector sea elegido por el arzobispo de Lima, de una terna elevada por el Consejo Superior de la universidad y que, como gratitud a los Sagrados Corazones un representante suyo fuera incorporado a este Consejo.

30

Este primer memorándum estaba fechado el 22 agosto de 1947. Un mes después, el 20 de setiembre del mismo año, el capítulo general de los Sagrados Corazones redactó un memorándum de respuesta. En este texto se sostiene que en los documentos originarios de la universidad no había figurado la orden por razones de prudencia, porque se trataba de una congregación extranjera y podía provocar a los enemigos de la Iglesia a prohibir la fundación de la universidad, pero que era obvio que detrás de Dintilhac siempre había estado la orden de los Sagrados Corazones. Para sostener su afirmación, mostraban que por largos años la PUCP había funcionado en los locales de la orden, pagando un alquiler simbólico. A continuación, proponen una fórmula de

transacción para la elección del rector: que la terna a ser propuesta al arzobispo salga del acuerdo entre la universidad y los Sagrados Corazones.

Este intercambio fue resuelto casi inmediatamente por el cardenal Guevara. En efecto, solo cuatro días después dirigió una misiva al superior de los Sagrados Corazones zanjando el tema. En su carta, Guevara sostenía que los Sagrados Corazones no habían fundado la universidad en tanto orden religiosa, puesto que tanto en el acta de fundación como en la primera Carta Orgánica aparecen firmando individuos a título personal y que se trata del padre Jorge acompañado por un grupo de laicos. Según su apreciación, la notable contribución de la orden a la PUCP se resumía en dos elementos: primero, la invalorable gestión del padre Dintilhac y, segundo, el local ocupado por la universidad, alquilado a precio muy cómodo. Sobre Dintilhac se deshacía en elogios y mostraba también que había llevado adelante una obra solitaria, sin la compañía constante de otros sacerdotes de la orden, salvo esporádicamente. Además, sostenía que el acto de enajenar una propiedad bajo contrato implicaba que el arrendatario era distinto al dueño. En base a ello, establecía que los Sagrados Corazones no habían sido dueños de la PUCP, puesto que le habían alquilado su local. Su propuesta era que el superior de los Sagrados Corazones se incorpore al Consejo Superior de la PUCP y que este organismo eleve una terna a consideración del arzobispo para elegir nuevo rector. A continuación, el Consejo Superior eligió una terna integrada por el padre Rubén Vargas Ugarte, el doctor Víctor Andrés Belaunde y el padre Gerardo Alarco. Como vimos, el cardenal seleccionó a Vargas Ugarte y se inició la segunda etapa de la PUCP.

Mientras tanto, en 1947 se había formado la Facultad de Educación separándose de Letras, que había quedado centrada alrededor de la formación inicial en dos años y las carreras de Humanidades. La Facultad de Letras concentraba el mayor número de estudiantes mujeres de la universidad: 38% en 1945. Esta proporción no se verá afectada por la creación de la nueva Facultad de Educación. Por el contrario, el porcentaje de mujeres se mantendría relativamente alto en las décadas siguientes.

A fines de la década de 1940 la PUCP funcionaba con cinco facultades: Letras (1917), Derecho (1919), Ciencias Económicas (1932), Ingeniería (1933) y Educación (1947). Cada una de ellas estaba ubicada en algún inmueble del Centro de Lima y las labores de enseñanza estaban dispersas. Por ello, las autoridades reflexionaban sobre la manera de ir centralizando la vida universitaria. Por lo pronto, en 1947 se reunieron en la casa de Riva Agüero en la calle Lártiga —hoy jirón Camaná— los organismos de gobierno central: Rectorado, Secretaría General y Consejo Universitario.

31

32 33

Ante la dispersión de las actividades universitarias, se produjo un impulso en sentido contrario, la búsqueda de un local central que permitiera reunir a toda la universidad en un solo espacio físico. A fines de la década de 1940, las autoridades de la PUCP crearon el Consejo Económico de la universidad, organismo que entre sus varias responsabilidades tenía la de encontrar un local que integrara la enseñanza y agrupara a las facultades. Este era un organismo consultivo y estaba integrado por el rector, el tesorero y algunos representantes de la empresa privada, como Augusto Wiese, Luis Miranda y Rollin Thorne. En ese momento se presenta por primera vez la idea de trasladar el campus al fundo Pando, que parecía completamente alejado de Lima propiamente dicha. No obstante, tan temprano como 1952 se convoca a un concurso arquitectónico para iniciar la habilitación urbana de Pando.

Como parte del proceso de consolidación institucional y aún durante el mandato de la Junta Militar de Gobierno presidida por el general Manuel Odría, el Gobierno promulgó el Decreto Ley 11003, del 8 de abril de 1949, que reconoce a la PUCP la categoría de universidad nacional y por lo tanto le otorga autonomía absoluta. A partir de entonces, la PUCP toma sus propios exámenes de ingreso y emite títulos y grados académicos a nombre de la nación. Con ello, completaba uno de sus más caros anhelos: ser considerada una entidad educativa superior a la par de las demás, y por consiguiente organizar su vida académica en función a sus propios objetivos, definidos con autonomía y libertad. Luego de 32 años de funcionamiento, era un gran logro.

De este modo, el DL 11003 es fundamental y ayuda a precisar el inicio de la segunda etapa de la PUCP. Adicionalmente al tema de la autonomía, al definir a la Universidad Católica como una entidad educativa nacional el Estado asumía que estaba regida por las mismas leyes republicanas que norman a todas las universidades del país. En este sentido no solamente es una universidad autónoma, sino que obedece al mismo marco legal que ordena al conjunto de universidades en el Perú.

Otro punto clave del DL 11003 es la definición de la universidad como una comunidad de maestros, alumnos y graduados para estudiar, investigar y difundir conocimientos en provecho de la colectividad. Antes de esta norma, esa definición estaba ausente del marco legal y desde entonces ha sido incorporada en toda disposición sobre la universidad peruana. Así, la norma del Gobierno de Odría establece que las universidades no son bienes materiales sino colectividades de seres humanos que trabajan en la educación superior. El sentido último de este alcance es que las universidades no pueden ser propiedad de alguien en particular, porque las colectividades de individuos no pueden tener propietario, sino que se rigen por el principio de la libre asociación.

Por su parte, en 1950 la Santa Sede comunicó indirectamente a la PUCP que consideraba los bienes de la universidad como eclesiásticos. Una nota de la Secretaría de Estado de Su Santidad manifestaba que en caso de la venta de un inmueble —que la universidad efectivamente pensaba sacar al mercado— el sobreprecio debía dividirse entre la universidad y la Santa Sede. Esta nota mostraba que en opinión del Vaticano los bienes de la universidad habían pasado a ser eclesiásticos; bajo esa consideración, la ganancia de la venta de una propiedad de la PUCP debía dividirse y no ser considerada íntegramente de la universidad. Este punto tendría grandes consecuencias que recién se encararon durante el rectorado siguiente de monseñor Tubino.

En ese momento estaba llegando al liderazgo universitario la generación de los cuarenta, integrada por quienes eran jóvenes destacados que ocupaban cátedras o iniciales posiciones de poder institucional. Entre otros, destacaba quien fue eficiente secretario general, Ernesto Alayza Grundy, y el filósofo y diplomático Alberto Wagner de Reyna, que impulsó una creativa corriente de existencialismo cristiano, estrechamente conectada a la reflexión filosófica internacional de sus días. Asimismo, debido a la Segunda Guerra Mundial, un selecto grupo de profesores europeos se incorporaron a la universidad, como por ejemplo el arquitecto de la Bauhaus, Paul Linder, y el filósofo orientalista Onorio Ferrero. A ellos debe sumarse el conocido defensor de los balcones de Lima Bruno Roselli, quien fue profesor de Historia del Arte, y el mismo Adolfo Winternitz, creador de los estudios de artes.

En efecto, durante la guerra había llegado a Lima el artista Adolfo Winternitz, quien desarrolló su magisterio desde una inicial Academia de Arte Cristiano hasta crear la Escuela de Artes Plásticas en 1955. En ese periodo culminó sus estudios Anna Maccagno, brillante escultora y maestra nacida en Roma, que se incorporó a la plana docente en 1965.

Por su parte, el doctor Alberto Barandiarán, jefe del Departamento Médico, informó al Consejo Superior que la enfermedad más común entre los estudiantes de provincias era la tuberculosis. Según su parecer, había un significativo número de alumnos provincianos matriculados en la PUCP que vivían en pensiones baratas del Centro de Lima, donde contraían la TBC porque padecían por el estrés de los estudios y disponían de una pobre alimentación. En el caso de las estudiantes que venían de provincias, muchas se alojaban en casas administradas por religiosas y sus condiciones de alojamiento y alimentación eran mejores. Para él, era urgente la organización de un Departamento de Bienestar Estudiantil, para atender al creciente número de estudiantes de origen popular. Sobre el mismo tema, la Memoria del Rector informa que muchos

34 35**36**

alumnos provienen de colegios nacionales y que es motivo de satisfacción esa demanda surgida en medios no confesionales.

En 1952 culminó el rectorado del padre Vargas Ugarte. La universidad entonces propuso una terna y el arzobispo de Lima eligió a monseñor Fidel Tubino, quien ocupó el rectorado durante dos periodos, de 1953 a 1963. En ese momento, la agenda de las autoridades universitarias era bastante amplia. Para empezar, estaba siempre presente el tema de la centralización de las actividades universitarias. En Pando se habían iniciado obras básicas de agua, desagüe y tendido de redes eléctricas, pero aún faltaba mucho y, por lo pronto, estaba arrendado hasta 1959. Luego, había problemas económicos, el presupuesto nunca era completamente cubierto y los gastos seguían subiendo. Por ello, durante el primer año de rectorado de monseñor Tubino hubo necesidad de elevar las pensiones y se tomaron previsiones en torno al aumento de becas y subsidios a los alumnos que lo necesitaran.

Comenzando su rectorado, el mismo año 1953, el rector Tubino escribió una carta a la Santa Sede preguntando si los bienes de la universidad eran considerados eclesiásticos. Tubino, que era canonista, se dirigió a la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades solicitando aclaraciones sobre el régimen económico de los bienes universitarios. Sus preguntas fueron muy directas y cabe consignar algunas literalmente. El rector consultó si: 1. Los bienes de la universidad se rigen por el derecho canónico; 2. La universidad debe cada año someter sus cuentas a la revisión de la autoridad eclesiástica; 3. La universidad, por su carácter pontificio, está sustraída a la autoridad del Ordinario del lugar; 4. La testamentaría Riva Agüero estaba también sometida a la autoridad eclesiástica.

La respuesta de la Santa Sede llegó al año siguiente y no absolvió todas las cuestiones pero fue también muy directa. «La herencia de Riva Agüero, siendo propiedad de la Universidad Católica, está sujeta a la misma disciplina de bienes pertenecientes a la universidad. Los bienes de la universidad responden a las normas canónicas, no pueden gobernarse si no es mediante la observancia de estas normas. Por lo tanto, debe ser consultada esta Sagrada Congregación para las decisiones de mayor gravedad. Desearíamos igualmente que se fuera constituyendo gradualmente bajo la presidencia del Gran Canciller, un Consejo de Vigilancia Episcopal que interprete también la opinión de los diversos obispos del Perú. Mientras no sea posible conformar este Consejo, el eminentísimo arzobispo de Lima podrá y deberá intervenir para dirimir las eventuales controversias».

Como puede verse, durante la segunda etapa de la historia de la PUCP ocurre una transformación sustancial. Los bienes pasan a ser eclesiásticos, no lo habían sido en

el comienzo y durante más de tres décadas la universidad había administrado sus escasas rentas con total autonomía. Pero desde este intercambio entre el rector Tubino y la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, fue oficial y formal que los bienes de la universidad se regían por el derecho canónico. Así, los bienes fueron eclesiásticos entre 1953 y 1970, cuando las normas aprobadas por el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas establecieron que los bienes de toda universidad son propiedad de su respectiva comunidad universitaria. En esa condición se mantienen hasta el día de hoy y de este modo, en los cien años de vida de la PUCP, sus bienes solo fueron considerados eclesiásticos durante diecisiete años, los otros 83 han sido propiedad de la comunidad universitaria.

El padre Tubino intervino también en lo referente a la herencia de José de la Riva Agüero. Como vimos en el capítulo anterior, de acuerdo a una disposición testamentaria se había formado una administración independiente de los bienes, que no estaba vinculada orgánicamente a la universidad y que se limitaba periódicamente a entregar un dinero. En este momento, la universidad recibía una renta y no ejercía plenamente la propiedad. Además, la herencia había sido inscrita en los registros públicos respetando la expresa voluntad de Riva Agüero —en todos sus testamentos— de legar todos sus bienes a la PUCP; pero durante los primeros veinte años posteriores a su muerte la universidad no debía recibir los bienes sino solo las rentas. Si transcurridos veinte años la PUCP seguía existiendo, entonces los bienes pasaban en forma total a su control. Por ello, en registros públicos se inscribió a la universidad como usufructuaria de la masa hereditaria y a la Junta Administradora como encargada de la administración de dicha masa. Como consecuencia, la universidad no podía ni vender ni hipotecar ninguna propiedad que proviniera de la herencia de Riva Agüero. Esa situación era incómoda para la universidad porque limitaba su manejo financiero y progresivamente se esforzó por modificarla.

Como vemos, la herencia la administraba una Junta y su composición estaba determinada por el testamento. Dicha composición era compleja, primero estaba fijada con nombres propios en el testamento, luego había una lista de reemplazo, conforme los iniciales iban renunciando o muriendo. Al renunciar el último integrante de la lista inicial se produjo una situación peculiar, ante la cual el testamento decía que debía incorporarse el rector de la universidad y otro miembro nombrado por el arzobispo de Lima. En virtud de ello, el cardenal Landázuri nombró al tesorero de la universidad con el propósito de centralizar el manejo económico y financiero. A continuación, las autoridades universitarias aceptaron estos nombramientos con satisfacción, opinando que

tanto el rector y por consiguiente el tesorero actuarían en la Junta observando lo acordado por el Consejo. Es decir, el Consejo reafirmó que la propia universidad administraría la herencia.

A continuación, en marzo de 1958, el rector Tubino desarrolló una gestión para modificar la inscripción ante Registros Públicos. Poco después, de acuerdo a las actas del Consejo de Gobierno,

Monseñor Tubino informó que había terminado satisfactoriamente los trámites de modificación de la inscripción en los registros públicos relativa a los derechos de la universidad en la herencia de don José de la Riva Agüero, constando ahora que la universidad es propietaria de dichos bienes y la nueva conformación de la Junta que los administra. Anteriormente aparecía la universidad como usufructuaria y heredera condicional que recibiría la propiedad después de veinte años, con mengua de la libre disposición y de los beneficios que acuerdan las leyes a la universidad. El Consejo de Gobierno expresó su satisfacción por esta importante gestión.

Como puede verse, las autoridades entendieron que esta inscripción significaba que la PUCP era la propietaria y que los bienes quedaban a su libre disposición. Asimismo, monseñor Tubino aprobó unas normas de funcionamiento de la Junta, donde aparece un artículo que sostiene que el arzobispo tiene voto dirimente en caso de desacuerdo en la Junta. Así, esta norma invocada en nuestros días no proviene de los testamentos de Riva Agüero sino del entendimiento entre el rector y el cardenal en el momento en que se transfirió el íntegro de la herencia de Riva Agüero a la PUCP.

Fundado en esta decisión del cardenal Landázuri, el rector Tubino consideró que la Junta a partir de entonces era idéntica a la universidad. Por ello, la atribución de disponer de los bienes no era ya de la Junta sino del Consejo de Gobierno, al cual se debían tanto el rector como el tesorero, como explícitamente había sido acordado. Así entonces, la universidad quedó como propietaria absoluta de los bienes y, por consiguiente, como administradora de ellos.

De acuerdo al rector Tubino, «la Universidad Católica había nacido en oposición al laicismo, para reconducir al Dios de las ciencias, las inteligencias y los conocimientos actuales, tan esplendorosos y fascinantes». Esa propuesta de construir un sólido puente entre la ciencia y el conocimiento de Dios era entendida como el espíritu de la casa, el verdadero propósito al que apuntaba la enseñanza de la Universidad Católica.

Otra meta de la Universidad Católica que motiva frecuente reflexión entre las autoridades es la formación de profesionales comprometidos con el país. Según la Memoria del Rector de 1956, la esencia de la PUCP no era la divulgación de conocimientos ni la formación de profesionales en sí misma, sino que su objetivo era la formación de ciudadanos católicos, como individuos comprometidos a la vez con la religión y la república peruana. Para defender estos puntos de vista, una delegación de la Universidad Católica participó en el Segundo Congreso de Universidades Católicas de América Latina y se comprometió a organizar el Tercer Congreso en Lima en 1959. La universidad se sentía cada vez más fuerte y ganaba confianza para desenvolverse en la arena internacional.

En este periodo se vivía la segunda posguerra, marcada por un impresionante crecimiento económico. Por su parte, la guerra de Corea generó un *boom* de los precios de las materias primas y en el Perú se produjo una notable expansión de la economía de exportación. Era la edad dorada del capitalismo y los inventos estaban a la orden del día, transformando la vida cotidiana de modo vertiginoso. Los aviones eran cada vez más rápidos y había comenzado la carrera del espacio. La televisión ya había aparecido en los países avanzados y pronto llegaría al Perú. Al mismo tiempo, se difundía el modo americano de vida, que incluía la tecnología del hogar: refrigeradora, lavadora y cocina a gas o eléctrica. Estas innovaciones planteaban un reto a la enseñanza y la cultura católicas.

El prolongado Gobierno del general Manuel A. Odría (1948-1956) incluyó una fuerte represión e intensa lucha política, que en alguna medida se desarrolló en las universidades. Sobre todo en San Marcos, donde los estudiantes se enfrentaron en numerosas oportunidades a la policía. Este clima de intranquilidad estudiantil se acentuó conforme se acercaba el final del Gobierno del denominado Ochenio. El movimiento universitario no se detuvo en las universidades públicas, sino que también llegó a la PUCP, donde intermitentemente se había hecho presente casi desde la fundación. Pero en los años cincuenta se organizaron formalmente los centros de estudiantes por facultades y, por consiguiente, fue reconocida la Federación de Estudiantes en 1956. El 7 de junio de ese año, la asamblea de delegados eligió a Pedro Arnillas, estudiante de derecho, como primer presidente de la FEPUC.

A continuación, el Gobierno de Odría convocó a elecciones y el presidente anunció que no tentaría una nueva reelección. Gracias a ello se disiparon algunas tensiones políticas y se llegó a las elecciones de 1956, en las cuales las mujeres votaron por primera vez. El triunfador de los comicios fue Manuel Prado, quien ya había ocupado la presidencia durante la época de la Segunda Guerra Mundial. Esta segunda ocasión fue muy distinta, porque Prado contó con el apoyo del APRA, que recuperó su legalidad y se

encuadró dentro del régimen democrático. El segundo Gobierno de Prado fue la transición entre el viejo régimen de dominación política y el triunfo del reformismo. De hecho, en las elecciones de 1956, los partidos de centro-izquierda lograron una participación destacada, encabezados por Acción Popular y la Democracia Cristiana.

Por su parte, las memorias del Rectorado de este periodo nos informan de los problemas económicos y de las dificultades de la infraestructura educativa. En primer lugar, la universidad siempre había pasado apuros y la herencia de Riva Agüero no la había vuelto una institución en la cual sobrara el dinero. Por el contrario, las pensiones seguían siendo el soporte de la economía y la situación general era tan apretada como siempre.

Por otra parte, el fundo Pando estaba arrendado y los principales ingresos extras provenían de una hacienda situada en Pisco, el fundo Manrique, también parte de la herencia de Riva Agüero; pero en 1957 el fundo Manrique sufrió una plaga que destruyó la cosecha de algodón y resintió la economía universitaria.

De este modo queda claro cómo, desde la fundación en adelante, la universidad vivía de las pensiones que cobraba a los estudiantes. La herencia de Riva Agüero era un aporte significativo, no el único de su tipo, y no constituía el sostén fundamental de la PUCP.

Durante varios años seguidos, entre finales de la década de 1950 y comienzos de la de 1970, las memorias del rector dan cuenta de un déficit constante en el presupuesto de la universidad. Las dificultades económicas tendían a agravarse si se tomaban en consideración los recursos necesarios para resolver el problema del local central. No se quería continuar funcionando en forma dispersa sino que se buscaba centralizar en un solo espacio. La presión en ese sentido era tan pronunciada que se desarrolló un proyecto para construir un edificio de diez pisos en la Plaza Francia, donde se ubicarían todas las facultades y los servicios universitarios. Afortunadamente esa propuesta fue desechada y los esfuerzos se centraron en habilitar el fundo Pando como sede del futuro campus.

En 1959, la universidad tomó posesión de un lote de 12 000 metros cuadrados en Pando e inició las labores preparatorias del traslado. En efecto, en 1960 se dictaron los primeros cursos de la Facultad de Agronomía y comenzó la construcción del pabellón de la Facultad de Ingeniería. Así, la recientemente creada carrera de Agronomía inauguró el campus. Al año siguiente, 1961, se trasladó Ingeniería a Pando; en ese momento el decano era el ingeniero Ricardo Rey Polis, quien tuvo larga y meritoria actuación y ejerció el decanato durante una década. Cabe destacar que la PUCP contó con el apoyo del arzobispo de

Boston, cardenal Cushing, quien sostuvo el esfuerzo económico para la construcción y equipamiento de los primeros pabellones.

La creación de Agronomía fue planeada para aprovechar las ventajas de Pando en tanto hacienda, pero no continuó puesto que la ocupación del campus por las otras facultades hizo que desaparezcán esas ventajas relativas. Asimismo, a mediados de los cincuenta se crearon la Escuela Social y el Instituto de Psicología como parte de la Facultad de Letras, unidades académicas que sí lograron una proyección hasta el día de hoy.

La naciente Facultad de Ciencias Sociales convocó a un grupo de académicos conformado por Frederic Debuyst y Manuel Román de Silgado, integrantes del Instituto de Estudios Sociales; Violeta Sara-Lafosse, Luis Velaochaga, Máximo Vega-Centeno y el padre Leonard Janssen S.J., de la Universidad de Tilburgo (Holanda). Por su parte, el Instituto de Psicología se integró a la Facultad de Letras, mientras en el Instituto Femenino se creó la Especialidad de Secretariado Ejecutivo, que fue altamente valorada y que preparaba a las mujeres para incorporarse al mundo laboral como auxiliares.

Durante esos años hubo algunas modificaciones sustantivas de los estatutos de la universidad y se generaron nuevos órganos de gobierno. En primer lugar, se creó el Consejo de Gobierno, como máximo organismo de la universidad. Este Consejo estaba integrado básicamente por autoridades de la Iglesia, era presidido por el arzobispo de Lima e integrado por obispos de todo el país, a quienes acompañaban el rector y el secretario general. Este organismo señalaba las grandes pautas y dejaba el manejo cotidiano al antiguo Consejo Superior y al Consejo Administrativo, que veían respectivamente lo académico y lo económico. Sin embargo, las dificultades para convocar a las autoridades eclesiásticas hicieron que el Consejo de Gobierno se reuniera solo en forma esporádica y careciera de organicidad. Por ello, el tridente de organismos de conducción universitaria no era funcional y duró algo menos de quince años, hasta la ley de Velasco.

Por su parte, el Estado peruano bajo el Gobierno de Prado dictó una nueva ley universitaria para reemplazar al DL 11003 que había sido promulgado por la Junta Militar de Odría. La nueva Carta Orgánica de la universidad peruana fue dictada en abril de 1960 y llevó el número 13417. Esta ley consagraba los principios de la reforma universitaria de Córdoba y fue bien recibida por los estamentos universitarios. El doctor Mario Alzamora Valdez, catedrático de la PUCP, fue uno de los artífices de la ley en el Congreso. Esta norma confirió a la PUCP la categoría de universidad nacional, otorgándole libertad para organizarse de la manera que juzgara conveniente. En ese sentido, no se opuso a las modificaciones estatutarias a las que hemos aludido sino que las encauzó legalmente. En la PUCP, una comisión interna presidida por el mismo doctor Alzamora realizó la adecua-

ción al nuevo marco legal y el rector solo lamentaba que la nueva ley no permitiera a la PUCP revalidar títulos y grados obtenidos en el extranjero.

A su vez, durante la segunda parte de la década de 1950, la investigación ganó presencia en la universidad y las autoridades estimulaban a los profesores a presentarse al Fondo de Impulso a la Investigación, que había generado el nuevo Gobierno de Prado a través del Ministerio de Educación, ejercido por el historiador Jorge Basadre. La PUCP decidió apoyar económicamente a algunos profesores para que incorporen la investigación a su carga académica y puedan presentarse al concurso del ministerio. Este interés por el estudio venía acompañado por importantes adquisiciones de la biblioteca. Por ejemplo, en 1956 se incorporaron los diarios de debates del Congreso y el diario *El Comercio*.

El esfuerzo por la investigación fue conjunto al refuerzo del Instituto Riva-Agüero como «centro de altos estudios de toda la universidad». Según el rector Tubino, «la Universidad, adentrándose en la realidad actual y no mirando ya en primera fila la personalidad del educando, sino las inquietudes de la época, se proyecta culturalmente en la vida real y ofrece a la sociedad una luz, publicando sus altas investigaciones y extendiendo fuera de las aulas los principios orientadores de la vida». La orientación impresa por el rector se traducía en constantes seminarios de investigación en el Instituto, como por ejemplo unas jornadas de Lingüística e Historia sobre la Independencia, y en la apertura de nuevos seminarios, como el Seminario de Arqueología fundado en 1958 por la doctora Josefina Ramos de Cox y el de Estudios Sociales, sobre la base de una cátedra fundada en su testamento por Octavio González Cerdeña. Fomentar la investigación y centralizar la actividad en una institución, esa era la orientación de Tubino, quien seguía la línea abierta años atrás por el rectorado de Belaunde, que había fundado el Instituto Riva-Agüero.

Por su parte, el alumnado había seguido una tendencia creciente y su número presionaba hacia la centralización de la enseñanza y de los servicios universitarios; mientras en el terreno ideológico, durante la segunda parte de los cincuenta continuó el proceso de radicalización que no solo se presentaba en el Perú sino en toda América Latina. Sobre todo después de la revolución cubana en 1959, las juventudes latinoamericanas se posicionaron en la izquierda y tanto el socialcristianismo como el marxismo ganaron influencia entre ellas. A la misma vez, la vuelta a la legalidad del APRA había significado el entendimiento con el Gobierno de Prado y la pérdida de la combatividad de antaño; por ello había un ancho campo político para que la juventud universitaria vire a la izquierda.

Este proceso se vivió en la PUCP a raíz del Congreso de la Federación de Estudiantes del Perú (FEP) de 1961, que se solidarizó con la revolución cubana. La delegación de la FEPUC que había asistido y votado en favor de esta resolución fue expulsada de la universidad, aunque algunos estudiantes fueron posteriormente readmitidos.

Los sucesos del Congreso de la FEP de Huancayo dejaron huella en la PUCP. La Memoria del Rector de 1961 se refiere al peligro de tendencias foráneas entre los estudiantes, señala que algunos utilizan a veces un lenguaje desmedido y que incluso firmaron un comunicado en el que instaban a interrumpir las clases. Ante ello, el rector llamó a que estudiantes y profesores tomaran conciencia de sus deberes de colaboración y de responsabilidad con su alma máter y planteó a continuación que «los alumnos al solicitar la matrícula formulen su adhesión a la inspiración cultural, cristiana y peruana».

Las autoridades asumieron este nuevo desafío a través de dos instrumentos que permitieron acercarse indirectamente a la solución del problema: por un lado, reforzaron la asistencia social al estudiante de la Universidad Católica. En 1961 se creó el Departamento del Estudiante a cargo del doctor César Delgado Barreto, quien contó con el apoyo del padre Gustavo Gutiérrez y de los doctores Raúl Zamalloa y Margarita Guerra. Por otro lado, se reforzaron las actividades culturales con los estudiantes. Así, en 1961 se fundó el Teatro de la Universidad Católica (TUC) y ese mismo año comenzó el cine club de la PUCP, actividad que era novedosa en Lima, a cargo del sacerdote polaco Andrés Ruskowski, quien también escribió un influyente folleto contra el comunismo. De este modo, se buscaba encauzar las inquietudes de los estudiantes —que se juzgaban legítimas y propias de los nuevos tiempos—, impidiendo que esa turbación estudiantil conduzca a la adhesión al marxismo, tomado como ideología foránea.

Un líder estudiantil muy querido de aquellos días fue Alfonso Cobián, quien fue presidente de la FEPUC y participó de la fundación de la Democracia Cristiana. Fue muy activo y lamentablemente murió joven, cuando estudiaba un posgrado en Europa. En su corta vida, Cobián dejó varios escritos notables, sobre todo de filosofía política. Su planteamiento rechazaba tanto las injusticias sociales como los intentos de resolverlas repartiendo la riqueza. La idea de Cobián era que la verdadera igualdad era de oportunidades y que esa era la tarea del Estado, brindar servicios generales y promover talentos para abrir caminos a la juventud popular. Las ideas de Cobián hoy pertenecen al sentido común, pero en su época era un adelantado. Su pensamiento expresa bien al estudiante universitario del tránsito entre los cincuenta y sesenta. Se trataba de una generación reformista, vanguardista y altamente creativa.

Esta generación fue una de las más recordadas e influyentes en la historia intelectual del país. Tuvo honda dimensión porque logró conectar la carrera intelectual con la preocupación integral por el país. En la PUCP, tres distinguidos profesores de Letras le dieron un particular lustre a los estudios humanistas en la universidad: Luis Jaime Cisneros, José Agustín de la Puente Candamo y José Antonio del Busto, todos ellos magníficos profesores e investigadores de nota.

Un suceso de la Iglesia católica cambió la historia e inauguró una nueva etapa: el Concilio Vaticano II, convocado por el papa Juan XXIII en enero de 1959, cuando recién comenzaba su papado. Después de intensos trabajos preparatorios, la primera sesión se reunió en octubre de 1962 y fue presidida por Juan XXIII, pero el papa falleció al poco tiempo, y las otras tres sesiones del Concilio fueron dirigidas por su sucesor, Pablo VI. En la primera reunión con el nuevo papa, este fijó los cuatro objetivos de la magna reunión: 1. Definir el papel de la Iglesia y el rol de los obispos; 2. Renovar a la Iglesia; 3. Reconstituir la unidad de los cristianos; y 4. Desarrollar un diálogo fecundo con el mundo contemporáneo. De hecho, este Concilio abrió una etapa completamente nueva en la vida de la Iglesia y dio impulso a la modernización de la PUCP.

El Concilio Vaticano II fue el *aggiornamento* de la Iglesia católica, a través del diálogo con la actualidad y sus acuciantes demandas. Se reconoció el rol de la mujer a favor de la Iglesia y en la sociedad, promoviendo el contacto entre la teología y el análisis social. El punto esencial fue el énfasis en el puesto del mundo para la opción cristiana. Ella había dejado de ser contemplativa y pasado a ganar agencia ante el mundo concreto y real. En esta lectura, la caridad ocupa un puesto crucial. En efecto, es presentada como la virtud cristiana por excelencia, que expresa el compromiso con los demás. Se trata de querer al otro y no permanecer indiferente a su suerte. Es más, el pecado sería enemistarse con Dios a causa del egoísmo y en este sentido sería una falta contra la caridad.

De ese análisis surge la opción preferencial por los pobres, pues al estar estos desprovistos y sus carencias multiplicadas, la caridad conlleva un compromiso para socorrerlos. Así, el discurso del Concilio Vaticano II se fundamenta en el aliento humanista de la tradición cristiana que remonta a los textos de los apóstoles. Asimismo, este discurso alentaba un compromiso con las comunidades cristianas de base para buscar la justicia en este mundo. Al terminar el Concilio Vaticano II, el papa Pablo VI convocó a los obispos latinoamericanos y los instó a recibir creativamente los documentos conciliares. De ahí surgió el impulso para la Conferencia del Episcopado Latinoamericano que se celebró en Medellín en 1968. De estas reuniones surgió un vigoroso espíritu renovador que fue fundamental en la modernización de la PUCP.

3.

Modernización

Rectorado de Felipe Mac Gregor, S.J.

1963-1977

Primer impulso

A lo largo de la década de 1960, el alumnado bordeó y luego superó los cinco mil estudiantes, repartidos en las diversas facultades y escuelas. El número de estudiantes mujeres también creció considerablemente, especialmente en Letras, Educación, Derecho y posteriormente en Artes y Ciencias Sociales. En 1963, apenas ingresó como rector, Felipe Mac Gregor calculó que antes de terminar la década siguiente la PUCP llegaría a los diez mil alumnos, puesto que ingresaban alrededor de 1200 estudiantes por año y se graduaba algo más de la mitad, siendo el incremento anual de unos 450 estudiantes. Un censo de graduados mostró que un tercio provenía de colegios del Estado y el resto de la educación privada, lo cual en esa época era un indicador de extracción social mucho más claro que en la actualidad. Por su parte, los profesores sumaban unos seiscientos.

45

La expansión estudiantil fue el motor de la ocupación del fundo Pando y del progresivo traslado de las actividades universitarias al nuevo campus. Ya hemos visto cómo desde el año 1960 se comenzó a ocupar el terreno de Pando y se construyeron los primeros pabellones. En forma complementaria se levantaron las famosas casetas que por mucho tiempo simbolizaron el nuevo espacio educativo. El traslado masivo de la universidad, sin embargo, recién se realizó en la década de 1970. Por ello, los primeros años de Mac Gregor fueron de avanzada, pues en Pando no había pistas ni muros y el paisaje era fundamentalmente rural. Las facultades pioneras fueron Agronomía e Ingeniería, a las que pronto se sumó Ciencias Sociales. Antes de finalizar la década también Artes se había trasladado. El campus contaba con un plan maestro de desarrollo que fue aprobado en 1966 gracias al estudio de una firma norteamericana, proceso que fue financiado por la Fundación Ford.

46 47 48 49

El nuevo rector tenía planes firmes de proyección de la institución y emprendió una reorganización integral de la universidad, comenzando por suscribir un convenio integral con la Fundación Ford. Este conllevó una importante cantidad de proyectos de innovación que se centraban en tres áreas: primero, la asesoría en el manejo presupuestal; luego, el plan de financiamiento y ordenamiento espacial del campus; finalmente, las innovaciones pedagógicas y los requerimientos de investigación, que impulsaron la reorganización de las facultades y los planes de estudio.

Entre otros proyectos cruciales, la Fundación Ford impulsó la mecanización y unificación de algunos servicios universitarios claves. Aparecieron tanto el registro como el archivo central, superando la dispersión anterior, y se mecanizaron las operaciones de contabilidad y tesorería. Todo ello conllevó un gran avance en el control de la universidad

sobre su propia actividad. Por ejemplo, anteriormente no se sabía bien cuál era el número total de alumnos, porque la matrícula era por facultades y, dado que algunos estudiantes se anotaban en más de una unidad, podían ser contados varias veces. Asimismo, los exámenes de ingreso perdieron su forma tradicional: desaparecen las preguntas de desarrollo y se reemplazan por preguntas objetivas de conocimientos a las que se sumaron desde 1966 las secciones de razonamiento verbal y matemático.

Como mencionamos, el convenio con la Fundación Ford incluía la revisión de las actividades académicas, a fin de impulsar el estudio crítico de los planes de estudio de todas las facultades. La orientación aprobada por el rectorado estaba compuesta por cuatro ideas principales: la adecuación de la enseñanza a la realidad nacional; el fortalecimiento del compromiso social del profesional católico; la consistencia académica del sistema de cursos en su conjunto; y las fortalezas y debilidades de cada curso por separado. Desde que comenzó el rectorado de Mac Gregor, en la universidad reinaba un ánimo optimista que apostaba por el crecimiento y la modernización. Ese espíritu se tradujo en un célebre folleto de 1964 titulado «Una universidad que crece».

Mac Gregor había estudiado su doctorado en Filosofía en la universidad jesuita de Fordham en Nueva York y su imagen ideal era la de un centro educativo superior comprometido con los nuevos vientos que provenían del Concilio Vaticano II. Asimismo, el rector aspiraba a una universidad que desarrollara el compromiso católico de sus alumnos y profesores en diálogo con las últimas teorías científicas. Ese intercambio debía proyectarse también a la realidad social peruana, que en última instancia era la razón de ser de la PUCP.

Otra transformación importante que se impuso en los años sesenta guardaba relación con el modelo de universidad. Hasta entonces, la PUCP cuando miraba fuera del país encontraba sus modelos en el mundo hispanoamericano, que desde la fundación y hasta el cincuentenario fueron el principal referente internacional; pero Mac Gregor puso el acento en la relación de la PUCP con la academia norteamericana. De esa iniciativa surgieron importantes convenios con las universidades de Notre Dame y Wisconsin, que tuvieron gran influencia en la vida futura de la PUCP. Así, este rectorado aportó una nueva política de relaciones internacionales que tuvo una larga influencia y se ha prolongado hasta nuestros días.

Un lugar central en esta universidad en transformación lo ocuparon las ciencias puras. A partir de entonces se registra un vigoroso crecimiento de nuevas especialidades, cuya consolidación como unidades académicas fue otra de las ideas centrales de Mac Gregor. En 1966 se creó el Departamento de Ciencias Básicas, con sus secciones

de Matemáticas, Física y Química. La especialidad de Matemáticas tenía una larga historia en la PUCP, porque uno de los fundadores de Ingeniería había sido el doctor Cristóbal de Losada y Puga, quien era matemático y cuya labor continuó su colega el doctor José Tola Pasquel, quien fue primero prorector y luego accedió al rectorado. La especialidad de Matemáticas se organizó en 1965, acogiendo a un grupo de profesores peruanos y visitantes entre los que destacan el profesor Alberto Cáceres, el ingeniero Hugo Sarabia, la doctora Christine Goutet y la M.S. Liudmila Chainskaia de Velarde. En realidad, tanto matemáticas como química y física existían como cursos y se transformaron en especialidades.

Las autoridades universitarias habían asumido que la expansión de las ingenierías en curso debía fundamentarse en el desarrollo de las ciencias básicas, cuyo potencial debía hallarse en el alimento teórico del campo de la ciencia en la universidad. Para ello la PUCP contó con el aporte del cardenal de Boston, Richard Cushing, cuya crucial colaboración ya había comenzado en el periodo anterior y se prolongó durante el resto de los años sesenta.

Asimismo, la universidad creó el Departamento de Idiomas, para poder entrenar a la comunidad universitaria y al público en general en el manejo de lenguas extranjeras, una actividad muy limitada en el Perú de entonces, cuando pocos profesionales se desenvolvían en otros idiomas aparte del castellano. Este nuevo departamento incluyó un laboratorio que fue una gran innovación tecnológica y también contó con apoyo de la Fundación Ford.

Como hemos visto, en 1964 la universidad había creado la Facultad de Ciencias Sociales, contando con el apoyo de las universidades holandesas de Nimega y Tilburgo, que enviaron delegaciones de profesores que contribuyeron a darle sustento a la enseñanza de especialidades que se sabían relevantes pero que no contaban con una cantidad suficiente de maestros capacitados. Ciencias Sociales nació con tres carreras: Sociología, Ciencias Políticas y Desarrollo Económico.

Esta última especialidad planteó un problema de duplicación por la existencia de la antigua Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales, que había desarrollado este último tema por encima de todo. Poco después, el Consejo de Gobierno decidió crear la especialidad de Economía en Ciencias Sociales. Esta solución no fue del agrado de un grupo de profesores, que dejaron la universidad.

Por su parte, la Facultad de Derecho cedió la especialidad de Ciencia Política sin mayor inconveniente, porque en realidad no la desarrollaba en sus aulas, pero la carrera no se asentó en Ciencias Sociales. Incluso fue cerrada a sugerencia de sus mismos

profesores, quienes dudaron de la capacidad del país para absorber graduados en esa especialidad. Por su lado, desde 1953 existía en el Instituto Riva-Agüero un seminario en Etnología, adscrito a la Facultad de Letras y bajo la responsabilidad del antropólogo francés Jehan Vellard, que fue trasladado a Ciencias Sociales para formar la especialidad de Antropología en 1968. Ya en esa facultad, los profesores Emiliano Aguirre y Aída Vadillo de Romaní tomaron a su cargo la organización del plan de estudios de Antropología, que despegó en la década siguiente con la incorporación del sacerdote jesuita Manuel Marzal. De este modo, Ciencias Sociales quedó integrada por tres especialidades: Sociología, Antropología y Economía, con las cuales se mantuvo muchos años hasta la recuperación de Ciencia Política recién en 2005.

Al finalizar la década de 1960 también nació el Centro de Investigaciones Sociológicas, Económicas, Políticas y Antropológicas (Cisepa) como unidad de investigación en Ciencias Sociales y Economía. Esta unidad contó con el apoyo de los obispos alemanes, que contribuyeron con 900 000 marcos alemanes. De este modo, las unidades de investigación también crecieron durante estos años. El Cisepa se unió al Instituto Riva-Agüero y a las labores de investigación con laboratorios que se habían comenzado a desarrollar en ciencias básicas.

Otra facultad que registró importantes innovaciones fue Derecho. En 1965 se fundó la revista *Themis*, impulsada por una asociación civil de estudiantes. Esta importante publicación continúa vigente al día de hoy y constituye la revista especializada estudiantil con mayor tradición en la PUCP. Poco después, en 1967, se dio inicio a las “encerronas” de Derecho en el local de la calle Lártiga, que por muchos años fueron parte del sello de fábrica de los estudios en derecho y son las celebraciones que más recuerdan los exalumnos.

51

Asimismo, en 1966 se definió el interés de la Facultad de Derecho por establecer una relación con la Universidad de Wisconsin, a través de un convenio firmado dos años después. Este acuerdo de cooperación generó importantes repercusiones con respecto a la enseñanza del derecho, aunque vale decir que incluso antes de este convenio el cuerpo de profesores había iniciado la revisión del plan de estudios en función a la sociedad peruana, que constituye el hogar de las normas y el objetivo de la profesión. Así, se modificó progresivamente la metodología de enseñanza; tendieron a reducirse las clases magistrales sobre doctrina jurídica, mientras crecían los seminarios que obligaban a los estudiantes a leer casos concretos como mecanismo inductivo para llegar al razonamiento sobre las normas generales.

52

Por su lado, en 1964 se inició la desactivación del Instituto Femenino, al considerarse que no era un esfuerzo válido ofrecer estudios especializados para mujeres y que, por el contrario, lo conveniente era incorporarlas a la vida académica regular de las facultades. En facultades como Derecho, hacia mediados de la década de 1960 las mujeres representaban una cuarta parte del estudiantado, pero en las áreas de ciencias, solo el 6%. Sin embargo, durante la década de 1960 aún subsistían bastantes prejuicios patriarcales y más de una graduada recuerda haber escuchado que muchas mujeres solo asistían a la universidad para encontrar marido, mientras le quitaban el puesto a un hombre que realmente necesitaba esa posición. Esa mentalidad, sin embargo, fue cediendo y se abrió espacio para las mujeres y para un trato más igualitario entre los géneros.

53 54

Durante los años sesenta se desarrolló un sostenido trabajo de extensión universitaria, conectando a profesores y alumnos con sectores populares. Se ejecutaron varios proyectos específicos y hubo un esfuerzo por mantener relaciones orgánicas con determinados sectores populares. Por ejemplo, la universidad trabajó bastante en campañas de alfabetización de adultos en Comas, en las cuales participaron 115 estudiantes en el año 1963 y al año siguiente se repitió la experiencia con una participación superior. Asimismo, desde 1964 se desarrolló un vínculo especial con comunidades campesinas y se despertó un gran interés por la ley de reforma agraria promulgada ese año por Fernando Belaunde. Como vimos, la universidad había incluido entre sus metas desarrollar el compromiso de sus estudiantes con la sociedad peruana y estos programas de extensión eran el canal para la realización de dichos objetivos.

55

A la vez, las labores de extensión universitaria eran un mecanismo para canalizar las inquietudes sociales del estudiantado que, como hemos visto, en este periodo se mostró especialmente comprometido con las grandes narrativas y explicaciones globales del mundo y del individuo. Desde la recuperación de la democracia en 1956 y a lo largo de la primera parte de la década de 1970, los líderes estudiantiles de la PUCP eran fundamentalmente socialcristianos y formaron un movimiento llamado «izquierda universitaria». Entre otros, fueron presidentes de FEPUC Rafael Roncagliolo, Henry Pease, Manuel Bernal y Javier de Belaunde, lo cual denota la calidad de las dirigencias de esos años, puesto que todos han sido figuras destacadas de la vida política, del foro y de la cátedra universitaria.

56

El reclamo principal de los estudiantes era la participación en el gobierno de la universidad. En aquella época, en la PUCP no existía el tercio estudiantil que sí se encontraba vigente en las universidades nacionales. La primera vez que un estudiante sustentó peticiones ante el Consejo Superior fue en 1964, cuando el presidente de

FEPUC, Armando Zolezzi, defendió un pliego de reclamos. Incluso en 1966 hubo un paro estudiantil de veinticuatro horas reclamando la inclusión de los estudiantes en los órganos de gobierno universitarios.

De este modo, la universidad llegó al año jubilar de 1967 cuando cumplió cincuenta años de fundada. Para celebrar las bodas de oro se desarrolló un claustro pleno en La Recoleta y se realizó una sesión solemne en el Teatro Municipal. Por su parte, bajo la dirección de Ricardo Roca Rey se presentó la obra de Calderón de la Barca *El gran teatro del mundo*, que se escenificó en el atrio de la Catedral de Lima. Las celebraciones fueron de mayor envergadura que las realizadas por los veinticinco años, pero fueron sencillas y concentradas en una semana del calendario. Con motivo del cincuentenario la universidad recibió un donativo del Estado por cinco millones de soles para ser usado en la construcción de la biblioteca central. Asimismo, a partir de ese año se empezó a recibir una subvención estatal.

Finalmente, durante la primera parte de la década de 1970 hubo una explosión de nuevas universidades particulares y la Universidad Católica dejó de ser la única entidad educativa superior privada. En realidad, la ley universitaria 13417 de 1960 alentaba la creación de universidades particulares y al amparo de esa norma, en 1961, apareció la Universidad Peruana Cayetano Heredia, fundada por grupo de profesores de San Fernando que se separó a raíz de la politización del claustro sanmarquino. Luego, en 1962 se crearon la Universidad San Martín de Porres, la Universidad de Lima, la Universidad del Pacífico y la Universidad Femenina, UNIFE. Al año siguiente se creó la Universidad Inca Garcilaso de la Vega y en 1969 la Universidad Ricardo Palma. Así, en pocos años se multiplicó la oferta particular en educación universitaria. Había llegado la era del auge de la educación particular que se prolonga hasta nuestros días.

Las reformas de Velasco

El 3 de octubre de 1968 se produjo el golpe de Estado dirigido por el general Juan Velasco Alvarado, quien derrocó al presidente constitucional Fernando Belaunde Terry. El presidente depuesto había intentado desarrollar una política reformista por la vía democrática, pero las contradicciones políticas habían sido muy pronunciadas y habían restado viabilidad a su proyecto. El objetivo desarrollista era altamente demandante de divisas que solo podían venir del aumento sostenido de las exportaciones, pero más bien se contrajo el comercio exterior y el Gobierno de Belaunde atravesó serios problemas económicos que se intentaron saldar con una masiva devaluación en el año 1967. A partir de

entonces el Gobierno quedó herido y no logró remontar vuelo; se sumergió en serios problemas políticos que culminaron con una fallida solución al tema del petróleo, lo cual precipitó el golpe de Velasco.

Como sabemos, los militares denominaron a su régimen «Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas», puesto que tuvieron la pretensión de reordenar integralmente la estructura social, económica y política del país. Las buenas intenciones no bastaron y el Gobierno de Velasco concluyó sin mayores éxitos. En el camino, este Gobierno dictó una ley de reforma agraria muy radical, nacionalizó una serie de empresas extractivas productoras de recursos naturales y creó un sistema de propiedad social que fomentaba al sector cooperativista. Asimismo, promovió la organización popular multiplicando el número de instituciones sociales de base. De este modo terminó con el antiguo sistema de dominación, aunque no logró reorganizar al país en un nuevo marco institucional. Las fuerzas sociales desatadas por Velasco rompieron todo cauce y durante la década siguiente se produjo el desborde popular y la crisis del Estado que bien analiza el antropólogo José Matos Mar.

Una de las primeras medidas de Velasco fue el decreto ley 17437, Ley Orgánica de la Universidad Peruana, promulgada en febrero de 1969. Esta norma contenía importantes disposiciones que transformaron a la universidad peruana, aunque no lograron contener la intranquilidad estudiantil. Como veremos más adelante, esta norma estableció que las comunidades universitarias de cada centro educativo superior debían elegir a sus autoridades en un régimen de autonomía y con participación estudiantil; con ella se creó el Consejo Nacional de la Universidad Peruana (CONUP), ente superior a las universidades que tenía la responsabilidad de conducir las, pero no contemplaba la participación estudiantil en este nivel. La contradicción fue percibida por las dirigencias estudiantiles, que se opusieron a la nueva norma.

Gracias a esta ley se formaron los departamentos académicos como unidades que agrupan a los profesores para atender los requerimientos de los programas académicos. Por su parte, estos reemplazaban a las antiguas facultades, que desaparecieron del ordenamiento legal. Así, los programas académicos organizaban la enseñanza y eran el canal de la interacción entre estudiantes y profesores, mientras que los departamentos agrupaban a los docentes. Los departamentos permanecen hasta hoy y han demostrado su fecundidad como mecanismo institucional, mientras que los programas académicos solo fueron un cambio de nombre de las facultades, que reaparecieron en la ley que se dictó en el decenio siguiente. En esencia, sin embargo, la estructura orgánica básica de la universidad peruana actual proviene de la ley 17437.

Con respecto a la PUCP, esta norma la define como universidad «estatal» en lo que se refiere al derecho a expedir grados y títulos académicos. Esta consideración era una nueva definición de la condición de la PUCP, que en leyes universitarias anteriores había sido llamada nacional. El caso es que su significado era claro, en el sentido de incluir a la PUCP en el marco legal del Estado peruano que regía para las universidades públicas y considerarla parte de su engranaje.

Asimismo, la ley de Velasco reitera que las autoridades de la PUCP se seleccionan de acuerdo a su propio reglamento interno, abriendo las puertas para la excepcionalidad de la PUCP dentro del marco legal unitario. Así, la 17437 no constituye una expropiación, como algunas veces se ha sostenido. En realidad, el Estado no retiró a la Iglesia de la universidad.

Por el contrario, siguiendo al rector Mac Gregor, la Asamblea Universitaria de la PUCP aprobó en 1970 un reglamento que la sustrae de las leyes eclesiásticas y la somete en exclusividad a las leyes del Perú. El artículo 4 del mencionado Reglamento General dice a la letra: «La Universidad Católica del Perú, con la autonomía e inspiración cristiana que le son propias, se rige por el presente Reglamento General, de conformidad con las leyes del Estado. El gobierno de la institución radica en sus propios órganos y se ejerce por las autoridades que el presente Reglamento señala».

Como puede verse, esta decisión de la Asamblea Universitaria fue fundamental y no la ley de Velasco, que por el contrario, abría la puerta a una excepción que hubiera podido permitir la continuidad de la condición eclesiástica de la universidad. La Asamblea Universitaria adoptó una decisión con plena autonomía y evaluando serenamente las circunstancias de aquel momento; además, fue una decisión absolutamente legal, porque la norma respetaba lo establecido en el estatuto de la PUCP.

De acuerdo al reglamento de 1970, la relación con la Iglesia se concreta en la figura del gran canciller de la Universidad, cargo que le corresponde al arzobispo de Lima. En adición a esta responsabilidad, la Asamblea Episcopal debía elegir cinco representantes que se integraron a la Asamblea Universitaria. De ese modo, participando en el máximo órgano de gobierno, la relación con la Iglesia no se interrumpió sino que se mantuvo dentro del marco institucional previsto por la ley peruana.

Por otro lado, con respecto al reglamento de 1970, en el archivo de la universidad se encuentra una nutrida correspondencia al respecto entre el padre Mac Gregor y el cardenal Landázuri. El rector le envía al cardenal el proyecto de reglamento en noviembre de 1970 y el cardenal contesta en diciembre nombrando una delegación para que se incorpore a la Asamblea. A su vez, Landázuri propone una terna para que la Asamblea elija al director de relaciones de la PUCP con la Iglesia.

Así, el cardenal recibió el proyecto de reglamento y a continuación nombró una delegación a la sesión de la Asamblea Universitaria que lo aprobó. Igualmente, transmitió sus sugerencias para el nombramiento de un cargo universitario clave. De este modo el arzobispo de entonces estuvo al tanto de todos los pasos y participó de ellos.

Pocos años después, en 1975, el cardenal Landázuri nuevamente escribió al rector Mac Gregor sobre la legislación universitaria que se discutía en aquellos días. Por su importancia, esta misiva merece ser citada a la letra:

Pienso que, esta ley es clara en la organización interna de las universidades, de modo que no es dable una presencia institucional y orgánica del Episcopado en el seno y gobierno de la Universidad Católica, como antes hubo. Así las cosas, queda para este centro de estudios superiores, si desea ser fiel a los principios que motivaron su fundación y que la definen y señalan, una vivencia católica en todos sus estamentos —en cada uno en la medida de sus responsabilidades— para que una libre convicción personal y comunitaria se traduzca en una línea de acción interna y externa.

Así, el cardenal Landázuri acepta que, de acuerdo a los tiempos, no corresponde que rijan los estatutos del periodo anterior, que daban al Episcopado control de la designación del rector y de la formación del máximo organismo de gobierno universitario. A continuación, el cardenal señala la responsabilidad de la comunidad en la conservación de los principios de la fundación. Este punto es trascendental, porque el arzobispo está transfiriendo la responsabilidad por la continuidad del catolicismo en la PUCP, que será obra de la comunidad universitaria en sus variados estamentos.

En el periodo anterior, el máximo organismo de gobierno era denominado Consejo de Gobierno, el que, como vimos, estaba integrado por el gran canciller, varios obispos y algunas autoridades universitarias. Este organismo se reunía con dificultad puesto que las agendas de sus integrantes eran difíciles de coordinar. Por ejemplo, en 1968 se reunió solo una vez y era evidente que no funcionaba de manera adecuada. Por ello, la Iglesia aceptó las modificaciones iniciadas con la ley 17437. Mejor era pasar a un régimen autónomo y eficiente que esforzarse por mantener un control estricto que en realidad no podía ejercer, máxime si se podía prolongar el vínculo espiritual a partir de la fe y el compromiso católico de los integrantes de la comunidad universitaria.

A continuación, el 21 de abril de 1969 se instaló el primer Consejo Universitario de la PUCP, integrado por el rector Felipe Mac Gregor, el prorector José Tola, el vice-

rector José Morales Urresti, y los siguientes directores universitarios: Héctor Cornejo Chávez (Investigaciones), Raúl Zamalloa (Régimen Académico de Profesores), Fernando Giuffra (Planificación), Miguel de Althaus (Servicios Académicos), Jorge Avendaño (Evaluación Pedagógica), Luis Jaime Cisneros (Formación Universitaria), padre Gerardo Alarco (Relaciones con la Iglesia) y Ernesto Alayza (Asuntos Legales). Ya para aquel entonces había sido ratificado como secretario general el doctor Alberto Varillas y como tesorero Germán Ramírez Gastón.

Sin embargo, como vimos, a nivel nacional los estudiantes estaban movilizados contra la ley universitaria y su disconformidad pronto iba a llegar a la PUCP. El clima de malestar estudiantil en el país era una prolongación del extenso movimiento universitario de mayo de 1968 en París. A continuación, las juventudes de casi todos los países, incluyendo los latinoamericanos, se habían rebelado contra el sistema erigido por sus padres luego del fin de la Segunda Guerra Mundial. Por lo pronto, en la PUCP se produjeron algunas marchas de estudiantes contra la ley de Velasco. Los estudiantes reclamaban un tercio de los asientos en los órganos de gobierno universitario, como había sido habitual desde la reforma universitaria de Córdoba, mientras que la ley solo otorgaba un cuarto. Por otro lado, la ley obligaba a que los representantes estudiantiles fueran elegidos entre los estudiantes que hubieran obtenido las mejores calificaciones. Ambas disposiciones eran vistas como discriminadoras y motivaron la protesta estudiantil. Asimismo, los alumnos de la Universidad Católica protestaban contra el alza de las pensiones y el escaso número de becas para los estudiantes trabajadores.

La misma FEPUC se opuso a la ley universitaria por las razones ya expuestas y añadió una reivindicación democrática, protestando por el régimen de dictadura militar. En junio de 1969 una marcha estudiantil fue reprimida por la Policía que persiguió a los alumnos, quienes se refugiaron en el local de la calle Lártiga. Sin embargo, la Policía invadió la casa de Riva Agüero y, ante la firme protesta del rector y de las autoridades universitarias, cargó contra ellas y lanzó bombas lacrimógenas. El carro rompemanifestaciones violentó la puerta principal del Instituto Riva-Agüero y se generalizó una gresca que resultó en varios detenidos. La universidad emitió un comunicado de protesta y suspendió las clases. A continuación, el general Velasco se reunió con el rector y se disculpó, dando por superado el incidente.

El año anterior se había formado en la universidad el Frente Revolucionario de Estudiantes Socialistas, FRES, cuyo debut fue bastante estruendoso. El cardenal organizaba todos los años una cena de solidaridad para recaudar fondos destinados a obras filantrópicas, pero en esta ocasión la cena fue interrumpida por una ruidosa manifes-

tación estudiantil que la consideraba un rezago de los tiempos aristocráticos. Con la protesta contra la cena del cardenal estaba naciendo la tendencia marxista que dominaría durante varias décadas el panorama político entre los estudiantes.

En los años anteriores, la Democracia Cristiana se había dividido y la mayor parte de los universitarios de esta tendencia siguió los planteamientos de Héctor Cornejo Chávez, situándose en el ala izquierda de su movimiento. A continuación, Cornejo Chávez, que era un destacado profesor de la Facultad de Derecho y autoridad universitaria, tomó posición a favor de Velasco y fue uno de los consejeros del Gobierno. Por ello, el grupo universitario socialcristiano, llamado «Izquierda Universitaria», apoyó al Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas en un momento en el que el estudiantado tenía muchas críticas contra los militares. Esas circunstancias facilitaron el triunfo de las tendencias más radicales entre los estudiantes.

Por su lado, ese mismo año 1969 se reunió una Asamblea Universitaria que reeligió al padre Mac Gregor como rector, dando inicio a su segundo periodo, que se prolongaría hasta 1977. Esta Asamblea fue trascendental, porque fue la primera vez que la comunidad universitaria eligió a su rector. Si consideramos que Dintilhac había asumido el rectorado por haber sido el autor de la iniciativa y que a continuación los rectores habían sido elegidos por el arzobispo, esta elección de 1969 marca un hito. Desde entonces, la comunidad universitaria elige en forma autónoma a sus autoridades.

Segundo aliento

A continuación veremos la segunda fase del rectorado de Mac Gregor, desde su reelección en 1969 hasta su retiro en 1977. Durante este periodo, la urbanización de los distritos de Pueblo Libre y San Miguel avanzó en forma considerable, y quedaron trazadas la avenida Universitaria y luego la avenida Riva Agüero, que marcan el contorno del campus. En este momento se empezó a considerar la construcción del centro comercial Plaza San Miguel, que iba a constituir una de las principales fuentes de rentas para la universidad. En 1972 se formó la primera comisión encargada de estudiar la concepción de Plaza San Miguel, la cual propuso la forma jurídica que adoptó y mantiene hasta hoy. Esa comisión estuvo integrada por los ingenieros Tola, Giuffra y Harmsen y los abogados Alayza y de Althaus.

Durante los años setenta se produjo el traslado masivo de la universidad al fundo Pando. Para comenzar, en 1973 se instalaron en el campus tanto la administración central como el Centro de Cómputo, que había sido fundado en 1969 por el ingeniero

Jorge Solís. A continuación se construyó un edificio emblemático que marcó la voluntad de instalación, el Centro Dintilhac, donde se ubicaron el Rectorado y los servicios universitarios principales, incluyendo el psicopedagógico y el servicio médico. A Pando llegaron también las restantes unidades académicas, empezando por los Estudios Generales, que nacieron en 1970; Psicología y Educación, que se trasladaron en 1974; y el moderno edificio de Física, que se levantó en 1975. El movimiento de las facultades hacia Pando culminó con el traslado de Derecho, que llegó al campus luego del terremoto de 1974. Así, las décadas de 1970 y 1980 fueron la época de la enseñanza en casetas, que simbolizaba bien una primera etapa de la instalación. Parte de la estrategia de financiación había sido atraer donaciones de empresas bajo forma de materiales y así se recibieron techos prefabricados y otros elementos de las casetas.

El traslado de las unidades académicas sustentó la multiplicación de especialidades y el esfuerzo del rector Mac Gregor por darle un carácter universal a la enseñanza en la PUCP. Durante su rectorado se multiplican las ingenierías y aparecen las especialidades de Mecánica, Minas e Industrial. Como ya habíamos visto, en este periodo terminan de organizarse las especialidades en Ciencias Básicas. Inicialmente la plana docente estuvo conformada por cuatro ingenieros, pero pronto se amplió a catorce profesores peruanos y extranjeros en las áreas de Matemáticas, Física y Química. Destaca la sección de Matemática, que en 1966 estaba compuesta en forma paritaria por dos profesoras y dos profesores. Asimismo, se formaron algunos departamentos fundamentales como el de Teología, que agrupaba a los profesores de los cursos destinados a continuar sembrando la obra del evangelio de Cristo entre los estudiantes. Otra unidad característica de aquellos años fue el CETUC, Centro de Teleeducación, que buscó liderar en las nuevas técnicas y herramientas pedagógicas, incorporando el audiovisual al aula. Financiado conjuntamente por la agencia Misereor y la Fundación Konrad Adenauer, el edificio del CETUC, inaugurado en 1974, fue uno de los primeros en levantarse en Pando, destacando en medio del mar de casetas.

Otra de las iniciativas trascendentales de este periodo fue la apertura de la Escuela de Posgrado, inicialmente llamada Programa Académico de Perfeccionamiento en Posgrado. A partir de 1971 la universidad recogió el guante que planteó la ley de Velasco, que había dividido la educación superior en tres niveles: ciclo básico, bachillerato y licencia y posgrado. Desde el año anterior, la PUCP ya tenía Estudios Generales y a continuación surgió la Escuela de Posgrado. Las primeras maestrías son significativas, porque evidencian las especialidades que estaban listas para dar un salto. Se trató de Ingeniería Civil, Química y Matemáticas, en Ciencias; y Antropología y Sociología, en

Ciencias Sociales. A partir de entonces, los estudios graduados adquirirían mayor volumen año tras año hasta llegar a la actual situación, donde se hallan matriculados en este nivel seis mil alumnos.

Pero no todo fue apertura de nuevas unidades, también se cerraron algunas escuelas y especialidades. Por ejemplo, se clausuraron los estudios de agronomía, después de muchas tensiones con los estudiantes, y al menos dos comisiones de estudio de la problemática. Se había pensado que la naturaleza rural de Pando constituiría una ventaja natural para esta carrera, pero con la urbanización y la ocupación del campus esta ventaja rápidamente se transformó en un problema imposible de superar. Asimismo, se cerró la antigua Escuela de Periodismo, que había sido dirigida por la doctora Matilde Pérez Palacio, una destacada profesional formada en la Universidad Católica que había integrado la primera promoción de mujeres congresistas en 1956.

En el terreno de las investigaciones se produjo una innovación institucional fundamental, puesto que se organizó la Dirección Académica de Investigación en 1970. Esta unidad es el antecedente directo del actual Vicerrectorado de Investigación y constituye un punto de partida porque a partir de entonces se asume la investigación como parte de las funciones organizadas por la universidad, aunque recién adquirió importancia central en las décadas siguientes. Asimismo, en 1975 César Gutiérrez organizó el archivo histórico de Riva Agüero y le dio forma científica al trabajo de recopilación, clasificación y mantenimiento de unos de los archivos privados más importantes del país. Esta importante labor ha sido continuada por Ada Arrieta hasta el día de hoy. A continuación, Gutiérrez organizó el archivo central de la universidad, centralizando y clasificando toda la documentación de la PUCP. Por su lado, en 1976, la Facultad de Ciencias Sociales firmó un importante convenio con la Fundación Ford, que permitió financiar estudios desarrollados por los talleres de investigación con participación de profesores y alumnos.

El rector Mac Gregor también creó la Dirección de Servicios Universitarios, donde se reunían varias iniciativas dirigidas a favorecer a los estudiantes. En 1970 se tomó una decisión trascendental con respecto al tema de las pensiones: ese año se impuso el régimen de pensiones diferenciadas según escalas, gracias a lo cual se democratizó en forma considerable la composición del estudiantado. Hasta entonces el núcleo principal del alumnado provenía de colegios particulares de clase media y alta, aunque, como vimos, en el periodo anterior ya se registraba una presencia de estudiantes provenientes de provincias y de sectores populares. Las pensiones diferenciadas permitieron que ingresen masivamente sectores sociales muy diversos que le han dado un carácter particular a la PUCP. De este modo, el régimen económico puesto en marcha

en 1970 ha cumplido en papel crucial en forjar una universidad abierta a todos los grupos sociales y gracias a ello ha reforzado su capacidad de funcionar como avenida para el ascenso personal.

Asimismo, en 1970 se abrió el Banco del Libro, que ha sido uno de los puntales de la atención a los materiales de enseñanza y de las facilidades para su uso. Unos años después, en 1977, se formó el Centro de Asesoría Pastoral Universitaria (CAPU), para instalar en el campus una capilla y ofrecer servicios religiosos a la comunidad universitaria. Los vitrales de su hermosa capilla fueron diseñados por el maestro Adolfo Winternitz, fundador de la Facultad de Arte. Desde entonces, el CAPU ha seguido creciendo, ocupa un lugar central en el campus y ha desarrollado su propia personalidad atendiendo las inquietudes religiosas de la comunidad universitaria.

Como vimos, los años 1960 y 1970 fueron parte de un ciclo internacional contestatario, que abarcó principalmente a las juventudes y especialmente a las universitarias. En forma paralela, en diversos países del mundo hubo gobiernos izquierdistas que intentaron cambiar las estructuras y modernizar las relaciones sociales. En el Perú tuvimos ambos fenómenos a través de una juventud radicalizada en el contexto del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, que le dio alas a los proyectos radicales de los universitarios. En realidad, los militares y los estudiantes tuvieron relaciones ásperas y conflictivas, pero las intenciones de los gobernantes permitieron que los jóvenes se inclinen decididamente hacia la izquierda.

En 1969 se promulgó la ley de reforma agraria, que despertó entusiasmo en el campo y animó el interés en algunos estudiantes por colaborar con el proceso. Por ejemplo, desde 1971 hubo estudiantes de agronomía capacitando a dirigentes campesinos de Cajatambo. A continuación, el gran terremoto de Áncash despertó la solidaridad masiva de los estudiantes. En mayo de 1970 un terremoto de gran magnitud provocó miles de muertos y una tragedia de impacto mundial debido a los aludes y deslizamientos de tierras que borraron del mapa a la ciudad de Yungay. A nivel nacional, y también en la PUCP, se formaron brigadas juveniles que se trasladaron a socorrer a las poblaciones necesitadas y luego a participar de las tareas iniciales de reconstrucción. Los menos aventureros se sumaron a los procesos de empaquetado y despacho de la ayuda y, de un modo u otro, todos los universitarios participaron de un movimiento nacional de solidaridad.

Hacia fin del año 1970 se inició el Claustro Pleno de Letras, una reunión de profesores y alumnos para discutir el plan de estudios de la unidad. Fue una reunión trascendental porque sirvió para modernizar la enseñanza y renovar la oferta de cursos. Por ejemplo, apareció el famoso curso de Realidad Social Peruana, que por muchos años

dictó el profesor Henry Pease. En ese momento también se formó el sindicato de trabajadores de la universidad, que durante un periodo iba a protagonizar movimientos de protesta conjuntamente con los estudiantes.

Al año siguiente se fundó la comunidad urbana de Villa El Salvador, después de una invasión duramente reprimida por la Policía, pero que acabó en un acuerdo con el Estado gracias a la intervención de monseñor Bambarén. Por ello hubo bastante interés por Villa El Salvador entre los alumnos de tendencia católica progresista y un numeroso grupo de estudiantes de Educación contribuyeron a fundar en esa comunidad un colegio Fe y Alegría, institución emblemática de la educación religiosa de calidad en los barrios populares.

Durante los años setenta, la vestimenta cotidiana del estudiantado se liberó de los convencionalismos que predominaban en décadas anteriores. El proceso había ya comenzado en los sesenta, pero tuvo un fuerte impulso cuando en 1971 la Facultad de Ingeniería levantó la obligación de asistir a clases con saco o cuando menos con chompa. Es decir, anteriormente estaba prohibido asistir a clases en mangas de camisa. Lo mismo ocurría con las mujeres. Había una regla no escrita por la cual las estudiantes debían asistir con falda y era mal visto que las alumnas acudieran a clase vestidas con pantalones. En los años setenta estas reglas cayeron en desuso y se impuso una menor rigidez general y también una mayor igualdad de género.

Haciendo memoria, el ingeniero Marcial Blondet relata: «Yo me acuerdo de haber dado una práctica de Mecánica de Fluidos con un abrigo gruesísimo, que me hacía sudar muchísimo, al grado que caían gotas en el cuadernillo, pero el jefe de prácticas no me permitió quitarme la ropa gruesa».

En 1971 la FEPUC fue ganada por el Frente Revolucionario de Estudiantes Socialistas y el primer presidente socialista fue Javier Diez Canseco, quien fue suspendido luego de protagonizar un incidente con el rector durante una huelga conjunta de trabajadores y estudiantes. Dos años después se produjo una crisis con los delegados estudiantiles de la Facultad de Derecho. En ese caso la protesta fue liderada por dos estudiantes que se oponían a las reformas impulsadas por el grupo renovador de profesores conocido como los Wisconsin Boys. Según el parecer de estos delegados estudiantiles, el cambio de los planes de estudio había introducido el marxismo en la enseñanza del derecho. Como el incidente alcanzó elevada repercusión pública y las acusaciones subieron de calibre, ambos delegados estudiantiles fueron expulsados.

Ese año, 1973, se generó un conflicto significativo que alteró la relación entre la universidad y la Iglesia. Un destacado profesor de derecho se divorció y contrajo otra

relación, motivando la presión de los sectores más conservadores, que pidieron su separación de la cátedra. Ello no ocurrió y el rector Mac Gregor permitió que siguiera dictando sus cursos. Por ese motivo, el gran canciller, cardenal Landázuri, renunció a su cargo y se alejó temporalmente de su función en la universidad. Según manifestó por escrito tiempo después, fue «un momento muy ingrato», pero se superó, porque años después, poco antes de su retiro como arzobispo de Lima, «la universidad decidió solicitarme que volviera a asumir el título de gran canciller, a lo que accedí escuchando al episcopado y consultando a Roma».

De este modo hubo unos diez años durante los cuales el cardenal Landázuri no ejerció como gran canciller, aunque retornó a esa función al final de su periodo como arzobispo. Inclusive, una vez retirado de su cargo eclesiástico la universidad le concedió un doctorado *honoris causa* y accedió gustosamente, participando de una ceremonia muy lucida y mostrando que había recompuesto sus relaciones con nuestro centro de estudios.

En agosto de 1975, el general Francisco Morales Bermúdez derrocó al general Velasco e inauguró la así llamada «Segunda Fase» del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. A partir de entonces declinó el rumbo radical que habían adoptado las medidas de cambio social y económico. Por el contrario, el curso político fue volviendo paulatinamente a las viejas usanzas y despertando a los mismos actores políticos. Durante la gestión de Morales Bermúdez se produjo la transición en el rectorado de la PUCP: el padre Mac Gregor culminó su larga gestión y el ingeniero José Tola inició la suya.

Después de un gran paro nacional en julio de 1977, el general Morales Bermúdez convocó a elecciones para una Asamblea Constituyente y luego a un proceso de elecciones generales para el traspaso del poder a la civilidad. Con ello concluyeron doce años de experimento militar reformista y el país recibió con satisfacción el retorno de la democracia. Era un momento de optimismo. Se pensaba que el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas había realizado las indispensables reformas sociales y que a continuación el retorno de la democracia haría al país por fin libre y moderno.

4.

Los años críticos

Rectorados de José Tola Pasquel
y Hugo Sarabia Swett

1977-1994

El lapso comprendido entre el fin de la década de los setenta y mediados de los noventa correspondió a tiempos decisivos tanto en el mundo como en nuestro país. A escala internacional se sucedieron profundas transformaciones políticas y revoluciones tecnológicas, mientras que el Perú sufría una intensa crisis estructural. Durante la década de 1980 en la esfera internacional se produjeron la revolución informática, el renacimiento de las teorías liberales y sobre todo el fin de la Guerra Fría. Las computadoras personales y la tecnología de la informática, inicialmente solo accesibles a grandes corporaciones y universidades, llegaron a los individuos y hogares transformando la comunicación, los espacios laborales y las formas de entretenimiento. Gracias a ello se generaron nuevas formas de aprender e interactuar. A nivel político, se produjo un renovado empuje por la libertad comercial y una mayor integración a escala planetaria. Esta globalización económica coincidió con levantamientos populares anticomunistas en Europa del Este, la caída del Muro de Berlín y, a continuación, la disolución de la Unión Soviética. La caída de su rival posicionó a los Estados Unidos como potencia hegemónica y al sistema capitalista como vencedor de la confrontación con el comunismo internacional.

En el contexto local, este periodo implicó una crisis general que abarcó las esferas política, económica y social. La deuda externa, la hiperinflación y la violencia interna marcaron el retorno a la democracia. Como consecuencia, la ciudadanía sufrió de forma cotidiana los efectos de la devaluación de la moneda nacional, el desempleo, el desorden urbano y la violencia.

Particularmente dramático fue el accionar del Partido Comunista del Perú, Sendero Luminoso, cuya violencia terrorista sacudió al país y con particular dureza se ensañó con la región Ayacucho y el sur andino del país. La PUCP no fue ajena a estos cambios y circunstancias. Estudiantes y profesores debieron sobrellevar estos años de crisis y violencia, en los que hubo permanentes apagones, huelgas y carencias económicas, y a la par buscar formas de asegurar la calidad educativa, la renovación de la infraestructura y el acceso a la información científica.

Durante el primer Gobierno de Alan García (1985-1990) la inflación perdió todo control, ante lo cual la incertidumbre se apoderó de la comunidad académica y la PUCP tuvo que tomar medidas extraordinarias. La crisis y la violencia obligaron a innovar en materia institucional y reforzaron el espíritu de responsabilidad ante el país que siempre fue una característica central de la Universidad Católica.

Autoridades y profesores

El ingeniero y matemático José Tola Pasquel fue nuestro primer rector laico. Tuvo una gestión de doce años de duración, entre 1977 y 1989, pues fue elegido en dos periodos consecutivos. Nació en Lima en 1914, estudió la primaria en el colegio San José de Cluny de Barranco y la secundaria en el colegio San Luis de los hermanos Maristas. Fue docente desde el año 1938, decano de la Facultad de Ingeniería y autor de textos de matemáticas. Como rector prestó particular importancia al impulso del posgrado y buscó asegurar la calidad del pregrado. Creía en una selección rigurosa de estudiantes y profesores para asegurar la excelencia educativa. Con el fin de generar mejores condiciones para la investigación promovió la construcción de aulas, anfiteatros, bibliotecas y laboratorios. Pensaba que el rol de la universidad era conservar, crear y transmitir conocimiento, particularmente en aquellas áreas vinculadas al desarrollo del país y a la mejora de las condiciones de vida de los peruanos de menos recursos.

El ingeniero Tola consideraba que la investigación era una función esencial de la universidad, pues iba directamente de la mano con el desarrollo del país. Según señaló, «la investigación desempeña en la labor universitaria un papel esencial. Para la enseñanza, particularmente en los niveles más avanzados, constituye el medio más eficaz para que los estudiantes, trabajando al lado y con el asesoramiento de sus maestros, adquieran la competencia y experiencia que son indispensables tanto para el ejercicio de la docencia como para actuar en la investigación por propia cuenta».

Además de sus responsabilidades en la PUCP, el ingeniero Tola también colaboró con una serie de entidades científicas: ejerció la presidencia de la Sociedad Matemática Peruana, de la Academia Nacional de Ciencias del Perú y del Centro Interuniversitario de Desarrollo Andino (CINDA). Por su labor docente, el Estado peruano le concedió las Palmas Magisteriales en el grado de Amauta y el Gobierno francés le otorgó las Palmas Académicas. En 1990 fue nombrado director de la Escuela de Graduados de la PUCP, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento.

Una frase del doctor Tola evidencia nítidamente su pensamiento sobre el papel de la enseñanza superior: «Es necesario reconocer que la primera y principal función de la universidad es formar a hombres y mujeres en los niveles más altos de la cultura, la ciencia, la técnica y las artes. Esta ha sido y es su función fundamental».

En 1989 la comunidad universitaria eligió como rector al ingeniero y también matemático Hugo Sarabia Swett, quien desarrolló su gestión a lo largo de cinco años, entre 1989 y 1994. Estudió una maestría en matemáticas en la Universidad de Notre Dame

63**64**

en Estados Unidos, y en la PUCP fue docente de Cálculo Infinitesimal desde 1958. Fue jefe del Departamento de Ciencias, director de la Dirección Universitaria del Régimen Académico de los Profesores (actual DAP) y vicerrector durante los doce años de gestión del doctor Tola. Como máxima autoridad universitaria atravesó exitosamente un periodo muy difícil, conduciendo a la universidad en una época crítica desde un punto de vista tanto económico como político. Su importante papel como rector estuvo centrado en sostener la excelencia académica de la universidad en un contexto nacional marcado por la hiperinflación, la crisis económica, la violencia política, los paros y los apagones.

Con el fin de mantener el campus como un lugar idóneo para la formación educativa y el trabajo intelectual, el rector Sarabia mantuvo en buena condición la infraestructura de aulas y jardines, evitó las pintas alusivas a la violencia política y mejoró las bibliotecas, tanto en términos de locales como en contenido bibliográfico. Una preocupación central de su periodo fue que los alumnos no abandonaran los estudios por falta de recursos económicos. Tras su gestión rectoral, se reincorporó a la actividad docente.

En su caso, una cita lo retrata de cuerpo entero: «Frecuentemente, los antiguos exalumnos de la Facultad de Ingeniería hacemos referencia al ‘espíritu de la facultad’. ¿Cuál es este espíritu? Exactamente no lo sé, pero seguramente nos referimos a las características especiales que le impusieron sus fundadores al crearla y que todos esperamos prevalezcan en el tiempo: exigencia y rigurosidad académica, fundamentos sólidos en las ciencias básicas y en la ingeniería, inculcar en los alumnos los hábitos de estudio, el orden y la puntualidad, insistir en la importancia de actuar con honestidad y responsabilidad en todos los actos. Las primeras promociones de la facultad, que conocieron a don Cristóbal de Losada y Puga, lo reconocen como el forjador de la facultad y de su espíritu».

Vida académica

Una gran novedad de estos años fue el crecido número de nuevas especialidades a nivel de pregrado, así como el énfasis en el posgrado como espacio central de formación del investigador. En el caso de la Facultad de Ciencias e Ingeniería se vivió un proceso de expansión general, tanto en el número de estudiantes y profesores como de especialidades, y en la construcción de nuevos laboratorios y talleres. La universidad logró atraer el apoyo de diversas fuentes para afrontar esta diversificación en esos tiempos tan críticos, y sobre todo para la construcción de los laboratorios y pabellones que albergaron a las nuevas especialidades. Cabe destacar el aporte de importantes empresas privadas, la

65 66

67 68

generosa colaboración de gobiernos extranjeros —Francia, Gran Bretaña, Países Bajos, Italia, República Federal Alemana— y, finalmente, el apoyo de organismos internacionales como la Fundación Ford y la Cooperación Alemana, entre otros.

Muchas especialidades fueron fruto de cursos o maestrías ya existentes cuya demanda laboral empujó a que se convirtieran en carreras independientes. Así, por ejemplo, en 1982 nació la especialidad de Ingeniería Industrial, independizándose de Ingeniería Mecánica, y en 1987 la carrera de Ingeniería Electrónica.

Según recuerda Eduardo Ísmodes, quien asumió la coordinación de esta especialidad en 1989, «las tesis de los estudiantes de Ingeniería Electrónica debían ser útiles al país y por ello se subrayaba la importancia de tener contacto con la realidad nacional desde el inicio de la carrera. Innovación y desarrollo, pero pensando en el país, fueron aspectos centrales en la formación de la especialidad». De ella surgieron los laboratorios de sistemas eléctricos, control y automatización, y telecomunicaciones.

La revolución informática conllevó a la creación de la especialidad de Ingeniería Informática en 1990, debido a la demanda de profesionales en este rubro que se hizo patente a lo largo de la década anterior. El uso más extendido de las computadoras hizo necesario formar profesionales capacitados en el diseño de software y programación.

Como lo recuerda el doctor César Carranza, en relación a la Maestría de Informática, creada de forma previa a la especialidad: «Su creación en 1986 obedeció a la necesidad de formar profesionales altamente capacitados para promover orientar y desarrollar el campo de la informática, satisfaciendo las demandas de aplicaciones directas en los distintos campos de la actividad social y económica del país, así como, la urgencia de preparar investigadores y docentes universitarios para la carrera de informática que se debía establecer en el nivel de pregrado en la PUCP». Como señala el profesor Andrés Héctor Melgar: «Desde entonces hasta ahora ha habido enormes avances en la especialidad y la informática ha evolucionado tremendamente. El acceso a internet, la aparición de los teléfonos inteligentes, la masificación de las computadoras, la inteligencia artificial están transformando los estilos de vida de los estudiantes y la población en general. En la actualidad los alumnos tienen la ventaja de tener acceso a laboratorios y talleres; es decir, tenemos la tecnología a la mano y ello ofrece una mirada mucho más global a la enseñanza. No estamos en la edad de la carreta sino a la par con cualquier universidad latinoamericana de primer nivel».

Así como en el caso de Ciencias e Ingeniería, en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas se produjo también un crecimiento importante en cuanto al número de especialidades. Aparecieron las carreras de Arqueología (1983) promovida por los docto-

res Peter Kaulicke y Krzysztof Makowski; Geografía (1985) actualmente Geografía y Medio Ambiente, impulsada en sus inicios por los doctores Hildegardo Córdova y Nicole Bernex; Ciencias de la Información (1986) tuvo como principal promotora a la doctora Carmen Villanueva y recibió apoyo del Gobierno británico. En el caso de Trabajo Social (1984) su origen es el Instituto Familiar y Social, que en setiembre de 1955 se transformó en Escuela Social. En 1971 esta escuela se convirtió en la sección de Servicio Social del Programa Académico de Letras, y desde 1978 pasó a ser el Programa Académico de Trabajo Social, hasta su regreso como sección de la Facultad de Letras. Se creó además el Departamento de Humanidades, que desde entonces tiene a su cargo la coordinación de los docentes de las distintas disciplinas humanísticas. El primer jefe del Departamento fue el padre Gerardo Alarco Larrabure, célebre profesor de Filosofía Medieval y figura señera de la PUCP.

En esta etapa se impulsó decididamente el posgrado. En 1984, el Programa Académico de Perfeccionamiento, que había sido fundado en 1971, se convirtió en la Escuela de Graduados. A las ya existentes maestrías de Antropología, Ingeniería, Matemáticas, Química, Sociología y Economía se sumaron en dicho año las maestrías de Filosofía, Historia, Lingüística Hispánica y Literatura Hispánica. En los años siguientes se sumaron Arqueología, Química Nuclear y Derecho —con mención en Derecho Civil y Derecho Internacional Económico—, Educación —con mención en Planificación de la Educación y en Enseñanza de la Matemática e Informática—. Hoy en día la Escuela de Posgrado ofrece más de ochenta programas entre doctorados y maestrías.

Como reflexiona el doctor Ciro Alegría, «a nivel país es recién en los últimos años que se le está dando la valoración que corresponde al posgrado, donde se forma a los investigadores y se mantienen relaciones estables con la comunidad académica a nivel internacional».

Ante la crisis económica, que afectó a la PUCP, las autoridades buscaron nuevas formas de generar recursos, como el incremento de servicios a terceros y cursos de extensión. Las dificultades financieras de la universidad eran consecuencia de la crisis económica nacional, que generaba retrasos en los pagos de las boletas, además del progresivo retiro de la subvención que el Estado otorgaba a la universidad. Del mismo modo, se registró una reducción de las donaciones privadas. La escasez de recursos y el afán por evitar que los estudiantes desertaran por dificultades económicas incentivó la apertura de nuevos espacios de la universidad. Por ello, se organizó el Centro de Preparación Pre-universitaria (Ceprepuc), el Centro Cultural de San Isidro y el Instituto de Idiomas, y se potenció el Centro Comercial Plaza San Miguel. En el año 1990 se adoptó una decisión trascendental a nivel de organización interna, al formarse la Dirección de Finanzas con el

fin de incrementar los ingresos a partir de una administración más moderna de los recursos y propiedades de la PUCP.

Como vimos, en 1986 se había fundado el Instituto de Idiomas y desde entonces su local estuvo ubicado en la avenida Camino Real en San Isidro. Asimismo, en 1988, empezó sus labores el Centro Preuniversitario en el Colegio Juan XXIII. A continuación, en 1990, el ingeniero Giuffra, entonces director académico de Economía, propuso establecer un centro que desarrollara la enseñanza de la informática entre personas y empresas interesadas. Gracias a su iniciativa, en febrero de 1991 se creó de forma oficial el Instituto de Informática de la PUCP. En esa misma línea, en 1992 se creó Centro de Servicios y Transferencia Tecnológica (CTT), organizado según características propias de una empresa privada; es decir, con cierta autonomía logística, presupuestal y financiera.

Como señala Carlos Wendorff, «su finalidad era organizar los servicios que la universidad presta a la sociedad, sobre todo en el trabajo de laboratorios, generándose pedidos de servicios de la universidad a terceros». Este centro abrió a los profesores que prestaban ahí sus servicios la oportunidad de obtener ingresos adicionales en época de crisis económica. Posteriormente, en el año 2002 esta entidad se transformó en INNOVA PUCP. Así, esta especial unidad de la universidad es un centro de consultorías y servicios integrados para la empresa privada, el sector público y la sociedad civil. La universidad forjó su propia consultora para proyectos a ser realizados fuera del campus, buscando una intervención directa en iniciativas que buscan mejorar la eficiencia del sector privado y público.

En el terreno cultural fue muy importante la creación en el distrito de San Isidro del Centro Cultural de la PUCP, que fue inaugurado el año de 1994 como un espacio de extensión universitaria dirigido al público. Desde sus inicios fue conducido por Edgar Saba y actualmente se halla a cargo de Alicia Morales. El Centro Cultural fue concebido para producir teatro, danza, música, cine, exposiciones de arte y conferencias que contribuyan al enriquecimiento del quehacer cultural del país. Una de las motivaciones del Centro Cultural es el enriquecimiento individual y colectivo a partir del arte. En 1997 se organizó la primera edición del Festival de Cine de Lima, que al día de hoy ha celebrado veinte ediciones, con un éxito rotundo que ha prestigiado a la universidad y la ha colocado a la vanguardia de la difusión del cine latinoamericano en el país. A la misma vez, el festival ha servido de plataforma para visibilizar regionalmente películas y documentales hechos en el Perú.

Como señaló Salomón Lerner Febres en el discurso inaugural del año 1998: «El reconocimiento que la sociedad dispensa a la PUCP no es solamente por su prestigio

70

71

académico, sino también por las actividades complementarias que realizamos en pos de la formación integral de los alumnos en el plano de la cultura. Así, cada día muestran mayor actividad el Centro Cultural; el Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana; la Escuela de Teatro y Centro de Música y Danzas de la Universidad, y el Fondo Editorial».

Vida institucional

En 1983, la Facultad de Ciencias e Ingeniería cumplió cincuenta años de existencia. El entonces presidente de la República, arquitecto Fernando Belaunde Terry, exprofesor de la facultad, ofreció una clase magistral sobre urbanismo e inauguró una placa conmemorativa.

En dicha ceremonia, el ingeniero Giuffra, quien era el decano de la Facultad, pronunció un discurso en el que sostuvo que «desde un primer momento los estudios tuvieron ciertas características que los años han sabido mantener. Si tuviera que definir estas características en pocas palabras yo diría: seriedad, excelencia académica, responsabilidad, énfasis en el estudio de las matemáticas y de las ciencias básicas, uso de bibliotecas, laboratorios y talleres, combinación armónica de los estudios teóricos y prácticos».

Durante este periodo se confirieron doctorados *honoris causa* a distinguidas personalidades, como el doctor Amadou-Mahtar M'Bow, director general de la UNESCO, en 1977, y al año siguiente al renombrado escritor argentino Jorge Luis Borges. En 1986 la PUCP otorgó el grado de doctor *honoris causa* al cardenal Joseph Ratzinger, entonces prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe y posteriormente papa Benedicto XVI, «en razón de su destacada labor universitaria y de su valiosa contribución al pensamiento filosófico y la teología Católica».

En 1989, autoridades universitarias y egresados se reunieron para formar una entidad que agrupara a los graduados y egresados de la PUCP. La Asociación de Egresados y Graduados (AEG) cumple un papel central en la convocatoria de actividades de alta recordación y en mantener el vínculo entre los egresados y la universidad a partir de los almuerzos de confraternidad y las premiaciones a exalumnos distinguidos. En la actualidad la asociación cuenta con más de 18 000 asociados y es dirigida por el doctor Alberto Varillas, quien fuera secretario general de la universidad.

En esos años los estudiantes se embarcaron en una serie de iniciativas académicas y deportivas, y disminuyó la radicalización política de los decenios anteriores. Por ejemplo, en 1990 se llevó adelante el primer Coloquio Internacional de Estudiantes

de Historia, que se ha constituido en el evento académico estudiantil de mayor duración, pues cuenta con más de veinticinco ediciones durante las cuales los estudiantes de historia de diferentes casas de estudio nacionales e internacionales exponen sus últimas investigaciones y proyectos. Posteriormente los coloquios estudiantiles se han extendido a una serie de especialidades y actualmente constituyen parte de la marca de fábrica de la PUCP, una institución donde los alumnos distinguidos presentan investigaciones y se relacionan con sus profesores en eventos académicos.

Por su parte, los Juegos Interfacultades son la fiesta deportiva más importante de la PUCP. Desde el año 1993, la versión moderna que se desarrolla en Pando ha prolongado el espíritu de las olimpiadas de los años treinta, reuniendo a miles de competidores.

En 1992, con motivo de los 75 años de creación de la universidad, las autoridades organizaron coloquios, seminarios, congresos, conciertos, juegos deportivos, presentaciones teatrales y otros eventos, con el fin de mostrar al país la variedad de la oferta artística, cultural y científica que la PUCP brinda a la comunidad. El acto central se desarrolló en el Teatro Municipal de Lima el 30 de setiembre. En esta oportunidad se rindió homenaje a los profesores eméritos en presencia del entonces presidente de la República y del gran canciller de la universidad.

Infraestructura

No obstante la crisis económica, durante este periodo las autoridades universitarias lograron canalizar fondos y continuar con la obra de equipar y levantar el campus de Pando. Por ejemplo, como se vio antes, en marzo de 1977 se creó el Centro de Asesoría Pastoral Universitaria (CAPU) por acuerdo del Consejo Ejecutivo de la PUCP. El padre Alberto Rodríguez, S.J., fue nombrado primer director. En octubre de 1977 se inauguró la capilla con una misa concelebrada. La colonia japonesa en el Perú y la Fundación Adveniat contribuyeron con parte de los fondos para su construcción.

La iniciativa económica más importante fue la construcción del Centro Comercial Plaza San Miguel, en 1976. La idea de la universidad fue levantar el primer complejo comercial moderno del país. La PUCP estaba buscando nuevas formas de financiamiento y su idea era contar con un negocio propio que fuera alquilado a compañías comerciales. Con los años Plaza San Miguel transformó la vida mercantil de la ciudad de Lima. Inclusive, en ocasión de la visita al Perú del papa Juan Pablo II, en 1988, en este lugar se desarrolló una misa a la que acudieron cientos de miles de fieles.

73

74

La centralización de los recursos informativos para alumnos y profesores empezó desde el rectorado de monseñor Tubino, pero fue recién a mediados de la década de 1970 que empezó la construcción de la Biblioteca Central, que se inauguró en noviembre de 1978, durante el rectorado de José Tola, gracias al apoyo del Banco Continental. La Biblioteca Central de la PUCP, hoy Biblioteca Luis Jaime Cisneros, alberga las colecciones bibliográficas para las áreas de humanidades, derecho, educación, arte, entre otras, así como numerosas colecciones especiales, convirtiéndola en una de las bibliotecas universitarias más importante del país. En su conjunto el sistema de bibliotecas de la PUCP contiene más de 300 000 ejemplares de libros y 200 000 revistas. Asimismo, como hemos visto, en el afán de preparar integralmente al profesional de biblioteca, desde inicios de los años ochenta se creó la especialidad de Ciencias de la Información, con apoyo del Gobierno británico.

75

Debido al crecimiento en el número de estudiantes de derecho, durante el decanato de Fernando de Trazegnies se impulsó la construcción de un nuevo pabellón, puesto que desde 1975 la facultad funcionaba en un local provisional. Este nuevo edificio se inauguró en 1988 y al año siguiente se completó el Auditorio de Derecho, siendo decano Lorenzo Zolezzi. Este auditorio tiene una capacidad para cuatrocientas personas y por sus dimensiones es el espacio ideal para las ceremonias académicas más significativas de la universidad. Tanto el pabellón como el auditorio fueron posibles gracias a las donaciones de egresados, empresas y estudios de abogados.

Por su parte, en 1979 la universidad también construyó el Laboratorio de Ingeniería Estructural, bautizado Cristóbal de Losada y Puga en recuerdo del ilustre matemático y ministro de Estado bajo el Gobierno de Bustamante. Para ello, la PUCP contó con aportes de los gobiernos peruano y holandés. En la ceremonia de inauguración actuó como padrino el ingeniero Fernando Giuffra y como madrina Vera de Rosas. La contribución de los ingenieros a la universidad se reforzó con la creación del Centro de Cómputo y el nombramiento del ingeniero Jorge Solís como su director. El primer computador, una IBM 1130, con una memoria de 64K, fue ubicada en el sótano de la Facultad de Ingeniería. Al respecto, recuerda el ingeniero Guzmán Barrón: «Nosotros fuimos los primeros en hacer los cálculos de notas con la computadora, fuimos los primeros en tener todo registrado y en creer que la computadora podía hacer eso».

76

A inicios de los noventa el Centro de Cómputo pasó por renovaciones importantes, en particular en relación a la administración por sistemas abiertos, la interconectividad con redes internacionales, redes internas de conectividad en la PUCP y el acceso a internet de forma descentralizada. Se empezaron a establecer más terminales y salas

77 78

de computadoras en la universidad. Desde 1995 el Centro de Cómputo pasó a ser la Dirección de Informática, de la cual surgió posteriormente la Dirección de Informática Académica. Actualmente el área informática ha sido centralizada en la Dirección de Tecnología de la Información.

Investigación y publicaciones

Un esfuerzo central de este periodo fue la creación y difusión de conocimiento. Para ello se crearon nuevos centros de investigación que aglutinaron intereses interdisciplinarios y de promoción de la cultura. Un paso importante fue la reorganización del Fondo Editorial PUCP en 1977. Entre las numerosas publicaciones e investigaciones publicadas por el Fondo Editorial de la PUCP en esta etapa, podemos destacar *El sincretismo latinoamericano*, de Manuel Marzal (1984); *El sistema jurídico: introducción al derecho*, de Marcial Rubio Correa, (1984); *Derecho constitucional general*, de Marcial Rubio Correa y Carlos Blancas (1986); *La cuestión rural en el Perú*, de Javier Iguñiz (1986); *La economía campesina de la Sierra del Perú*, de Adolfo Figueroa (1987); y *Religión y evangelización en Vilcabamba (1572-1612)*, de Liliana Regalado (1992).

En este periodo, específicamente en 1979, se inauguró el Museo de Artes y Tradiciones Populares del Instituto Riva-Agüero, con el propósito de salvaguardar el patrimonio de los pueblos originarios. Este museo, con el paso del tiempo, ha reunido una de las colecciones etnográficas más importantes del país y probablemente la más voluminosa en cuanto a arte popular se refiere. Actualmente dirigido por Luis Repetto, desarrolla vigorosamente una importante labor de difusión cultural, plenamente integrado al circuito museístico del centro de Lima.

A inicios de los años ochenta, a partir de una iniciativa del doctor Franklin Pease, se establecieron contactos con la Embajada del Japón en el Perú con la idea de reforzar iniciativas académicas y culturales entre ambos países. El doctor Salomón Lerner Febres, entonces jefe del Departamento de Humanidades, planteó establecer un centro permanente de estudios asiáticos, que derivó en el Centro de Estudios Orientales, que inició sus actividades en 1988 y desde entonces se ha convertido en un referente nacional de promoción de la cultura oriental en el país. El doctor José León Herrera fue nombrado director y Oscar Mavila secretario ejecutivo.

Otro importante instituto académico que nació en esta época fue el Instituto de Etnomusicología, que se inició como el Archivo de Música Tradicional Andina. Entre sus primeros esfuerzos se organizó un archivo etnográfico de grabaciones sonoras bajo la

dirección del antropólogo Juan Ossio y con recursos de la Fundación Ford, y en 1985, con el apoyo del Instituto Riva-Agüero se empezaron a hacer grabaciones en el valle del Mantaro y a publicar discos fruto de estas experiencias de campo. En el año 2006 se convirtió en el Instituto de Etnomusicología (IDE) como una unidad interdisciplinaria de investigación que se enfoca en el estudio de la música en su propio contexto social y cultural. El Instituto de Etnomusicología ha reunido el más amplio archivo audiovisual etnográfico del país y ha promovido amplias investigaciones que han resultado en decenas de discos, libros y documentales.

Como lo señala su director, el doctor Raúl Renato Romero, «fenómenos como la globalización y los proyectos de desarrollo que no toman en cuenta las diferencias étnicas ni las capacidades creativas particulares ponen en peligro la diversidad cultural; así, las culturas locales se sienten desvalorizadas y sus derechos poco respetados. Por el contrario, el Instituto de Etnomusicología pretende promover la diversidad y creatividad cultural de nuestros pueblos, optimizando la potencialidad de las expresiones culturales para forjar recursos y fortalecer lazos comunitarios y propuestas de desarrollo local insertadas en una dinámica global».

El fin de una era

Al comenzar los años noventa, el mundo experimentó numerosas transformaciones que terminaron con una era que venía prolongándose por más de medio siglo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Esas transformaciones también alcanzaron a Latinoamérica y al Perú e influyeron en forma considerable en el devenir de la PUCP.

Los acontecimientos comenzaron por el desenlace del largo enfrentamiento que a escala internacional habían protagonizado la Unión Soviética y los Estados Unidos conocido como la Guerra Fría. Esta denominación se debió a que el enfrentamiento se dio a través de terceros países, y excluyó el choque directo entre las superpotencias. La Guerra Fría terminó con el triunfo de los Estados Unidos debido al derrumbe de su rival, afectado por rebeliones populares internas y el desmoronamiento del sistema de partido único. Al resolverse la gran contradicción que surgió de los escombros de la Segunda Guerra Mundial, el sistema capitalista y el mercado global abrieron la era del neoliberalismo y del llamado Consenso de Washington. Esta poderosa tendencia internacional llegó a América Latina y el Perú fue uno de los países que la adaptó con mayor entusiasmo.

Las fuerzas económicas que liberaron estas contradicciones produjeron una globalización del comercio internacional a una escala nunca vista. La multiplicación de

los intercambios se dio en diversos niveles, beneficiando al capital y a las mercancías, pero sin abarcar el movimiento de las personas que, por el contrario, iban teniendo progresivamente mayores dificultades para migrar de los países atrasados a los económicamente poderosos. Actualmente los migrantes constituyen la punta del *iceberg* de las profundas crisis que sacuden a Europa contemporánea.

La circulación internacional del capital se vio favorecida por un conjunto de innovaciones tecnológicas que comprendieron aviones, barcos y puertos para facilitar el transporte y la transformación progresiva del planeta en un solo mercado integrado. Esta revolución tecnológica modificó la vida de las personas, porque fue en estos años que se extendieron las computadoras personales y se preparó el camino para el salto adelante de las comunicaciones que se produjo en la década siguiente.

Por su parte, nuestro país había vivido con gran dificultad la llamada «década perdida» de los ochenta. Un cruel levantamiento terrorista unido a una crisis económica muy profunda desató fuerzas sociales que desbordaron completamente la capacidad del Estado. Adicionalmente, una elevada corrupción había desprestigiado a las fuerzas políticas, generando condiciones para el autogolpe de Estado que protagonizó el entonces presidente Alberto Fujimori.

A partir de ese momento se inició un proceso complejo que comprendió un sostenido crecimiento económico que produjo gran alivio a una población bastante estresada por las enormes carencias de los años anteriores. Sin embargo, este mismo Gobierno cometió abusos de derechos humanos que posteriormente llevaron a prisión al expresidente Fujimori, sentenciado por un conjunto de casos, algunos de los cuales aceptó para evitar un juicio público.

En este periodo, la PUCP asumió nuevos retos que demostraron su fortaleza estructural. En primer lugar, tuvo que hacer un esfuerzo sostenido en procura de la internacionalización. Es cierto que el rectorado del padre Mac Gregor ya había colocado a la universidad en esta línea, pero en estos años tuvo que dar un salto adelante para conservar el ritmo de un planeta que se movía cada vez más rápido. En este caso, la internacionalización tenía un contenido tecnológico. Se estaban viviendo profundos cambios de la producción y transmisión del conocimiento. Con el aporte de las nuevas tecnologías, tanto el análisis científico como la enseñanza universitaria dejaron de lado procedimientos que habían sido establecidos siglos atrás. Entre los años ochenta y noventa la pizarra, la tiza y las fichas fueron sustituidas por las computadoras y los proyectores, y con ello hubo grandes cambios en la enseñanza universitaria.

Otro desafío de gran envergadura fue superar la profunda crisis económica nacional de aquellos días. Como sabemos, esta adquirió gran profundidad debido a la combinación de varios factores que incidieron negativamente en el país. En primer lugar, la economía internacional pasó una larga temporada a la baja, caracterizada por el flujo del capital de los países pobres a los ricos. A continuación, la impericia de los gobiernos de los ochenta, particularmente en el segundo lustro, llevaron a la economía nacional al desbarajuste más severo de la historia contemporánea. Luego, la insania del terrorismo que destruyó vidas humanas e infraestructura básica en un grado igualmente inmenso, afectando la capacidad del país para afrontar la crisis y más bien agudizando sus consecuencias. Finalmente, un fenómeno El Niño devastador generó el mayor retroceso económico del siglo XX. De este modo, el escenario de pobreza generalizada y de desánimo ganó al país.

Hoy en día nos hemos olvidado o somos demasiado jóvenes para haberlo vivido, pero en aquellos días muchos alumnos no podían pagar las boletas, los cortes de luz eléctrica impedían el normal dictado de clases y los sueldos de los profesores se hacían humo a causa de la hiperinflación. Además, era necesario seguir produciendo conocimiento y transmitir confianza en la viabilidad del país y en la solidez de las carreras profesionales. Ante la profundidad de la crisis, fue necesario apelar a las reservas morales y la PUCP mostró que disponía de un fondo muy rico. El verdadero tesoro que había sembrado el padre Dintilhac consistía en haber establecido con claridad una misión y haber reunido las fuerzas para cumplirla. La enseñanza superior de calidad inspirada en valores católicos fue la divisa que permitió a los rectores de esta época difícil superar el trance, proyectando el rumbo de la PUCP hacia la excelencia.

5.

La universidad de la globalización

Rectorados de Salomón Lerner Febres,
Luis Guzmán Barrón y Marcial Rubio Correa

1994-2016

El contexto

Desde la caída de la Unión Soviética el sistema capitalista domina el planeta sin mayor competencia. En una primera fase el mercado extendió sus ramificaciones y se vivió una época expansiva y de crecimiento económico a nivel global. Luego, en el año 2008, se precipitó una seria crisis cíclica del sistema, comprometiendo sobre todo a las potencias centrales: los Estados Unidos y la Unión Europea. Esta crisis fue fruto de un periodo de desregulación que había dado origen a un crecimiento especulativo, que terminó cuando se desinflaron varias burbujas financieras, empezando por los bienes raíces en el llamado Primer Mundo. La crisis no terminó como habitualmente, en una gran destrucción de capital, porque los gobiernos intervinieron para inyectar dinero fresco en el sistema bancario y evitar la ruptura de la cadena de pagos. Este aporte de capital continúa hasta el día de hoy, pero no ha tenido fuerza suficiente para recuperar la senda del crecimiento y ha dado lugar a un estancamiento prolongado.

Durante los últimos años la nueva locomotora de la economía mundial ha sido la China y en general el Asia Oriental. Gracias a ello, las economías latinoamericanas atravesaron una bonanza excepcional, exportando materias primas hacia el nuevo mercado asiático y a la cuenca del Pacífico. El Perú participó en un lugar destacado de esta nueva tendencia y atravesó unos años de excelentes resultados macroeconómicos, si bien la economía de la población de a pie no resultó tan beneficiada. De todos modos hubo bastante optimismo, que contrastaba fuertemente con el ambiente depresivo que se vivía veinte años atrás.

A partir de los años noventa se han sucedido profundos cambios de la sociedad y el Estado. Esa década, en términos económicos, implicó el inicio de un sostenido crecimiento del PBI, aunque con alta desigualdad e informalidad. Además, en ese momento se vivió una nueva ruptura del orden democrático debido al autogolpe de 1992 y a la pérdida de institucionalidad que generó una elevada corrupción en el Estado. Luego, la transición democrática despertó grandes ilusiones, pero las promesas de reforma institucional se fueron desvaneciendo. Sin embargo, en este ciclo se formaron nuevas clases medias y se amplió considerablemente el número de peruanos con capacidad de consumo y decisión en asuntos nacionales. El Perú dejó de ser un país con una pequeña élite y una gran masa sin derechos; por el contrario, el Perú de los últimos años registra el crecimiento y fortaleza de la sociedad civil, aunque en un contexto de débil institucionalidad y dificultades para armonizar las expectativas ciudadanas con la modernización del Estado. Así, entre los peruanos y peruanas de hoy son elevadas tanto las expectativas como las desconfianzas.

A nivel educativo, la PUCP tuvo que afrontar los retos de un mundo cada vez más globalizado y un entorno nacional complejo, caracterizado en primer lugar por la aprobación del DL 882 de 1996, Ley de promoción de la educación superior, que abrió las puertas para una explosión de universidades, que saltaron en pocos años de menos de treinta a más de cien. Algunas de estas nuevas instituciones educativas mostraban poco interés en la rigurosidad de la formación profesional, y la extensión de la cobertura y la inversión privada no fueron acompañadas por una mejora de la calidad en la educación superior. Debido a ello las autoridades y docentes de la PUCP entendieron que nuestra universidad no debía seguir esta lógica de universidad-empresa y que, por el contrario, la adecuación a un tiempo de cambios debía sostenerse en los valores fundacionales y su sentido de excelencia y responsabilidad para con los estudiantes y el país.

Durante este periodo las autoridades universitarias replantearon determinados aspectos de la gestión para adecuarse a los nuevos tiempos, buscando proyectar los valores fundacionales: honestidad, justicia, liderazgo, pluralismo, solidaridad y tolerancia. Se puso énfasis en desarrollar la imagen institucional y fomentar la identificación institucional entre los miembros de la comunidad PUCP, para lo cual se desarrollaron campañas internas y externas que tuvieron por objeto lograr reconocimiento como una universidad que aspira a la excelencia académica, que genera conocimiento y que asume su responsabilidad para con su entorno y el país. En esta línea, desde el año 2005 la PUCP publica *PuntoEdu*, un periódico semanal que se distribuye gratuitamente dentro y fuera del campus, publicación que se ha vuelto un referente de opinión e información para la comunidad universitaria.

El fortalecimiento de la imagen institucional se tradujo en la renovación del proceso de admisión con el fin de captar a los alumnos más talentosos del país. En el contexto de cambio de milenio, la universidad encaró la intensificación de la globalización, fruto del movimiento cada vez mayor y más rápido de capitales e información. Muchos de nuestros egresados ya no limitan sus oportunidades laborales al mercado local sino que son empleados en agencias y corporaciones fuera del país. En una respuesta lógica ante un mundo globalizado, la universidad puso más empeño en su internacionalización, mediante intercambios académicos para sus estudiantes, becas doctorales y postdoctorales para sus docentes y la llegada de crecientes cantidades de estudiantes del extranjero. Este esfuerzo fue impulsado por los docentes y departamentos académicos y por la Dirección Académica de Relaciones Institucionales (DARI), organizada en el año 2009 como sucesora de esfuerzos institucionales anteriores en ese terreno.

Así, la PUCP fue convirtiéndose no solo en la principal universidad peruana sino también en un puntal de la educación e investigación a nivel latinoamericano. El liderazgo de la universidad se ha venido traduciendo en la presencia de sus integrantes en la esfera internacional. Por ejemplo, la vicerrectora de investigación, doctora Pepi Patrón, ha sido nombrada integrante del Consejo de Personas Eminentes del Banco Mundial, un organismo consejero en asuntos de investigación y lucha contra la pobreza. Este Consejo también está integrado por dos premios Nobel y su participación ha motivado la siguiente reflexión de la doctora Patrón: «El desarrollo es un tema propio de la PUCP, así como las estrategias de lucha contra la pobreza. Estoy segura de que las reuniones de este Consejo alimentarán a nuestros grupos interdisciplinarios de investigación».

De ese modo, junto con el reconocimiento internacional, la doctora Patrón subraya un enfoque interdisciplinario que constituye el nuevo acercamiento que ha de transformar sustantivamente los estudios universitarios y la forma futura de producción del conocimiento. La universidad se encuentra en un viraje desde la sobreespecialización hacia el enfoque interdisciplinario. En 1997, como parte de este esfuerzo de investigación interdisciplinaria se gestó Aula Magna, el evento académico más importante de la PUCP. Esta importante reunión científica ha sido diseñada como un espacio internacional de diálogo sobre los temas relevantes de nuestros tiempos, convocando a los mejores especialistas del Perú y el mundo. Por ejemplo, en el año 2000 el tema fue Mundialización, saber y desarrollo, y estuvo coordinado por el recordado doctor Orlando Plaza.

Con el siglo XXI se multiplicó la revolución tecnológica. Las redes sociales y el mayor acceso a internet agilizaron las comunicaciones y generaron nuevas formas de participación y de aprendizaje, ofreciendo a los estudiantes la posibilidad de una mirada más global al concebir sus carreras profesionales. Es decir, hubo un rol cada vez más protagónico del mundo virtual de la informática en la vida de las personas y en las formas de comunicación entre estudiantes y docentes. La PUCP ha estado inmersa en este proceso y desde los años noventa fue incorporando las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. En 1992 se envió el primer correo electrónico desde un servidor PUCP y dos años después se estableció el servicio de conexión a internet dentro del campus y se creó la página web de la PUCP.

A lo largo de esta etapa se impulsó el uso de equipos informáticos, software diverso y acceso a internet. Las computadoras que inicialmente se instalaron para que los alumnos pudieran acceder a su correo electrónico obligaron a cambios en la infraestructura universitaria para acomodar laboratorios y salas enteras con acceso a internet. La PUCP aprovechó las nuevas oportunidades que ofrecía el mundo virtual para integrar

a la comunidad universitaria de forma más plena. En 2001 se creó la plataforma PUCP Virtual y fue la primera universidad peruana en implementar comunicación inalámbrica. Por ejemplo, desde el año 2004 está disponible en el campus la tecnología wifi. Ese mismo año se creó la red social Facebook, que viene contribuyendo a una mayor integración de las personas y las empresas a nivel global. Atenta a las nuevas plataformas de comunicación, la PUCP lanzó una cuenta oficial de Facebook que une a decenas de miles de estudiantes, profesores y egresados, y creó su propio canal de YouTube. Las redes sociales permitían democratizar el conocimiento creado en la universidad. Aunque hoy en día es habitual, en su momento resultó una revolución la posibilidad de comunicarse con los estudiantes a través de intranet, hacer matrículas virtuales o publicar los resultados de un examen de admisión en la página web de la universidad.

Al avanzar el siglo XXI, el crecimiento económico y la vigencia del orden democrático por más de cuatro gobiernos sucesivos —algo atípico en la historia del Perú— generaron un mayor optimismo entre los estudiantes y docentes con respecto al futuro del país. Atrás habían quedado los años de la hiperinflación, el terrorismo y la fuga masiva de talentos. El fin de la Guerra Fría y del fragor por las batallas ideológicas del pasado dio paso al surgimiento de nuevas inquietudes estudiantiles, como el respeto por la diversidad sexual y la igualdad de género, una mayor preocupación por la responsabilidad social y la búsqueda de una sociedad más equitativa y participativa. En el plano tecnológico la robótica y la automatización de procesos industriales, el diseño y la aparición de las impresoras 3D, las telecomunicaciones, entre otros, generaron nuevas demandas estudiantiles y profesionales.

La PUCP impulsó la creación de nuevas especialidades, invirtiendo en infraestructura y laboratorios adecuados a los nuevos tiempos e impulsando de forma decidida la investigación. Hubo un trabajo central en repensar la PUCP desde su compromiso con la construcción de ciudadanía, la responsabilidad social, la difusión cultural, la producción de ciencia y una formación de profesionales de alto nivel. Es decir, durante esta etapa se dio un proceso de modernización en programas académicos, infraestructura y gestión universitaria basado en la renovación de los valores fundacionales de la universidad.

Unidades académicas y órganos de gobierno

81

El rector Salomón Lerner Febres inauguró este último periodo de la vida institucional; lo sucedió el ingeniero Luis Guzmán Barrón y actualmente ocupa el rectorado el doctor Marcial Rubio Correa. Durante la gestión del doctor Lerner Febres se amplió considerablemente el número de facultades y carreras, confiriéndole universalidad a la PUCP. A continuación, el ingeniero Guzmán Barrón —un célebre profesor de ciencias y especialista en estructuras— empleó sus competencias para solidificar la obra educativa de la PUCP, fortalecer los puentes con su entorno y solidificar su vocación internacional. Durante su gestión se dio particular énfasis a la formación universitaria y se dio continuidad a reformas iniciadas por Lerner Febres que han llegado hasta hoy. Del mismo modo, la actual transformación de la universidad para competir exitosamente en un mundo global es el sello característico de la gestión del doctor Rubio Correa.

En este periodo la universidad revisó y modernizó los planes de estudio de todas las carreras. Estos esfuerzos fueron encaminados por las autoridades, decanos, coordinadores, jefes de departamento y representantes estudiantiles, buscando incorporar de forma más directa los principios de responsabilidad social e interdisciplinariedad. Asimismo, se buscó mayor flexibilidad para que los estudiantes pudieran llevar cursos de distintas carreras y optar por un mayor número de cursos electivos. Se procesó también un esfuerzo sostenido por la internacionalización y el trabajo en equipo. Actualmente es común la promoción de investigaciones generadas por profesores y alumnos de distintas disciplinas.

En otros aspectos de la formación universitaria, durante este periodo se flexibilizaron las modalidades de ingreso para satisfacer las necesidades de formación de los profesionales en el país, labor encargada a la Oficina Central de Admisión e Informes, OCAI, y se exigió el conocimiento de idiomas como requisito para el egreso de los estudiantes. Por otro lado, se defendió la figura de los Estudios Generales —Letras y Ciencias— en un contexto en el que el embate de las universidades-empresa exaltaba los conocimientos prácticos que buscaban deslegitimar los saberes humanistas y holistas que erradamente se asumían como ajenos a la formación profesional. El paso del tiempo ha sabido demostrar que los estudios generales eran la opción correcta y las orientaciones actuales refuerzan nuestra perspectiva.

En este periodo se abordó la problemática docente, buscando consolidar su calidad académica. Se promovieron estímulos para que los profesores de la universidad culminen sus estudios de posgrado y se brindaron facilidades para la investigación y publicación. Todo ello derivó en criterios bien establecidos para la incorporación y el per-

feccionamiento de la evaluación docente, procesos dirigidos por la Dirección Académica del Profesorado (DAP). Un cambio que proviene de los años setenta fue la aparición de la figura del profesor a tiempo completo, a diferencia de las primeras décadas de funcionamiento de la universidad, cuando la mayoría de docentes eran profesores por horas que dedicaban solo una parte de su día laboral a la enseñanza. Esta condición de profesor a tiempo completo se fue sofisticando en regímenes de profesor-gestor, profesor-docente y profesor-investigador, permitiendo consolidar el trabajo académico según los intereses de los docentes.

Entendiendo que las posibilidades de formación pedagógica son permanentes, en 1998 se creó MAGIS PUCP, actualmente Instituto de Docencia Universitaria (IDU), con el objeto de familiarizar a los docentes con los nuevos procedimientos y tecnologías de la información y comunicación. En ese mismo espíritu, en 2004 se creó la Dirección de Formación Continua, unidad encargada de velar por la formación permanente de los integrantes de la comunidad PUCP y la sociedad.

La preocupación por la divulgación de una cultura de derechos llevó a la universidad a aprobar el estatuto de la Defensoría Universitaria en el año 2011. Originalmente esta defensoría fue una iniciativa estudiantil que devino en una comisión liderada por los profesores Catalina Romero, Fidel Tubino y Walter Albán. La doctora Catalina Romero fue la primera directora de esta oficina, que ha logrado posicionarse como una herramienta clave de autorregulación de la vida universitaria, atendiendo al desarrollo personal de los estudiantes, docentes y trabajadores de la universidad y defendiendo a la comunidad de situaciones que afecten los derechos de sus integrantes.

El año 1998 se creó la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación, retomando las labores de la antigua Escuela de Periodismo, fundada en 1945 y descontinuada durante los años sesenta. De hecho, la profesionalización del periodismo, de las comunicaciones y de las artes escénicas había sido un histórico interés de la PUCP. Por ello se formó el Teatro de la Universidad Católica (TUC) en 1961, y desde 1972 funcionaba el Centro de Teleeducación (CETUC). Actualmente el decano de la facultad es un periodista de larga trayectoria, Juan Gargurevich, quien ha reunido a un importante grupo de profesores con experiencia en medios y vocación universitaria. Una figura central del relanzamiento de los estudios de comunicaciones fue el doctor Luis Peirano, quien señaló acerca de la constitución de la facultad: «Los estudios actuales de comunicaciones integran las ciencias y las artes, enseñando periodismo y audiovisuales, así como comunicación y desarrollo. Asimismo, se añadió la enseñanza de las artes escénicas, que posteriormente ha dado origen a una unidad independiente».

La Facultad de Artes Escénicas está conformada por cuatro especialidades: Creación y Producción Escénica, Teatro, Música y Danza. Frente al crecimiento de las actividades culturales y artísticas en el país, la PUCP acompaña el proceso de formación de futuros productores, músicos, artistas y bailarines, acoplando e integrando disciplinas que se solían desarrollar por separado.

Dentro de este mismo espíritu de acortar distancias y lograr una mayor integración a nivel nacional, impulsando el intercambio y el acceso a la información, se gestó la especialidad de Ingeniería de las Telecomunicaciones en el año 2002. El avance de la robótica dio impulso, por otro lado, a la especialidad de Ingeniería Mecatrónica, que busca innovar los modos de fabricación de los productos y el diseño de los procesos industriales, integrando los saberes de la ingeniería mecánica y la ingeniería electrónica.

Como señala la profesora Erika Madrid, «a medida que las empresas optan por más tecnología y por una captura global del talento, la carrera de Ingeniería Mecatrónica se posiciona como especialidad de vanguardia. Aunque en el Perú aún estamos retrasados, las industrias están tomando conciencia de la importancia de automatizar sus procesos, generando la necesidad de formar especialistas en la materia».

El crecimiento poblacional y las migraciones internas empujaron un acelerado aunque desordenado crecimiento urbano. Debido a ello se registran problemas evidentes y visibles en la caótica situación del transporte, el pobre uso de los espacios públicos y la elevada inseguridad ciudadana. Un diagnóstico hecho por especialistas de la PUCP determinó que parte del problema radicaba en la carencia de profesionales capaces de entender el rol social de la arquitectura, así como la práctica ausencia de especialistas en urbanismo. Con el afán de alcanzar la excelencia a estándares internacionales, se creó la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, que en sus quince años de existencia destaca como una de las más prestigiosas del país. La facultad pretende formar profesionales con elevado sentido de responsabilidad social y generar conocimiento del espacio nacional relacionando el caso peruano con procesos internacionales de urbanización. Como recuerda Reynaldo Ledgard: «La facultad se creó con una doble mirada: hacia adentro puesto que se halla comprometida con los problemas estéticos y urbanos del país y hacia afuera gracias a la internacionalización de la enseñanza. Prueba de esto son las sustentaciones de tesis de los alumnos de arquitectura que se desarrollan regularmente ante jurados internacionales».

La Facultad de Gestión y Alta Dirección se creó el año 2004. En su concepción, era producto de un esfuerzo liderado por el doctor Hélan Jaworski desde los años noventa, buscando reubicar la propuesta académica en la enseñanza de la administración,

dado el *boom* de las maestrías en negocios, el crecimiento económico del país y la necesidad de una profesionalización en la gestión de las instituciones del mundo contemporáneo. Rápidamente la Facultad de Gestión y Alta Dirección se convirtió en una de las unidades académicas con mayor número de alumnos, mostrando que el proyecto era consecuente con las demandas estudiantiles y de la sociedad.

En agosto de 1999 el rector Salomón Lerner Febres propuso al almirante Fernando D'Alessio constituir una Escuela de Negocios PUCP. Para ello se decidió que esta unidad tendría su propio campus, gozaría de autonomía, empujaría a la excelencia y estaría orientada a la internacionalización. En el año 2001 CENTRUM Católica inauguró su campus en Monterrico y organizó su primer evento académico, «Gerencia en el siglo XXI». Desde su fundación el crecimiento de CENTRUM ha sido vertiginoso: buscando fortalecer el liderazgo, la responsabilidad social y la internacionalización ha logrado posicionarse como la más importante escuela de negocios del país. Gracias a ello ha conseguido acreditaciones internacionales múltiples, se ubica entre las mejores escuelas de negocios de América Latina y ha empezado un exitoso proceso de expansión internacional en Ecuador y Colombia. CENTRUM cuenta con la Triple Corona, al haber obtenido las tres acreditaciones internacionales más importantes en el mundo de las escuelas de negocios.

Finalmente, la carrera de Ciencia Política y Gobierno se relanzó como parte de la oferta educativa de la Facultad de Ciencias Sociales. La universidad está interesada en aportar profesionales e ideas que confronten la precariedad institucional del Estado y estudien el funcionamiento de las instituciones públicas y el proceso de toma de decisiones políticas. Esta carrera busca formar estudiantes capaces de comprender y actuar en escenarios de conflicto y negociación dentro de marcos democráticos e institucionalizados, de tal manera que contribuyan a superar las limitaciones del país en este terreno. Desde su relanzamiento es una de las especialidades más dinámicas y ha logrado superar el lamentable fallecimiento de uno de sus principales impulsores, el doctor Henry Pease.

Investigación

Un esfuerzo central de la PUCP en el siglo XXI ha sido el generar las condiciones para dar el salto de una universidad de enseñanza a una universidad de investigación. Es decir, sin perder la esencia de formación de nuevos profesionales, incorporar plenamente la creación de nuevo conocimiento. Dentro de este esfuerzo se decidió crear el Vicerrectorado de Investigación (VRI) en el año 2009, con el fin de incentivar, financiar, coordinar y

difundir los esfuerzos de investigación en la PUCP modernizando los sistemas de gestión de la investigación. Aunque el interés por la investigación fue fundacional, es a partir de la creación de unidades especializadas que se ha convertido en una característica esencial de la PUCP.

Durante este periodo y comprendiendo que la investigación es una prioridad del quehacer universitario, se ha buscado reconocer de forma más visible a los docentes y estudiantes con vocación investigadora. Aplicando diversas estrategias, como la ampliación en el número de vacantes para los semestres de investigación, el desarrollo de relaciones con universidades del extranjero, becas, concursos y premiaciones, el Vicerrectorado de Investigación ha impulsado una enorme cantidad de investigaciones de docentes y estudiantes en letras, ciencias, artes y producción cultural.

85 86 87 88

Con el fin de impulsar la investigación se ha fomentado también la creación de institutos especializados en determinadas áreas del conocimiento y se ha dado impulso a los grupos de investigación integrados por profesores y alumnos. Durante este periodo y continuando una tradición que se remonta a la creación del Instituto Riva-Agüero, en 1995 se fundaron el Instituto de Corrosión y Protección, el Instituto de Estudios Ambientales y el Instituto para la Calidad; al año siguiente creó el Instituto de Estudios Europeos; anteriormente en 1992 se había constituido el Grupo de Apoyo al Sector Rural y el Centro de Innovación para el Desarrollo; en 1998 se formaron el Centro de Etnomusicología Andina y el Centro de Tecnologías Avanzadas en Manufactura (CETAM); en 2002 se constituyeron el Centro de Investigación, Capacitación y Asesoría Jurídica del Departamento de Derecho y el Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad; al año siguiente el Instituto de Democracia y Derechos Humanos y luego el Centro de Estudios Filosóficos (CEF); finalmente, en 2007, se constituyeron el Instituto Confucio, el Instituto de Radioastronomía (INRAS) y el Instituto de Opinión Pública (IOP).

89 90

Como hemos visto, el año 2000 se creó el Centro de Tecnologías Avanzadas en Manufactura bajo la premisa de crear tecnología útil a las pequeñas y medianas empresas, fortaleciendo los proyectos de los empresarios peruanos al conectarlos con la ciencia y la tecnología. De este modo se impulsa la automatización de los procesos industriales y se busca la integración del sector privado con la universidad. El CETAM cuenta con una sala de manufactura que es en esencia una fábrica plenamente automatizada y robotizada. Siguiendo modelos avanzados de desarrollo, el centro ha conectado al sector público con empresas privadas que hallan en la PUCP la solución a problemas técnicos. De ese modo se impulsa la vinculación entre la empresa, el Estado y la universidad. Asimismo, el CETAM ha permitido a estudiantes de diversas especialidades familiarizarse con

nuevas tecnologías tales como las impresoras 3D y los drones. Desde un enfoque multidisciplinario que involucró a estudiantes de psicología, ingeniería industrial, mecánica, electrónica, diseño y arte se han estado desarrollando proyectos innovadores, tales como una cama médica capaz de activarse a partir de impulsos cerebrales, drones que miden la calidad del aire, robots submarinos capaces de monitorear los niveles de contaminación de las aguas subterráneas y robots humanoides. Desde el año 2013, participan regularmente en concursos internacionales de robótica estudiantes de la PUCP asociados al CETAM, gracias a su entrenamiento en trabajo manual con máquinas innovadoras. Esta participación ofrece una relevante experiencia internacional que redundará positivamente en la formación integral del estudiante.

Un tema de investigación que empezó a generar el mayor interés en el siglo XXI fue el medioambiental. El cambio climático y la degradación de los recursos del planeta a partir del uso intensivo de los mismos vienen generando intensa preocupación global entre organismos internacionales y ciudadanos de todo el planeta. Por ello, el 2011 se creó el Instituto de Ciencias de la Naturaleza, Territorio y Energías Renovables (INTE), un instituto de investigación, formación académica y promoción en materia ecológica, socioambiental, de la biodiversidad, del territorio y de las energías renovables. Este nuevo instituto estuvo integrado inicialmente por tres unidades con larga experiencia en el tema medioambiental, el Centro de Geografía Aplicada (CIGA), el Instituto de Estudios Ambientales (IDEA) y el Grupo de Apoyo al Sector Rural. El INTE forma parte del Vicerrectorado de Investigación y reúne diversos grupos de investigación asociados al estudio y la promoción de las ciencias de la naturaleza y al desarrollo sostenible.

El siglo XXI significó para la PUCP el lanzamiento de los primeros satélites del Perú y los primeros satélites universitarios de la región. En el año 2013 se lanzó el PUCP-Sat 1 y el Pocket-PUCP, satélites desarrollados dentro del campus con tecnología norteamericana pero con innovaciones hechas por el equipo de estudiantes y profesores del Instituto de Radioastronomía dirigido por el doctor Jorge Heraud desde su fundación en el año 2007. Adicionalmente a un fuerte impacto mediático, el lanzamiento de los satélites ha servido a los estudiantes como un proceso de aprendizaje en materia de tecnología de punta en esta área. El Instituto de Radioastronomía viene desarrollando, además, un novedoso sistema de prevención de sismos que podría revolucionar la ciencia de la sismología a partir de equipos interdisciplinarios de estudiantes y profesores y con apoyo de la empresa privada. Es decir, el siglo XXI nos muestra un camino de construcción de conocimiento basado en la interdisciplinariedad y en el trabajo conjunto del sector privado, el Estado y la universidad.

En palabras del doctor Heraud: «Es importante que el país vuelva a producir ciencia. Esa actividad se abandonó en la Colonia y la República, lo único valioso en este terreno proviene del Perú prehispánico. Y hay que soñar en grande, trabajar en equipo, logrando todo lo que uno se propone».

El Perú y la PUCP

En 1996 la universidad instituyó el Premio Southern Perú en las áreas de Letras (Medalla José de la Riva Agüero) y Ciencias (Medalla Cristóbal de Losada y Puga). Desde entonces, todos los años se ha entregado esta importante distinción académica que reconoce el trabajo de investigación de personalidades peruanas o extranjeras comprometidas con el Perú. De ese modo, el año del centenario se cumplirá la vigésima edición de esta importante distinción académica, que ha contado con la valiosa colaboración de la empresa privada.

Desde su fundación, la PUCP ha estado orientada a servir al país mediante la formación de profesionales académicamente solventes y comprometidos con el desarrollo. Igualmente, la orientación de la universidad se ha dirigido a la formación de un continuo espíritu de solidaridad con los grupos menos favorecidos económicamente que se ha reflejado en múltiples y diversas campañas de apoyo social; la creación de ciencia, tecnología e investigación orientada a confrontar problemas locales; y la participación de docentes y centros de innovación de la PUCP en el servicio público y la creación de políticas públicas. Asimismo, desde la década de 1990, unidades como el Centro de Transferencia Tecnológica, el Centro de Educación Continua y el Centro Cultural PUCP han orientado sus esfuerzos a transferir los conocimientos y producciones de la PUCP hacia la población en general. Como señaló el entonces rector Salomón Lerner Febres en el discurso inaugural de la PUCP del año 1995: «Dimensión insoslayable de la actividad universitaria es la de la proyección social, que ha de entenderse de manera más rica que el simple asistencialismo».

La PUCP es una institución que se nutre de lo que acontece en la realidad nacional y entiende su sentido en función a su desarrollo. Durante esta etapa aparecieron nuevos retos para el país que la PUCP buscó encarar. Se vio la necesidad de divulgar dentro y fuera del campus la importancia de respetar la democracia y los derechos humanos y de vincularnos de forma más estrecha en la construcción de ciudadanía.

Una experiencia que marcó al país y la universidad fue la Comisión de la Verdad y Reconciliación, presidida por el entonces rector Salomón Lerner Febres y

encargada de investigar el conflicto armado interno entre 1980 y el año 2000. La Comisión de la Verdad y Reconciliación recopiló información, testimonios y material gráfico y produjo un sustancioso informe sobre lo acontecido con los peruanos en estas décadas de violencia.

El Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación ofreció una explicación multidimensional y profunda de una situación que generó decenas de miles de muertos en el país. Este espíritu de compromiso con el país y la democracia impulsó en el año de 2004 la formación del Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la PUCP (Idehpucp) con la meta de lograr el fortalecimiento de la democracia y promover la vigencia de los derechos humanos en el Perú mediante la formación académica y la capacitación profesional, la investigación, la generación de espacios de diálogo y la promoción de políticas públicas.

En el año 2006 se constituyó la Dirección Académica de Responsabilidad Social (DARS), ente encargado de divulgar el valor de la responsabilidad de la universidad con nuestro entorno social. Como antecedentes debemos mencionar a la Dirección Académica de Proyección Social y Extensión Universitaria e iniciativas como el Prosode de la Facultad de Derecho, que entendían la proyección social como quehacer intrínseco del ser universitario. El Prosode se centró en la difusión de derechos, la asesoría jurídica a personas de escasos recursos y clases de prevención de afectaciones de derechos dirigidas a escolares.

La proyección social y la solidaridad como práctica constante y regular siempre fueron parte del espíritu de la PUCP. Por ello fue motivo de reflexión y se decidió institucionalizar un nuevo concepto de responsabilidad social universitaria, como un aspecto integral en la formación académica del alumno que deja atrás el enfoque asistencialista. Se adoptó una visión que enfatiza la colaboración, encuentro y beneficio mutuo entre el estudiante universitario y el medio popular donde se realiza el trabajo. Gracias a ello, la Dirección Académica de Responsabilidad Social ha construido un espacio donde los alumnos encuentran sentido social a su formación profesional, facilitando comprender su rol de ciudadanos con deberes, responsabilidades y derechos.

Como señala la magíster Tesania Velásquez, directora de la Dirección Académica de Responsabilidad Social, «la responsabilidad social ofrece a los jóvenes un espacio para encontrar sentido a su formación profesional, experiencia como ciudadanos y repensar el rol de la universidad».

Actualmente, la responsabilidad social es entendida como parte integral de la formación profesional y es impulsada por las distintas facultades y departamentos de

la universidad. En este sentido, constituye uno de los elementos constitutivos del denominado espíritu de la casa que enorgullece a la PUCP.

Durante estos años, igualmente, se desarrolló un esfuerzo por conectar de modo más estrecho a la PUCP con las universidades de las regiones del país. Así, en 2007 se estableció la Red Peruana de Universidades (RPU), con el objetivo de promover la integración, el intercambio y la construcción de conocimiento entre universidades a través de convenios de colaboración y proyectos de investigación conjuntos. Esta red vincula a dos universidades de la capital, la PUCP y la Cayetano Heredia, con un conjunto de universidades del interior del país. A partir de los convenios que se han firmado, una buena cantidad de alumnos de estas universidades estudian parte de su carrera en la PUCP y sus profesores se benefician de actividades conjuntas y programas de intercambio.

Relaciones con la Iglesia católica

Durante los últimos años, las relaciones de la PUCP con el arzobispo de Lima han sido tensas y conflictivas, habiendo incluso derivado en juicios en los tribunales públicos. Este tema ha aparecido regularmente en la prensa y ha sido ventilado reiteradas veces ante la opinión pública. Ella asistió sorprendida a esta crisis, puesto que nunca antes se había presentado y afectaba la idea habitual de una relación armoniosa y constructiva entre la universidad y el cardenal. El diferendo fue escalando, desde la interpretación de los testamentos de José de la Riva Agüero hasta la exigencia del Arzobispado de administrar todos los bienes de la universidad. Los abogados de este argumentaron que esa administración debía ser realizada por la Junta Administradora de los bienes de don José de la Riva Agüero que el testador había creado en el mismo testamento, en el que declaraba a la universidad heredera universal de sus bienes.

Como puede verse, un asunto administrativo derivó en una crisis de proporciones. Cabe destacar que en ningún momento se produjo un debate sobre asuntos de fondo. No había acusaciones de malinterpretación de la doctrina católica ni tampoco cuestionamiento alguno a las investigaciones y publicaciones que se realizan. Por el contrario, la PUCP fue ajena a todo cuestionamiento teológico y el punto de conflicto fueron sus bienes, que el Arzobispado pretendió manejar a través de instancias externas a la propia universidad.

Con todos los cardenales anteriores las relaciones de la PUCP fueron constructivas y no hubo problema que no encontrara solución. La única situación realmente crítica había ocurrido en 1973 cuando el cardenal Landázuri renunció su cargo de gran

canciller a raíz de una situación particular que vimos anteriormente. Sin embargo, esa crisis se superó y se recuperó plenamente la buena relación entre la universidad y el cardenal Landázuri. A continuación, asumió el cargo el entonces obispo y luego cardenal Augusto Vargas Alzamora, con quien la universidad se mantuvo en plena armonía de comienzo a fin. Un dato clave de la fluidez en la relación entre la PUCP y la Iglesia católica es que todos los rectores elegidos por la Asamblea Universitaria entre 1970 y 1999 fueron ratificados por Roma sin ningún inconveniente. Solo posteriormente se volvió problemático lo que antes era normal.

A lo largo de estos cien años, la PUCP ha promovido el catolicismo dentro de un marco de autonomía, tolerancia y respeto a la pluralidad. La fe católica ha sido plenamente asumida y concebida como un compromiso de vida alejado de todo fundamentalismo. La conservación del catolicismo en la universidad ha sido desarrollada por la misma comunidad y no ha dependido de instituciones o personas ajenas a ella. Este es un hecho capital: el desarrollo y fortalecimiento del catolicismo en la PUCP depende de su propia comunidad y no de instancias externas a ella. Por su parte, la libertad de pensamiento y el intercambio crítico han sido compatibles y no ajenos a la práctica de la fe católica en la universidad.

Asimismo, la PUCP se ha convertido en un bastión de defensa de la democracia y el compromiso cívico con el Perú. Los valores cristianos se han proyectado a una visión de la sociedad y del Estado. Desde los más diversos ángulos y posturas políticas, los egresados de la PUCP proyectan una visión de país basada en la rigurosidad y el compromiso profesional inspirado en los valores cristianos que cimentó el padre Dintilhac.

La vocación de la universidad es alcanzar la excelencia de sus docentes y estudiantes, promoviendo la rigurosidad académica y la creación de conocimientos originales que puedan resultar útiles al país. Para alcanzar dichos objetivos, la tolerancia y la pluralidad son esenciales. No se entiende a la PUCP como una universidad fundamentalista, no nació ni vivió sus primeros cien años de esa manera. Por su parte, la autonomía no traiciona la esencia cristiana de la universidad, sino que le confiere responsabilidades específicas a la comunidad universitaria. De ese modo, la autonomía es un derecho que constituye un reto muy estimulante para el diálogo entre fe y razón.

Afortunadamente, en octubre del 2016 se dio un importante paso para la total normalización de las relaciones entre la PUCP y la Iglesia católica. El nuevo estatuto de la PUCP ha sido aprobado en forma casi unánime por la Asamblea Universitaria. Esa nueva versión había sido motivo de conversaciones entre nuestro rector, Dr. Marcial Rubio, con las autoridades del Vaticano a lo largo de los últimos años. Finalmente se

ha llegado a una solución satisfactoria, refrendada en Lima por el cardenal Giuseppe Versaldi, quien visitó la universidad y expuso ante la Asamblea Universitaria su visión de la conexión permanente entre la universidad y la Iglesia. Gracias a ello se ha superado la legítima ansiedad que generaba en la comunidad universitaria la continuidad de una situación crítica, cuando en el ejercicio académico cotidiano se había logrado armonizar sin dificultad el catolicismo y la ciencia.

Infraestructura y vida estudiantil

A comienzos de los años 2000, la universidad concibió la necesidad de ordenar el campus mediante la noción de «barrios» como ejes ordenadores de la universidad. Así se puede encontrar el barrio de Ciencias e Ingeniería, el barrio de Ciencias Sociales-Derecho-Comunicaciones, el de Humanidades, el administrativo y así sucesivamente. Durante la ceremonia por los noventa años de la universidad, el entonces vicerrector administrativo y hoy vicerrector académico, el doctor Efraín Gonzales de Olarte, sostuvo: «El plan maestro ha sido trabajado de acuerdo con el Plan Estratégico Institucional, que se centra en la búsqueda de la excelencia académica; en tanto ello, las continuas mejoras de la infraestructura están en función a las metas de la excelencia. En este sentido, necesitamos mejores aulas con todos los instrumentos y herramientas contemporáneas que requieran los estudiantes y profesores. La infraestructura es el escenario de la enseñanza de calidad».

Con estas palabras, el doctor Gonzales de Olarte anunciaba la pronta construcción del complejo Mac Gregor, inaugurado en 2008 durante el rectorado de Guzmán Barrón y transformado rápidamente en el edificio más emblemático de los tiempos actuales de la universidad. Años después, en 2012, se inauguró otro edificio emblemático del campus, el Tinkuy, vocablo quechua que significa «encuentro». El nombre fue elegido por la comunidad universitaria a través de una votación en línea para denominar un espacio destinado a facilitar la vida social de estudiantes y profesores en un ambiente distendido. En ese lugar se conversa libremente sin tener que estar en silencio como en la biblioteca, y sin necesidad de consumir como en las cafeterías. Por ello, Tinkuy se ha convertido rápidamente en uno de los edificios más populares del campus, altamente apreciado por los estudiantes, que lo han hecho completamente suyo. Estas construcciones dan muestra también del afán de crecer de forma vertical para proteger áreas verdes de la universidad.

Asimismo, hace poco tiempo se inauguró el Complejo de Innovación Académica (CIA), como parte de los nuevos edificios y biblioteca de Ciencias, Ingeniería y

93 94

95

Arquitectura. En este espacio se busca fomentar la colaboración y el intercambio de ideas rompiendo paradigmas educativos tradicionales. Se trata del primer esfuerzo que integra ambientes de estudio con espacios de socialización y áreas verdes. Ahí encontramos aulas equipadas con lo último en tecnología, carpetas fácilmente trasladables que permiten una mayor interacción y dinamismo, biblioteca de estantería abierta, espacios de socialización y áreas verdes. El doctor Carlos Fosca, actual vicerrector administrativo, sostiene que: «Esta nueva forma de concebir la enseñanza y el aprendizaje adapta los espacios de estudio de una manera distinta y creativa. La idea de este complejo es integrar espacios y vincularlos de manera articulada, de tal forma que resulten atractivos para los estudiantes, docentes y la comunidad universitaria en general. Las estrategias pedagógicas buscarán el trabajo colaborativo y activo a través de ambientes físicos socialmente interesantes».

Por su parte, el Complejo de Innovación Académica posee una interesante mirada al pasado que complementa un espacio proyectado al futuro. Lo que conocemos como el camino inca es en realidad una porción de un muro prehispánico que efectivamente marcaba el camino a las huacas del actual Parque Las Leyendas. Este muro ha sido integrado al desarrollo del Complejo de Innovación Académica y está siendo restaurado. Además, se ha contemplado la construcción de una explanada con paneles explicativos que nos ayudarán a comprender mejor esta parte de nuestra historia. La PUCP es una de las pocas universidades en el mundo que posee un vestigio arqueológico tan importante. Cabe señalar que este proyecto está enmarcado en un convenio con el Ministerio de Cultura y cuenta con un plan de mitigación y monitoreo para la preservación del muro.

Por otro lado, en 2014 se inauguró, como parte del Complejo de Innovación Académica, un aulario y biblioteca para Ciencias, Ingeniería y Arquitectura. Este moderno proyecto, que combina ambientes de estudio y encuentro, redefinirá el concepto de infraestructura educativa del campus. Los edificios, además de proporcionar espacios académicos más modernos para la comunidad universitaria y ampliar el número de estacionamientos, incluyen ambientes para compartir e interactuar con los estudiantes o docentes fuera de clases, adoptando una idea similar a la del Tinkuy. Son edificaciones que generan un cambio muy fuerte en el entorno, porque se pretende rediseñar esa zona del campus para brindar servicios más modernos, con el uso intensivo de tecnología que permita innovaciones en las estrategias de aprendizaje. Es de destacar que el aulario del Complejo de Innovación Académica alcanzó la certificación LEED en el Nivel Oro en la categoría Nueva Construcción, el grado más alto alcanzado por un edificio dentro de una universidad en el país.

A lo largo del año 2007, la PUCP celebró sus noventa años de fundación, desarrollando actividades académicas, culturales y artísticas. Entre otras celebraciones artísticas, bajo la dirección de Luis Peirano se organizó la representación del auto sacramental *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca, en el atrio de la Iglesia de San Francisco. Igualmente, se rindió un sentido homenaje al R.P. Jorge Dintilhac SS.CC. en el campus, se organizó una misa conmemorativa y un concierto de piano a cargo del maestro Juan José Chuquisengo en el Auditorio de Derecho. Como señaló el entonces rector, Luis Guzmán Barrón: «La experiencia universitaria es una vivencia integral, una etapa luminosa de la vida para muchos, un modo de vida para quienes tenemos el honor y el privilegio de haber decidido quedarnos en la universidad y formar parte de ella. Porque constituye un privilegio tener la oportunidad de estar en contacto permanente con los jóvenes; de este modo, el pensamiento será siempre joven. No será difícil, ni penoso, ni intimidante, rehacer tus convicciones, volver a pensar las cosas, intentar mirarlas como si fuera por primera vez. Imagino la PUCP como una institución con una historia viva, que se mantiene joven, abierta a la diversidad de modos de pensar y sentir de quienes acoge, y le acogen; una universidad que ha sabido repensarse y reinventarse en libertad a través de estos años».

El crecimiento en número de estudiantes, profesores y actividades del campus impulsó la necesidad de crear una unidad capaz de canalizar las múltiples iniciativas sobre eventos y actividades orientadas a la creación de cultura. Con tal fin, y a iniciativa del doctor Marcial Rubio Correa, se creó en el año 2005 la Dirección de Actividades Culturales (DACU), y se nombró como su director a Enrique González Carré. La Dirección de Actividades Culturales desarrolla sus iniciativas a partir de un enfoque amplio que incorpora la cultura material e inmaterial desde las humanidades, las ciencias y las artes. Esta unidad centralizó varios centros culturales que había desarrollado la universidad, como el Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana, el Centro de Música y Danzas Peruanas (Cemduc), el Coro y Conjunto de Música de Cámara de la PUCP, el Grupo de Danza Moderna (Andanzas), la Big Band PUCP y la Tuna Universitaria. Impulsó también renombradas campañas como «Pensando en Cine» y «Vamos a Leer». Como reflexiona el doctor González Carré: «Salir de Lima y llevar cultura al país. Difundir y hacer conocer la cultura nacional. Lo que se ha venido creando desde la antigüedad prehispánica. Los valores culturales lo hacen a uno más sensible, mejor persona, más solidario».

La era contemporánea

A escala internacional, las dos guerras de Estados Unidos en Irak condujeron a los atentados terroristas de las Torres Gemelas en Nueva York y se abrió un complejo escenario planetario. En este mundo nos movemos hoy, donde la vieja Europa atraviesa la crisis de los refugiados provenientes de las incesantes guerras de Medio Oriente y la amenaza terrorista vinculada al fundamentalismo islámico. Hasta hace poco el mundo parecía estable y en crecimiento, pero actualmente los atentados suicidas contra civiles lo han tornado muy peligroso. Además, las burbujas financieras que estallaron en 2008 han conducido a un periodo de estancamiento económico que abarca tanto a los Estados Unidos como a Europa. En ese mismo terreno, la nueva locomotora china ha dejado de crecer a las vertiginosas tasas de la última década. Como consecuencia, las economías latinoamericanas sufren una brusca desaceleración, puesto que durante su última expansión se habían vinculado fuertemente a la demanda de Asia.

En el Perú también vivimos tiempos complicados. La economía atravesó una bonanza sin precedentes durante los años anteriores y aún hoy continúa creciendo, aunque a un ritmo inferior. Pero el Estado y las instituciones nacionales atraviesan un momento difícil. La corrupción no finalizó con la transición democrática y tampoco la superposición de responsabilidades entre diversos sectores del Estado. Como consecuencia, imperan el desorden y la ineficiencia. Campea la inseguridad, y la delincuencia ha avanzado en forma considerable. Como herencia de la época del terrorismo apareció una nueva forma de violencia, ya no política sino delincuencia. Esta crisis se alimenta del dinero mal habido producto del narcotráfico, del contrabando y de las diversas ilegalidades que se han ido adueñando de crecientes espacios en el país.

Por otro lado, el crecimiento económico ha creado nuevas clases medias e importantes franjas de la población han dejado la pobreza, pero sus legítimas aspiraciones de progreso no han logrado ser encauzadas por un Estado atrapado por sus limitaciones históricas. La crisis institucional tiene larga data, aunque puede superarse porque estamos viviendo una etapa bastante larga de democracia política y el sistema electoral ha funcionado como mecanismo de legitimidad política aceptado por todos los actores. El Perú vive inmerso en peligros, pero a la vez cuenta con herramientas políticas inéditas para encarar y resolver positivamente estos complejos retos.

En la esfera universitaria, en estos últimos veinte años la PUCP ha consolidado su liderazgo como primera entidad educativa superior. Los principales *rankings* así lo confirman y confrontan a nuestra universidad con la sana competencia por seguir

brindando un servicio de alta calidad. Este salto adelante se ha fundamentado en un nuevo modelo educativo, puesto en marcha desde los noventa y consolidado bajo el rectorado actual. Este nuevo modelo educativo pone énfasis en las competencias que todo profesional debe adquirir para cumplir su misión. A diferencia del pasado, cuando la formación dependía de listas de cursos armadas en currículos, actualmente son las competencias las que guían el ordenamiento curricular. Empleando extensamente esta nueva noción, la universidad ha abierto nuevas facultades y reorganizado los planes de estudios de todas las unidades académicas.

Otro componente del nuevo modelo educativo es la acreditación internacional de las diversas carreras y de la universidad en su conjunto. Teniendo como meta la internacionalización de la universidad, las autoridades han impulsado el proceso de acreditación como sistema para asegurar la calidad de la enseñanza a través del control externo por instituciones especializadas y de alcance internacional. Algunas unidades han logrado acreditaciones muy significativas, entre las que se cuentan Contabilidad, Psicología, Derecho, Educación, Sociología, Química, Ingeniería Civil, Ingeniería Electrónica, Ingeniería Industrial, Ingeniería Informática e Ingeniería Mecánica. En el año 2014 la PUCP fue internacionalmente acreditada en gestión institucional, enseñanza de pregrado, investigación y enseñanza de posgrado. La acreditación es un proceso que implicará un esfuerzo permanente de mejora y actualización.

Esta acreditación ha venido acompañada por la atención a los *rankings* universitarios internacionales, consolidando a la PUCP como la mejor universidad nacional y proyectándola de forma auspiciosa a nivel latinoamericano.

Por otro lado, durante los últimos rectorados la universidad ha consolidado un modelo de financiamiento que fue puesto en marcha hace ya cincuenta años. Un componente esencial de ese modelo es un sistema de pensiones escalonadas, que sube en base a la inflación y que apenas cubre algo más de la mitad del presupuesto. La otra mitad la financian en conjunto las inversiones en Plaza San Miguel, las consultorías a nombre de la PUCP y el sistema de educación continua, que a través de diplomaturas, cursos y talleres tiene un enorme alcance. Su actual directora, Mónica Bonifaz, da cuenta del enorme trabajo de conducir un área con varios millares de estudiantes matriculados.

Finalmente, la PUCP ha logrado canalizar el apoyo de importantes entidades que han colaborado económicamente con la universidad. En primer lugar el mismo Estado peruano, que durante mucho tiempo entregó una subvención anual a la universidad que en la década de 1980 llegó a alcanzar el 40% del presupuesto. Al Estado peruano se han sumado numerosos gobiernos extranjeros e instituciones de cooperación inter-

nacional que hemos ido mencionando a lo largo de estas páginas y cuya generosa colaboración ha sido crucial en nuestro crecimiento como institución académica.

El presupuesto de la PUCP incluye en el rubro gastos numerosas actividades distintas de la enseñanza propiamente dicha. Entre ellas se cuenta la promoción de la cultura y la responsabilidad social. Ambas responden a la noción de compromiso con el país y de colaboración activa con la integración nacional. Una importante partida se destina a investigación y creación de nuevo conocimiento, financiando un rubro que ha de cimentar el porvenir de la universidad y su expectante puesto en el mundo globalizado. Finalmente, el presupuesto de la PUCP también incluye un rubro de becas y bolsas de estudio para estudiantes que pudieran necesitarlas. Los criterios con respecto a la entrega de becas se basan en el rendimiento académico e incluye a minorías y sectores desprotegidos.

De este modo, la PUCP es una universidad privada con alma de pública. Es privada en tanto entidad católica particular, pero animada por un fuerte compromiso con la sociedad peruana.

Así, ha ido creciendo la responsabilidad de la PUCP. Afortunadamente, los egresados son su mejor carta de presentación y basta una somera revisión de la dinámica nacional para encontrarlos ocupando posiciones de liderazgo en el mundo empresarial y también en el político, donde destacan sus profesionales porque han recibido una formación integral de calidad.

La PUCP se ha forjado en la exigencia y rigurosidad académica, presidida por los valores cristianos en un ambiente de tolerancia y libre cuestionamiento entre diversas teorías y cosmovisiones. Esa libertad dentro del catolicismo ha llevado a la excelencia y ha permitido cimentar la relación fundamental de la universidad con el país al que sirve.

6.

Mirando al futuro

A cien años desde su fundación la PUCP busca proyectarse al futuro a través de planes institucionales que orientarán los afanes de las siguientes generaciones. El esfuerzo de planeamiento parte de metas institucionales bien establecidas en materia de formación de profesionales, compromiso con el país y creación de nuevo conocimiento. Aunque vendrán nuevos retos en variados ámbitos, el punto de partida institucional es la perspectiva plural e inclusiva de la fe católica que alienta a la PUCP. Se reafirma también la identidad de la universidad como una comunidad académica —formada por docentes, estudiantes y personal administrativo— gobernada desde los valores de la democracia y la solidaridad, cuyo actuar institucional busca coherencia con sus principios. El régimen de autogobierno universitario que emana de nuestra historia se mantendrá en el futuro, buscando ampliar la participación de sus miembros en la conducción institucional. De este modo, la universidad aspira a la formación integral de profesionales de excelencia, inspirándose en la conciliación humanista entre el saber y la fe.

Las iniciativas y las oportunidades hacia el futuro son ciertamente inmensas. Se mantendrá la misión de formación de profesionales de primer nivel, quienes al dar prueba de su competencia atraerán a las nuevas generaciones de estudiantes. Mirando hacia el futuro, la PUCP desarrolla estrategias que le permitirán convertirse en un centro productor de conocimientos de relevancia local y global. Para ello invierte esfuerzo y tiempo en ampliar las iniciativas y estímulos conducentes a la investigación en todas las áreas del conocimiento. Este esfuerzo se fusiona con la necesidad de acreditarse regional y globalmente, para lo cual se espera que las investigaciones realizadas sean difundidas y publicadas en ámbitos académicos y también orientadas al gran público. La PUCP busca posicionarse como generadora de conocimientos y tecnologías novedosas que aporten al desarrollo.

La universidad de nuestros días orienta la producción de tesis de sus estudiantes, así como investigaciones de su comunidad, a que tomen en cuenta las condiciones de vida de los sectores menos acomodados del país y contribuyan a generar desarrollo integral con respeto por la naturaleza. Esta ha sido nuestra orientación desde la fundación y en los siguientes cien años seguirá rindiendo frutos. Asimismo, hoy en día la universidad busca una mayor integración con centros educativos de prestigio global, al mismo tiempo que promueve nuevos intercambios con universidades del interior del país a través de la Red Peruana de Universidades, gobiernos regionales y municipales. Por su parte, el Centro de Innovación y Desarrollo Emprendedor y el Instituto para la Calidad colaboran con la misión de servir a nuevos proyectos y organizaciones a escala nacional. De esta manera, la información nueva no solo se produce sino que se difunde y aplica, dándole sentido social a la investigación.

En las próximas décadas se podrá apreciar un gran énfasis en la formación flexible, integral y multidisciplinaria. Este punto es clave porque estamos terminando una era de sobreespecialización e ingresando a un nuevo mundo del conocimiento donde la investigación relevante será interdisciplinaria y, como consecuencia, veremos derribar las antiguas barreras que separaban rígidamente a las profesiones.

Igualmente, estamos frente a la consolidación de la presencia de la universidad en el ámbito nacional e internacional. Hace medio siglo la PUCP obtuvo una posición de liderazgo institucional y nuestro compromiso a futuro es proyectarla de una manera integral y de servicio a la comunidad. Aspiramos a mejorar nuestra posición relativa internacional gracias a un esfuerzo sostenido por lograr la excelencia.

Para concretar estos anhelos la universidad cuenta con dos documentos institucionales que marcan las pautas del futuro: el Plan Estratégico Institucional (PEI) y el Plan Maestro del Campus. En el primer documento se tratan en extenso los temas relacionados al proyecto de universidad hacia el centenario. Este documento establece pasos y adopta compromisos para la formación integral, el desarrollo humano y la relación con el entorno y el medioambiente. Un punto crucial es la búsqueda de una gestión institucional coordinada y cohesionada, donde la comunicación permita una administración eficaz e identificada con la PUCP.

El segundo documento, el Plan Maestro del Campus, propone un crecimiento ordenado de la infraestructura universitaria, tomando en cuenta los estándares modernos de paisajística, sostenibilidad ambiental y planificación urbana. Como resultado del estudio, se han planteado estrategias que dictarán el futuro del campus. Así, se propone el uso de modelos alternativos para el crecimiento de los recintos académicos, con la finalidad de que sean espacios que propicien el estudio en óptimas condiciones pero, a la vez, de una manera moderna donde se estimule el trabajo colaborativo que implica el intercambio de opiniones. También se potenciarán las áreas académicas de apoyo, es decir las bibliotecas y centros de aprendizaje clásicos. Afortunadamente este plan actualmente se halla en aplicación y ha contribuido con las últimas obras en el área de Ciencias e Ingeniería que han potenciado enormemente a la universidad.

Por otro lado, pronto se iniciará la construcción de un nuevo campus en Santa María, ubicado en torno al clúster industrial y energético de Lima Sur, Balnearios y Lurín. Alrededor de esta área se generarán servicios e interconexiones que serán claves en la Lima del siglo XXI. Hacia ahí apunta la universidad, planeando la instalación de nuevas especialidades en un entorno socioeconómico de gran futuro. Finalmente, el Parque Científico, Tecnológico y Social de la PUCP, ubicado en Santa María, ha sido declarado de

99**100**

interés nacional por el Estado peruano. Mirando al siglo XXI, estos nuevos espacios serán un eje de atracción, semejante al rol de Pando, cuando las actividades universitarias estaban situadas en el centro histórico de Lima.

Además, hoy en día estamos ante un aumento sostenido de la población estudiantil que demanda regularmente nuevas y mejores aulas, pensadas para la enseñanza contemporánea, además de espacio adicional para docentes y unidades administrativas. Los entornos dedicados a la vida social y estudiantil —especialmente los comedores— y los centros de encuentro como Tinkuy también serán objeto de atención e indispensable ampliación. Continuando con la vida universitaria, los espacios recreativos y deportivos tendrán su propio plan de crecimiento y mejoramiento. En general, el campus de Pando gozará de una visión nueva para una infraestructura sostenible, que incluye la integración del paisaje con los edificios.

El nuevo complejo de Ciencias e Ingeniería es un ejemplo clave del futuro, porque muestra el potencial de los usos combinados del espacio de biblioteca y centro masivo de estudio universitario dotado de la más moderna tecnología. Por otro lado, se reorganizará el transporte vial en el campus, asegurando más espacios de circulación y estacionamiento vehicular. Este desarrollo se verá complementado por los estudios para la expansión en zonas aledañas a Pando que buscarán incorporar al campus a los institutos dependientes de la PUCP. Las autoridades contemplan las opciones posibles para el desarrollo de proyectos referidos a la vinculación de la universidad con la sociedad civil y la empresa. Estos planteamientos se verán consolidados en etapas y se espera que para el año 2030 la PUCP haya completado un desarrollo concebido de acuerdo a las necesidades de su creciente población administrativa, docente y estudiantil.

Ciertamente, la PUCP deberá ir evolucionando de acuerdo a las circunstancias sociales y políticas de manera que, al igual que en contextos históricos anteriores, la universidad pueda seguir siendo una comunidad académica interdisciplinaria de formación humanista e integral que, reforzando su esencia católica, promueva la tolerancia, la inclusión, la democracia y la responsabilidad con el Perú.

La presente edición de 100 AÑOS PUCP
se terminó de imprimir en marzo de
2017 en los talleres de Impreso Gráfica,
Avenida La Mar 585, Miraflores.



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ